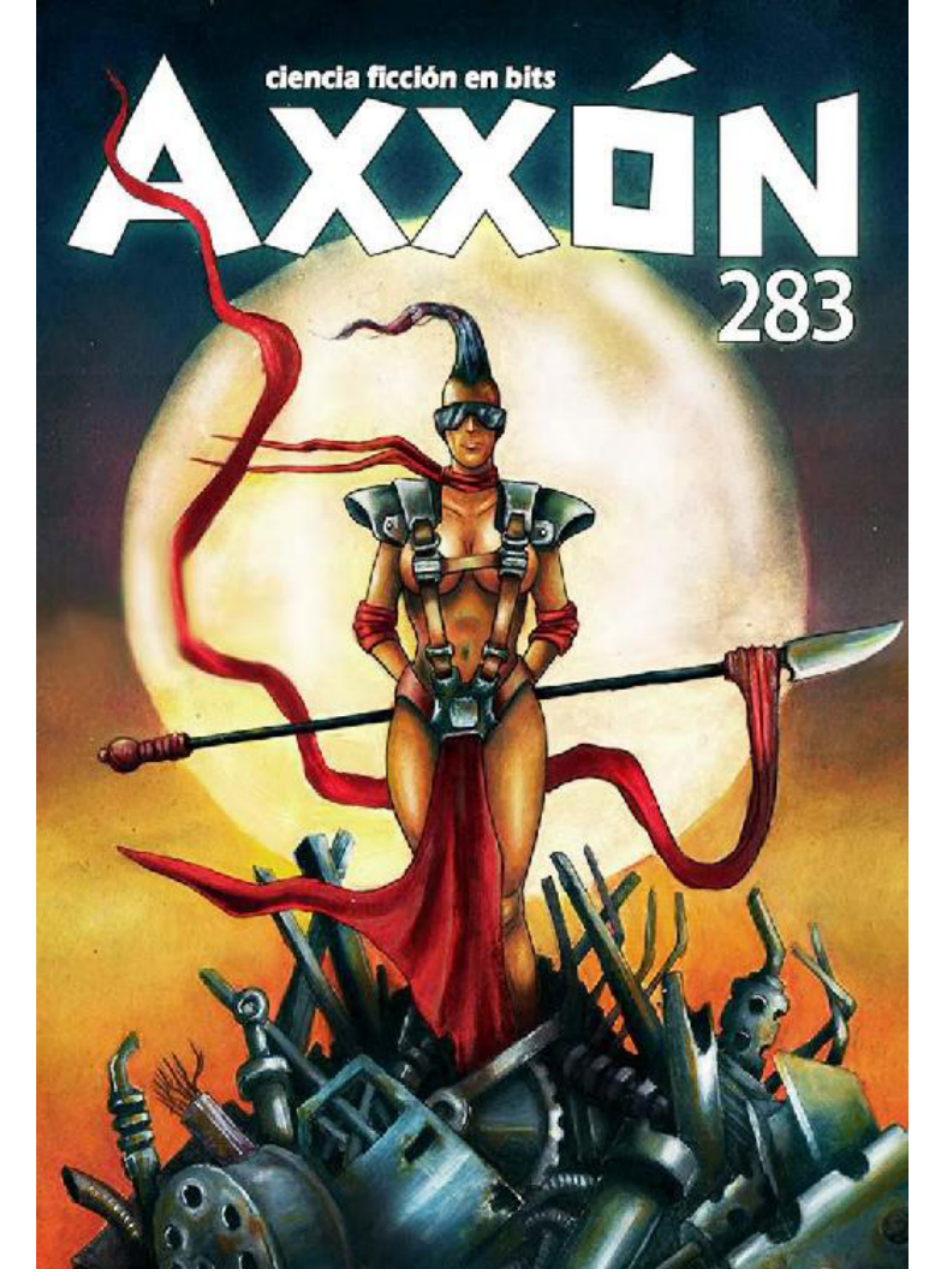

ciencia ficción en bits
AXXÓN
283

Axxón 283

Editorial

Marcelo Huerta San Martín

 **ARGENTINA**

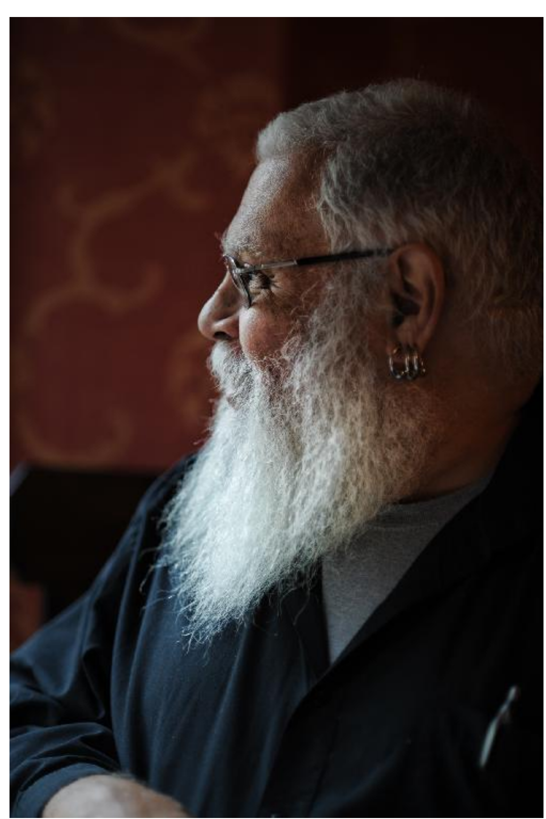
En este nuevo número de Axxón cumplimos con uno de nuestros objetivos inmediatos: que el material que ya estaba seleccionado para su publicación no quede archivado. Contamos en este número con un artículo de lujo: un ensayo de Teresa Mira sobre la locura en la ficción, y más precisamente en *The Star-Pit* de Samuel Delany, un análisis profundo que se disfruta a cada párrafo.

Nuestro propósito, decíamos el número pasado, es seguir siendo una voz para el género, es por eso que en este número podremos leer historias tanto de autores ya consagrados y previamente publicados, como de nuevas voces que se nos van acercando. Esperamos que disfruten de nuestros textos.

Elogio de la locura ficcional. O de cómo la ciencia ficción y el Sr. Delany nos liberan de la cordura

Teresa P. Mira de Echeverría

ARGENTINA



En 1968, **Samuel Ray "Chip" Delany** (desde el 2013, trigésimo Grand Master de Ciencia Ficción de la SFWA) fue candidato a los premios Hugo de la ciencia ficción (los premios de la *World Science Fiction Society*, votados por el público) nada más ni nada menos que en tres categorías distintas[1], una de esas categorías era la de "Mejor *Novella*"[2], con el

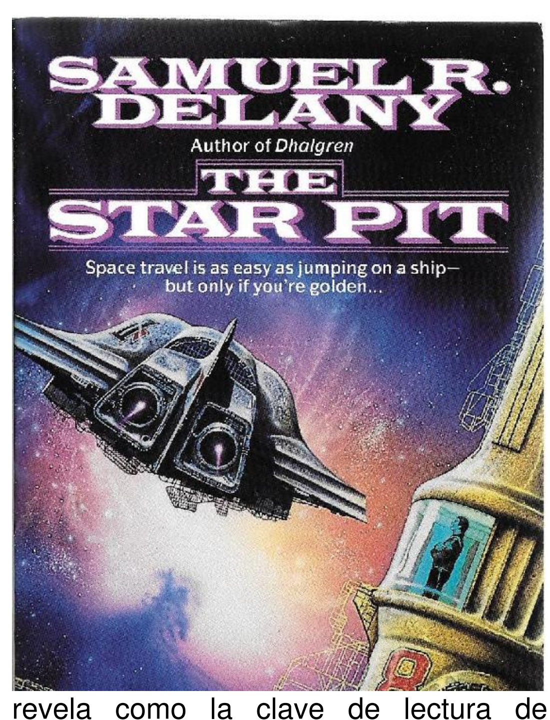
relato "*The Star-Pit*" publicado por primera vez en el número de la revista *Worlds of Tomorrow* correspondiente a Febrero de 1967[3].

Semejante profusión de obras de extrema calidad, no es algo raro en **Delany**[4], uno de los grandes genios de la ciencia ficción universal y un cultor de la excelencia y el preciosismo en la escritura —tanto en lo formal, como en su brillante contenido y sus fascinantes ideas—, así como de la experimentación lingüística y narrativa. Pero el relato en cuestión tiene particularidades que le otorgan ribetes de una calidad como pocas, en lo referente a los conceptos, las imágenes simbólicas, y una belleza extraña y profundamente perturbadora… tal como nos tiene acostumbrados.

Límites y locura

La novela corta "*The Star-Pit*"[5] se abre con una imagen que es central en todo el texto:

> "Dos paneles de vidrio con tierra en medio y pequeños túneles que iban de una celdilla a otra: cuando yo era niño tenía una colonia de hormigas".[6]



El símbolo pronto se revela como la clave de lectura de la obra: los límites, el

confinamiento pero, sobre todo, la posibilidad o imposibilidad de la libertad.

A medida que el relato avanza, nos damos cuenta que somos nosotros quienes vivimos en una "colonia de hormigas". Esos paneles de vidrio asfixiantes que permiten una ínfima cantidad de espacio en la cual movernos, representan muchas cosas tanto para el protagonista como para el lector. Son, en primera instancia, en la novela, los límites sociales.

La sociedad descripta no es la típica occidental, sino que se compone de unidades familiares de tipo comunitarias —en clara referencia entomológica—, y permite grados de libertad que la sociedad en la cual estaba, y tal vez aún hoy en día está inmerso el lector, no brinda. Hijos comunes, relaciones poliamorosas mucho más flexibles (por las cuales el personaje central tendrá, al mismo tiempo, tanto esposas como maridos e hijos comunes), pero aun así: límites. El compromiso, los deberes, las responsabilidades, todo parece encerrar a nuestro protagonista, Vyme, un mecánico de naves estelares, en una red de cadenas asfixiantes.

Pero la imagen de la colonia de hormigas no termina allí. El protagonista vive en una tierra paradisíaca, en una playa bajo un sol rojo, parte de un sistema binario —Sigma-prime—, junto con su numerosa familia. Allí, sus hijos han construido un *ecologiarium* de ciertas proporciones, en el cual crían especies autóctonas; tal como él criaba sus hormigas, de niño. En una escena, uno de los animales es sacado de allí e intenta escapar, pereciendo al exponerse al calor y la luz de uno de los soles binarios. Poco antes, uno de los niños más pequeños acude a Vyme gritando que el animal, asustado durante su agonía, lo ha mordido; y lo hace diciendo: "está loco, está loco".

El exótico animal es un ser que, fuera de su elemento, se encuentra con su límite vital. Y ante la inminencia de la muerte, se debate, aferrándose a la vida como puede: intentando cavar inútilmente un refugio —buscando una profundidad que el artificio en el cual se encuentra no puede brindarle—, aterrado del propio niño que lo expuso a la mortal luz del sol. Vyme sabe que eso no es la locura, pero no lo niega, solo cambia de tema. No quiere hablar de eso con su hijo, sólo le pide que, por favor, no pare nunca de crecer. De crecer por dentro, "dentro de tu cabeza", le explica al chiquillo.

Y allí es donde radica la gran limitación: la del propio crecimiento

interior. Una limitación contra la que Vyme lucha denodadamente a su manera. Porque no es de la simple limitación biológica de la que habla **Delany** por boca de Vyme, sino de la voluntad: hay que desear crecer, hay que luchar por crecer, hay que esforzarse como si en ello nos fuera la vida… porque en verdad así es.

Y para conducirnos a los limitados o ilimitados espacios de la mente, **Delany** traza una hipérbola magistral. Con la pericia digna de un gran escritor, y casi al estilo de un místico, ingresaremos al interior del hombre, dirigiéndonos hacia el exterior. Hacia el máximo de los exteriores posibles en el marco de esta historia.

Vyme se va a trabajar como técnico —en cierta forma huyendo de esos primeros límites, los familiares—, al “pozo estelar”, una instalación ubicada en los límites de nuestra Vía Láctea y desde la que parten naves de carga hacia otras galaxias.

Allí, en el límite de nuestro ordenado enjambre de estrellas, frente al vacío estelar que se extiende hasta la próxima isla galáctica, Vyme se encuentra con otro límite: el físico.

El poder ir de una galaxia a otra no comporta ningún problema para la tecnología de la época, allí no radica el inconveniente. La dificultad es que, casi como en una ley matemática, la mente humana se va deteriorando a medida que se adentra en el vacío de estrellas intergaláctico, hasta sobrevenir la locura y, en última instancia, la muerte.

Nadie puede navegar el vacío intergaláctico y volver con vida. Nadie *cuerdo*.

La necesidad de conocer, de entablar relaciones con otras razas, de comerciar, impiden que el hombre se dé por vencido y, desde hace años, la civilización utiliza a ciertos humanos para la tarea de conducir las naves por el vacío intergaláctico: los *dorados*.

El nombre es toda una promesa. Los dorados son “los elegidos”, los que pueden romper el confinamiento de la galaxia, los libres… Pero hay un pequeño detalle, los dorados son, justamente, personas mentalmente perturbadas, seria y patológicamente perturbadas (con una clase de psicosis y una alteración endócrina muy específicas): “locos”.

La solución suena lógica —desde el aspecto de una lógica retorcida, mercantil y utilitaria: desde la lógica del uso de las personas; de los seres humanos vistos aberrantemente como “medios para” y no

como fines en sí mismos—, evidente: si los humanos enloquecen y mueren con el cuadrado de la distancia respecto de la materia (del ser, de la galaxia), ¡qué mejor que enviar a un loco, que ya lo está! Él no puede morir. Y, en efecto, los dorados sobreviven a esos viajes.

Pero los dorados están enajenados. Poco pueden aprender o experimentar de sus proezas. Los menos afectados logran vislumbrar la grandeza de su emprendimiento, pero las cadenas de su enfermedad les impiden gozar esa misma grandeza.

Así y todo, muchos —Vyme entre ellos—, sueñan secretamente con ser dorados. Es decir, en última instancia, “libres”.

No importa que los vidrios de esta colonia de hormigas llamada Vía Láctea midan ahora cientos de miles de años luz de distancia; no importa que la “tierra” colocada dentro esté compuesta de miles de millones de estrellas y que los túneles unan mundos entre sí; lo único que importa es el omnipresente vidrio, el límite, el más allá que me ha sido prohibido, y mis ansias de superar esa barrera.

Vyme lo ve así y mira el negro sin fin de la nada, como una promesa vedada. Más allá, más allá está la libertad.

Los dorados se pasean por las instalaciones del pozo estelar como miembros de una casta superior. Su libertad también es social. Pueden hacer lo que quieran, tomar lo que les plazca o regalarlo. Pueden incluso matar, sin que la ley pueda tocarlos. Ellos están por fuera del sistema, para así poder ser funcionales a ese sistema.

Delany nos recuerda aquí a **Roland Barthes** y su análisis del rol de “el Otro”, el distinto, dentro un sistema cerrado. Las excepciones ya no son “excepcionales”, sino que han sido reducidas a meras confirmaciones de la regla que rompen. Así, el sistema se vuelve todopoderoso, una trampa perfecta.

El loco es “el Otro”, y funciona como la válvula de escape del sistema planteado en “*The Star-Pit*”. Y mientras actúen como esa válvula de escape, le serán funcionales a ese sistema, manteniéndolo con vida.

Pero en el relato de **Delany**, los dorados deben tener un cierto tipo de “mantenimiento”. Debe poder leerse qué vieron y experimentaron más allá del filtro deformado de su mente enferma. Para eso existen otro tipo de “elegidos”.

Alegra es, sin lugar a dudas, El gran personaje de “*The Star-Pit*”.

Ella funciona como un oráculo, y es la contrapartida simbólica y, hasta cierto punto, el objeto de deseo del propio Vyme.

Alegra es una muchachita muy joven que nació con ciertos poderes muy escasos: es una telépata proyectiva. Lo suyo no es el fruto de una experimentación sino de una tragedia. Ella es parte de toda una generación de niños nacidos de madres adictas a una droga muy poderosa.

Alimentada en el vientre materno por esa droga, nos recuerda a la Alia de **Frank Herbert** en *Duna*. "La abominación", la niña que nace con la consciencia despierta —no sólo la suya sino la de todo su linaje femenino—.

Aquí, Alegra tiene el poder de proyectar su mente fuera de sí misma.

Ella es la suprema libre pero, al mismo tiempo, también es una candidata a ser dorada. Y eso es lo que ella ansía: salir. Encerrada en su cuartucho destartalado, la muchachita proyecta los paisajes de su propia imaginación a su alrededor. Así se comunica en el más pleno sentido de la palabra: se da, abre su interior a los demás. Ella es libre respecto del mayor límite que Vyme posee: La comunicación. El "mostrar" a los demás lo que piensa y siente. Y Vyme experimenta por ella una mezcla de ternura, lástima y admiración que lo arrastran hacia su orilla.

Esta facultad telepática proyectiva le sirve a Alegra para "curar" o "reparar" a los dorados a su regreso de las travesías intergalácticas, del mismo modo que Vyme repara y emparcha las naves en las cuales viajaron. Ella concretiza las fantasías de los dorados y las ajusta. En pocas horas, los devuelve al trabajo, listos para el próximo itinerario.

En una de las partes más interesantes del relato, Vyme se dirige a la casa de Alegra y a medida que se acerca, empieza a alucinar. La mente de la muchacha, expandida por las propias drogas que utiliza y que la formaron, ha invadido medio vecindario. Y, mientras nuestro personaje se aproxima, pasa por pantanos y tormentas y bailes y jardines con cisnes, dependiendo del ánimo de la jovencita.

La trama no se limita a lo hasta aquí relatado, y presenta otros personajes iguales de ricos que estos. El torturado candidato a dorado, Ratlit. El introspectivo Sandy que ansía regresar al grupo de crianza, a su propia familia comunitaria, de la que ha sido excluido.

La fuerte y decidida mecánica Poloscki o el extraño Androcles. Pero es indudable que la historia pivotea en torno a estos dos seres en búsqueda: Vyme y Alegra.

Sobre todo Alegra, la niña de ojos rosados y cabello blanco inserto en un cráneo esquelético, de uñas negras y mirada perdida; sobre los que proyecta un rostro angelical y sano, una belleza alucinante, una capa de ocultación generada por su propia fantasía, compuesta por lo que ansiaría ser y por lo que los demás desearían de ella. Presa por la propia fantasía que debería liberarla.

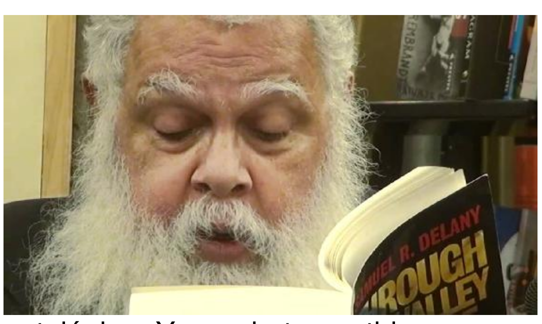
De este modo ella es, justamente, la quintaesencia de la libertad y de la esclavitud, al mismo tiempo.

Las drogas que consume se han vuelto vitales para Alegra y potencian sus habilidades más allá de toda limitación. Pero la droga misma es su límite. Traída desde Cáncer-9, en otra galaxia, por los propios dorados, la sustancia es su cuerda de salvación y su cordón umbilical con ese más allá que tanto anhela.

Un más allá que la atrae, no como una sirena, porque ella misma es la sirena… sino como la promesa de un silencio restaurador.

Sobre las hormigas y la libertad

Tenemos, entonces, en "*The Star-Pit*", tres límites y tres locuras. Pero los tres límites —la sociedad, la galaxia y la mente— no son más que uno: el propio. Todos y cada uno de los personajes del relato intentan liberarse "hacia afuera". Y esa es la locura, justamente esa. Porque, en verdad, **Delany** nos plantea tres acepciones conceptuales y existenciales de locura.



La primera clase, es la patológica. Y, en cierto sentido, esa es una *falsa* locura. No porque no exista, sino todo lo contrario. Los dorados son personas mentalmente enfermas, no "locos". El loco es el sistema que los

utiliza como panacea comercial. En este sentido, la primera locura es “desatino”. O, más explícitamente hablando: inhumanidad. El sistema social en el que se mueve Vyme es libre y responsable; pero en el pozo estelar, nuestro personaje se encontrará con aquellos que vienen de las “zonas de exclusión” de la sociedad.

Los marginales, proto-candidatos a dorados. Los marginales que, como Sandy, ansiaban pertenecer a un grupo como el que Vyme dejó atrás. O aquellos que, como Ratlit, aprenden a sobrevivir a expensas de cualquier consideración moral, humana o digna.

Vyme pronto se da cuenta que él es un privilegiado, que ha vivido en un verdadero paraíso en el aspecto social del término, un sitio con verdadera libertad. Libertad que no se le presenta como falta de reglas, sino como un sustrato de coherencia interna y oportunidades igualitarias. Claro que él ansiaba algo más; la unión de reproducción que representaba su familia comunitaria se le antojaba como una cadena en el cuello, una suerte de imperativo biológico básico convertido en una demanda impostergable: comer, dormir, parir… Pero, ¿acaso se puede ser libre de respirar? ¿El dejar de comer es un ejercicio de libertad absoluta o la forma de eliminar toda libertad posible? Porque vuelve a nuestra memoria el animalillo de Sigma-prime, luchando por vivir, luchando por poder ser libre de vivir.

Y allí está la segunda forma de locura: la desesperación. La desesperación consiste en una forma de locura alienante. Es la forma de anti-libertad más terrible, porque es interna. Impulsa al poseso, al desesperado, a formas de actuar que no son libres, aun cuando su ansia sea la de la libertad.

Ratlit es el ejemplo de este tipo de libertad suicida. Sabe que no es un dorado, pero roba el permiso que le corresponde a Alegra, a quien engañó vilmente para ello, y se lanza en una nave a su muerte segura.

La búsqueda de la libertad en la locura desesperada de Ratlit, se transforma en oblación última de toda libertad posible. No es: ejercicio de la libertad última en la elección de la muerte, sino autoengaño. Ratlit sabe que no es un dorado, sabe que al robar ese permiso le ha quitado lo único que le daba sentido a la existencia de Alegra —matándola en vida: su derecho a ser libre a su modo—. Y aun así, con una libertad ajena, corrompida, robada, se lanza locamente a esa forma de prisión final: la de su propia mentira, la de su autoengaño.

Y también está Alegra, que no está loca, pero que lo es. Y lo es tal como lo es Vyme, es decir, en la más pura tradición literaria, la de la locura ficcional.

Tradicionalmente, en literatura, el loco es el que está fuera de lugar, el que rompe con el orden, el que no se adapta a la regla. El Quijote.

El loco ficcional lo es, no porque esté enajenado, sino porque ha visto la enajenación que lo rodea y la denuncia. Por ende, en el marco de un sistema discursivo establecido (aún en uno delirante), su discurso suena a puro galimatías.

Y, desde lo establecido, aún desde un sitio repugnante o pernicioso, lo consuetudinario es la regla, la normalidad, la ley. El loco ficcional, al advertir la esencia de la cosa por detrás de lo aparente, delata ese estado perverso de la realidad. Pero habla "al revés que los demás" y eso lo convierte en "el loco".

Y esa locura puede ser verdaderamente contagiosa.

En un mundo donde todos saben que hay que trabajar miles de horas diarias para comprar un artefacto que me haga olvidar que trabajo y así poder trabajar más para comprar la nueva versión de este dispositivo… O donde unos pocos se benefician del perjuicio de muchos… Decir que eso no parece muy cuerdo, te convierte en un anarquista, en un subversivo, o en un orate.

Y ésta última es la mejor solución para el poder dominante, puesto que un orate no es un héroe, sino simplemente un pobre inimputable: sin responsabilidad y sin mérito… vencido, como Sam Lowry al final del fabuloso y espeluznante *Brazil* de **Terry Gilliam**.

Pero el loco ficcional es un héroe justamente por eso.

Porque ve lo que los demás no quieren ver.

Alrededor de 1962 se entabló una controversia entre el filósofo **Jean-Paul Sartre**, máximo representante de una forma de existencialismo digna de *Brazil*, y el filósofo y antropólogo estructuralista **Claude Lévi-Strauss**. El primero, sosteniendo que el hombre no es libre sino que "es libertad" —libertad en estado puro —, no compartía las teorías estructuralistas según las cuales, el hombre no es más que la terminal local de una CPU central: la Estructura. **Sartre** acusaba a **Lévi-Strauss**, en definitiva, de "tratar a los hombres como si fuesen hormigas".

En el último capítulo de su libro *El pensamiento salvaje*, **Lévi-**

Strauss responde a esta acusación de un modo extraño, diciendo redondamente: sí, así es como trato a los hombres. Disuelvo al hombre en el seno de la sociedad para poder salvarlo, y a la sociedad en el seno de la naturaleza, etc. El punto es… hombres como hormigas.

La colonia de hormigas regresa. Pero, ¿por qué cosas están efectivamente limitadas estas hormigas?, nos preguntamos. ¿Por las dos láminas de vidrio? ¿Por un instinto que las impulsa a construir sus túneles entre dichas láminas? ¿Por el aire que respiran y los hongos que cultivan para poder vivir? ¿Por el dueño de la colonia?

La puja entre **Lévi-Strauss** y **Sartre** es la puja por la libertad. Ambas libertades son trágicas porque, si se diera al modo estructuralista, asfixiaría tal como asfixiaba Sigma-prime a Vyme. Y si fuese como la que propone **Sartre**, sería vacía como la de Alegra o Ratlit, “condenados a ser libres” como un impulso ciego hacia la nada.

Cuando uno de los dorados bajo control, Androcles, comenta cómo éstos regresaban de sus viajes con una serie de nuevos problemas, puesto que habían visto algo, algo que estaba más allá de las galaxias, tal vez algo multidimensional, un nuevo límite, uno que ni ellos podían superar; Vyme estalla en risas.

Y esas risas son, tal vez, cruciales, porque trasuntan una cuestión casi metafísica. Vyme ríe porque no sabe si es cierto que hay un nuevo límite multidimensional al que ningún humano puede acceder cuerdo o no, o si lo experimentado es el producto de la mente delirante de los dorados, que hace que piensen que la propia jaula de su psique enferma —y, en última instancia del pensamiento como tal— es un límite infranqueable. Porque, ¿cómo huir del propio pensamiento, de sus monstruos, de sus límites, de sus fantasmas? ¿Cómo distinguir verdad de mentira en el interior de una mente cerrada sobre sí misma?

Lo que sí sabe Vyme es que la locura y los límites van de la mano. O, mejor dicho: la locura y la libertad.

Cuando la novela está terminando, Vyme recuerda una frase de Sandy, el personaje que pena y llora por volver a un sitio muy similar a aquel del cual Vyme huyó:

> “Hay ciertas direcciones hacia las cuales no puedes ir.

Elige una en la cual puedas moverte tan lejos como quieras”.[7]

Después de todo, elegir una dirección nos quita la libertad de seguir las otras…

Cuando Vyme escucha de boca de Androcles cómo es que hasta para los dorados hay límites, desiste de romper el pequeño ecosistema contenido en una esfera, una suerte de terrario que lleva consigo.

Romperlo sería como romper los vidrios de la colonia de hormigas.

Ir más allá pero sin un sentido.

Pero, entonces, comprende. El límite no está afuera, sino adentro.

Afuera está la locura, la insania. Adentro, la otra locura, la de la elección. Y es que fue aquel pequeño animal del planeta de Sigma-prime el que nos anticipó, al principio del relato, cuál podría ser el antídoto: la expansión de la frontera no es hacia afuera, nunca lo fue. La libertad se profundiza hacia adentro.

Y la locura los hará libres… como la verdad

El propio Vyme lo dice, cual su propio oráculo: “no dejes de crecer”.

La ilimitada extensión de los espacios interestelares, el “afuera” hacia el que huyen casi todos los personajes en una frenética estampida de sentido, sólo puede ser surcado por los estados alterados de una mente enferma, de una mente que no le teme a no-ser.

Pero los ilimitados y siempre en expansión territorios del interior de un hombre en constante crecimiento son el terreno fértil de otra clase de locura, la que une los opuestos. La que ve en el terrario la esencia de la vida misma y, en el límite, el instrumento con el cual construir la libertad.

Este tipo de locura ficcional —no por ficticia, sino por arquetípica—, es la prima hermana de la verdad.

Es un rasgo característico en **Delany** el saber cómo integrar los opuestos, los símbolos, lo mítico. Desde la búsqueda del Grial presente en *Nova*, hasta el experimento multisimbólico de *La*

intersección de Einstein, pasando por la costura magnífica de contrarios en “Por siempre y Gomorra” o el tejido de filigranas, capa sobre capa conceptual, de “El tiempo considerado como una hélice de piedras semipreciosas”. Así que no es raro encontrar en él esta suerte de estallido final que deslumbra, esta alquimia por la que pasamos de *límite* a *libertad*, y de *locura* a *verdad*.

Un poco más arriba veíamos cómo la locura se presenta, en “*The Star-Pit*”, como una inversión, como una sublevación de los límites y los órdenes que esos límites contienen y efectivizan. ¿Es esto exclusivo de **Samuel Delany**? Obviamente, la respuesta es no.

El recurso aparece porque, justamente, el símbolo está ahí.

La locura es el perfecto símbolo de “lo Otro”, lo distinto, respecto de una sociedad racional —o, al menos, que alaba o tiene en alta estima, casi como un ideal, a la racionalidad y al orden—.

Pero la idea es aún más básica. La subversión del orden establecido es parte fundamental del encuentro con la verdad. Y no nos referimos solamente al acto novedoso de la creación —en este caso, creación literaria, pero podría ser científica, ética o de cualquier otra índole—, sino al establecimiento o descubrimiento —según por donde se lo mire— del sentido.

Cuando se alude a la verdad podemos hablar de varias facetas o formas de verla, cada una anclada en su particularidad. Pero podríamos tomar como ejemplo un fenómeno que trabaje con los mismos elementos literarios que hemos estado siguiendo hasta ahora: los símbolos.

El mito alude a una verdad que no es fáctica, a una verdad no empíricamente comprobable, justamente porque se ubica en las capas más profundas de la psique humana o de su espíritu —según como se posicione uno—. Una verdad que suele presentarse como clave de lectura o descifrado del sentido último, por eso el mito es una verdad “profunda”.

Ahora bien, cuando el mito se expresa lo hace como “locura”, es decir, partiendo de la subversión del orden natural o consuetudinario del mundo o la sociedad en la que se forja.

Las acciones son fabulosas, rompen toda ley natural observable —o social, que, para este caso, es lo mismo: en tanto macro y micro cosmos—, pero inauguran esa naturaleza. Escarban en su sentido último. Logran pasar de un caos de potencialidades indiferenciadas,

a un cosmos de sentido. Todo puede salir de la galera del mago o el caldero de la bruja, hasta que sale, y entonces es *eso* y no otra cosa. Toda lucha titánica entre monstruos fabulosos culmina con la creación del universo y sus leyes…

La fascinación que la literatura ha tenido por la locura, bien puede tener uno de sus puntales en esta cuestión, tanto así como en la posibilidad de una ventana abierta a la subjetividad a través de su caso aberrante. Así como **Foucault** decía que notábamos la estructura cuando esta no estaba, así la literatura se interna en la locura para hablar de lo que ésta revela: la falta de verdadera cordura, o el absurdo de lo que llamamos “normalidad” en nuestra vida cotidiana.

La ciencia ficción utiliza la locura, en tanto símbolo, de estas mismas dos maneras: la mítica y la literaria; pero va incluso más allá.

Delany nos da cátedra de esto en “*The Star-Pit*”, cuando utiliza todas las acepciones de locura posibles: en tanto enfermedad, en tanto necedad, en tanto crueldad, en tanto subversión del orden, en tanto verdad profunda.

Michel Foucault, en su *Historia de la locura en la época clásica*, habla de cómo la locura pasó lentamente a ser, de una amonestación sobre la violación de los valores —en los relatos moralizantes—, a una crítica de las mentiras del mundo —en las sátiras o farsas—. En un mundo mentiroso, dice el filósofo, el loco —como lo contrario de lo establecido—, es la mentira de la mentira, o sea: la verdad.

Esto sucede tanto en la literatura satírica como en la “sabia” o de reflexión.

Pero la ciencia ficción no hace esa inversión lineal y matemática. Menos por menos no es más, es… otra cosa.

La locura en ciencia ficción no es la vuelta al orden que “debe ser”, sino que es casi el emblema del propio género. La locura como subversión, como cruce de fronteras, como revulsión, como alejamiento de sí, en definitiva, como otredad, es una metáfora perfecta de la mismísima ciencia ficción.

¿Cómo no convertirse, entonces, en uno de sus temas más importantes?

Y es que, a través de la locura, la ciencia ficción hace un giro sobre sí misma. Frecuentemente sostenemos que la ciencia ficción cruza

la vereda para lograr el extrañamiento, para salir del entorno y poder ver las cosas desde un ángulo nuevo, distinto. Que utiliza a “lo Otro” como forma de reflexionar sobre el propio hombre, sin las ataduras ni los condicionamientos de lo “real” (sea esto lo que sea), sino con total libertad. Sin límites.

Pero cuando el enfoque se hace sobre la locura, la que se vuelve extraña ante sí misma es la propia mente creadora, la propia imaginación; transformándose en una suerte de meta-mirada sobre sí misma.

Así, la locura se erige en la *via regia* de la exploración de la mente. Desde los desdoblamientos de personalidad de *Una mirada a la oscuridad* de **Philip K. Dick** hasta el juego intelecto-realidad de “El hombre Pi” de **Alfred Bester**. Desde el sacrificio de “El abrasamiento del cerebro” de **Cordwainer Smith** hasta lo abrumador de *En las montañas de la locura* de **H. P. Lovecraft**. Desde la incomunicación sustancial de “Estación de extranjeros” de **Damon Knight** hasta las diferentes formas de locura, incluso constructoras, en *Crónicas marcianas* de **Ray Bradbury**. En cada una de estas visitas al manicomio de la ciencia ficción, los escritores no han entablado una ecuación de ida y vuelta: locura de la locura = verdad. Si no que se han adentrado en terrenos mucho más lejanos. La locura de la ciencia ficción no en una piedra de toque para el retorno a una verdadera cordura, sino una partida hacia una tierra incógnita, nueva, la del cuestionamiento último del propio ser.

Vyme coquetea con la locura, sin caer en ella. Es el “loco cuerdo”.

Jim Barrett, en la *Estación Hawksbill* de **Robert Silverberg** vive junto a la locura, la siente, la sopesa, la amasa, la mantiene a raya a fuerza de conversar con ella. Es casi su compañera. Y en cierto punto, es su sombra la que lo mantiene cuerdo.

Paul Atreides, Muad´Dib, la joya de *Dune* de **Frank Herbert** es, en cambio, el loco santo, el que abraza la locura, la absorbe y la transmuta en sí mismo hasta convertirla en sabiduría… verdadera sabiduría.

Y, en el ápice de esta construcción, vemos la locura como el espejo de lujo de un **Kurt Vonnegut Jr.**, soltando la mano de su personaje, soltándose en definitiva, liberando a Kilgore Trout en el final de *Desayuno de campeones*… En una reflexión —en el más fiel y literal sentido de “juego de espejos”—, sobre el propio escritor de ciencia ficción.

Divina locura

En su diálogo *Fedro*, **Platón** nos da, quizás, la pauta última que estamos buscando.

Diferenciando la locura como enfermedad de la locura como inspiración, nos habla de lo sublime de ésta última, bajo cuyo influjo el hombre, el artista, puede hacer cosas maravillosas. La locura divina, la locura enviada por los dioses, es un beso de gracia e inspiración y supera a la cordura porque, como dice el propio **Platón**, la primera procede de los dioses y la segunda es meramente humana.

¿La razón de esta ventaja? La locura divina, la inspiración última, es más que la alteración de la mente, es la superación de la mente respecto de sí misma, el vuelo último de creación: el hombre superándose a sí mismo en tanto límite.

En definitiva, la ruptura de los límites, no ya de la sociedad o de la naturaleza, sino de la propia creatividad.

La locura para la ciencia ficción es quizás, entonces, en cuanto tema, no tanto el quiebre de los vidrios de la colonia de hormigas de nuestra imaginación —con sus limitaciones implícitas y su resguardo—, sino la oportunidad de crecer hacia dentro de esos túneles, tal como pregonaba Vyme, de crecer infinitamente, sin limitaciones.

La oportunidad de hundir las garras, como el animalito acorralado de Sigma-prime, y cavar dentro de sí mismo —a lo **Vonnegut**, a lo **Malzberg**, a lo **Lem**, a lo **Dick**…—, para encontrar la liberación en la locura eterna de un "escapar hacia dentro mío, para poder ir más allá de mí".

La oportunidad, en definitiva —tal como le revelaba, en última instancia, Sandy a Vyme—, de elegir una senda en la cual puedas moverte, no para llegar hasta donde te sea posible, si no para "ir tan lejos como *quieras*".

Notas

[1] Las otras fueron: Mejor Novela con *La intersección de Einstein* y Mejor Cuento Corto con "Por siempre y Gomorra" (el cual cerraba la celebérrima antología

Visiones Peligrosas, editadas por Harlan Ellison).

[2] Las categorías que suelen utilizarse en los premios anglosajones se basan formalmente en la cantidad de palabras de una obra. Así, se considera "novela" a la que tiene 40.000 palabras o más, "novella" a la que va de las 17.500 a las 39.999 palabras, "novelette" a aquella cuya extensión está comprendida entre las 7.500 y las 17.499 palabras, y finalmente "short story", al relato que tiene menos de 7.500 palabras.

[3] El relato fue incluido, luego en numerosas recopilaciones de cuentos del autor, y formó parte de la prestigiosa antología dirigida por Judith Merril, en la *SF12*. Pero, además, como nota especial, cabe mencionar que el propio Delany adaptó esta obra a la radiofonía y "*The Star-Pit*" fue transmitida como radionovela en la WBAI-FM en 1968, donde participa el propio Samuel Delany como narrador, entre otras facetas. Puede escuchárselo en la siguiente dirección: *http://www.pseudopodium.org/repress/TheStarPit/index.html*, con un imperdible comentario del propio autor contando cómo se realizó todo.

[4] Aunque éste es un período particularmente fructífero de su obra. Recordemos que el año anterior había sido candidateada

a los mismo premios Hugo su novela *Babel-17*. Mientras que, al año siguiente, lo sería otra de sus novelas: *Nova*, asimismo como su novella "*Lines of Power*". Mientras que en 1970 ganaría la categoría de Cuento Corto con el imprescindible relato "El tiempo considerado como una hélice de piedras semipreciosas". No olvidemos que sus creaciones *Babel-17*, *La intersección de Einstein*, "Por siempre y Gomorra" y "El tiempo considerado como una hélice de piedras semipreciosas", ganaron los igualmente prestigiosos premios Nebula (otorgados por la famosa SFWA: *Science Fiction Writers of America*) de sus respectivos años.

[5] Nosotros aventuramos como traducción "El pozo estelar". Hay una traducción del gran **Carlos Gardini**, en el #7 correspondiente a la nueva época de la *Revista Minotauro* (Agosto de 1984), la cual él tituló: "El foso estelar".

[6] **Delany, Samuel R.**, "The Star-Pit", en *SF12*, editado por Merril, Judith, New York, Dell Publishing Co., 1969, p. 318 (traducción de la autora).

[7] Ibid., p. 380 (traducción de la autora).

Teresa P. Mira de Echeverría (Argentina, 1971). Doctora en Filosofía, trabaja como docente universitaria e investiga acerca de la relación entre ciencia ficción, filosofía y mitología.

Sus cuentos han aparecido en las revistas *Strange Horizons*,

Super Sonic, *miNatura*, *Axxón*, *Ficción Científica*, *NM*, *Valinor*, *Próxima* y *Opera galáctica*, entre otras publicaciones. También ha publicado artículos y ensayos en diversos medios especializados como *Cuasar*, *NM*, *Signos Universitarios* y *El hilo de Ariadna*.

Con "La trama del vacío" (aparecida en las revistas *NM* y *Cuasar*) obtuvo el 2do. accésit en la categoría *Ensayo del III Premio Internacional de las Editoriales Electrónicas*.

Su cuento "Memoria" (candidato al Premio Ignotus 2013), integra la celebrada antología internacional *Terra Nova* publicada en España y Argentina, tanto en la versión castellana, como en la inglesa.

El cuento "Dextrógiro" fue traducido al francés dentro del proyecto que integran traductores de diversas universidades francesas, encabezados por profesores de la universidad de Poitiers, Francia; y apareció en la antología *Lectures d'Argentine —auteurs argentins du XXIe siècle—*.

Su cuento "La tenue lluvia sobre los arces", integra la antología erótica de fantasía y ciencia ficción *Psychopomp II: Bunny Love* (ed. Gutter Glitter). El cuento "Vidrio líquido" forma parte de la antología *Tiempos Oscuros II —una visión del fantástico internacional—*, dedicada a escritores argentinos.

Su cuento "Purgatorio-42" aparece en la antología *Erídano, Suplemento Número 24* de *Alfa Eridani*.

Además, "N. Bs. As.", escrito en colaboración con su esposo, el escritor Guillermo Echeverría, forma parte de la celebrada antología *Buenos Aires Próxima*.

Su cuento "Máquina de mi alma" integra la Antología *Steampunk. Relatos del retrofuturo*, donde participan los escritores del Grupo "Los Clanes de la Luna Dickeana".

Su novela corta *Lusus Naturae* fue publicada por entregas, y luego como número especial en su versión íntegra, en el portal *Ficción Científica*. Contando con una tapa del artista Alejandro D'Marco.

El cuento "La Terpsícore" resultó ganador de la convocatoria *Alucinadas* (una antología de relatos de ciencia ficción en español escritos por mujeres) e integra dicha obra junto con otras prestigiosas escritoras y editoras, tanto en su versión castellana como en la inglesa: *Spanish Women of Wonders*.

Su *novelette Memory*, traducida por el escritor y traductor Lawrence Schimel, fue publicada en USA, por la editorial Upper Rubber Boot Books.

Su antología de cuentos: *Diez variaciones sobre el amor* (ed. Ayarmanot), de temática estrictamente de ciencia ficción, abordando la perspectiva de las relaciones humanas y algunas visiones *queer*, tiene el plus de estar ilustrada por los grabados de una notable y premiada artista argentina, Inés Saubidet, y prologada por la reconocida y multipremiada escritora y editora española Cristina Jurado.

Participó de la antología *White Star*, editada y coordinada por Cristina Jurado bajo el sello Palabaristas, con su cuento "*I'm Deranged*"; antología española que cuenta con la participación de escritores internacionales, basada en la obra de David Bowie y destinada en su totalidad a la lucha contra el cáncer.

Recientemente su novelette "Terpsichore", traducida por Lawrence Schimel, fue publicada en un número especial de la prestigiosa revista norteamericana *Strange Horizons*.

Actualmente acaba de salir publicada en España (tanto en forma impresa como en ebook) su *novella El Tren*, bajo el sello de la editorial Café con Leche, y con ilustración de tapa de la artista Cecilia García.

Sus blogs son: teresamira.blogspot.com y diezvariaciones.blogspot.com

Stanley

Guillermo Gustavo Doi

ARGENTINA

Hoy día es un fenómeno ampliamente conocido, un signo de nuestra época. El fenómeno, según la literatura especializada, se observó por primera vez en Japón, nadie sabe por qué.



Ilustración: Pedro Bel

Los psicólogos y psiquiatras ahora piden, o más bien exigen, que se dejen de fabricar androides con apariencia tan humana, es decir, tan atractivamente masculina. Decenas de miles de mujeres en todo el mundo, demasiado solas, o demasiado desengañadas, sufren hoy el "síndrome del robot".

Pero lo que pocos saben, es que el primer caso no ocurrió en Japón, y no ocurrió hace diez años. Ocurrió en San Francisco, Estados Unidos, hace hoy 35 años. Lo sé muy bien porque ese primer caso fui yo. Y no involucró un androide de apariencia humana, bellamente masculino. Involucró un robot, una máquina de aspecto pavoroso, vagamente antropomorfo. Hubiera sido un episodio privado, de mi vida personal, un caso siquiátrico aislado, sin importancia, de no ser porque estuvo conectado a un suceso que sí tuvo trascendencia: el recordado accidente del primer carguero espacial Tierra-Marte, el desastre espacial que tantos dolores de cabeza le significó a la Northern Technology Corporation (NTC).

Por si les interesa, todo comenzó en el comedor de la Dexter Communications Inc., sucursal San Francisco, una de las subsidiarias de la NTC…

I

Mi amiga Margot puede ser realmente fastidiosa cuando se lo propone. Y ese día parecía habérselo propuesto.

Estábamos en algún remoto lugar del gigantesco comedor de la Dexter Communications Incorporated, sucursal San Francisco, subsidiaria de la Northern Technology Corporation (NTC), la conocida firma líder en tecnología espacial.

El lugar hervía de gente. Y no porque fuera un día especial, sino porque era un día como cualquier otro.

Es decir, cinco mil metros cuadrados de risas y carcajadas, gritos y murmullos, exclamaciones y discusiones, voces afirmando, voces refutando, bocas tosiendo, gargantas carraspeando, narices estornudando, platos y cubiertos repiqueteando, vasos y botellas tintineando, ceniceros y servilleteros entrechocando, sillas arrimándose, mesas apartándose, metal chocando vidrio, vidrio chocando plástico, plástico chocando metal.

Por encima de nuestras cabezas, cinco mil metros cuadrados de enormes paneles de vidrio fluorescente cruzaban el cielo raso de pared a pared, inundando todo el recinto de una espectral luminosidad blanco azulada.

Por debajo de nuestros pies, cinco mil metros cuadrados de reluciente piso de cerámica soportaban mi peso, el de Margot, y el de todo el personal que hacía su almuerzo entre la una y media y las tres de la tarde.

En definitiva: una gigantesca oblea de cemento con carne humana en el medio.

Infinidad de pequeños paneles rectangulares cuadriculaban las abigarradas paredes laterales, exhibiendo una desordenada profusión de empalagosas preparaciones de repostería y pastelería, de confituras, dulces y cremas heladas, y cuanto manjar por el estilo pudiera concebir el paladar más golosamente imaginativo.

Se trataba de estereoimágenes, que cambiaban cada treinta segundos.

Las estereoimágenes estaban por todas partes. En las calles y en las casas. Simulaban bibliotecas contra una pared, ventanales a un jardín, vidrieras y escaparates, callecitas con balcones floreados, etc. Para el ojo humano no había manera de diferenciar una estereoimagen del objeto real, hasta hacer una comprobación táctil.

Mi amiga Margort no había dejado ninguna de aquellas suculencias sin

probar, y yo ninguna sin dejar para otro momento. Que no era éste, tampoco. Por lo que allí nos encontrábamos, náufragas en el maremágnum de siempre, llevando adelante nuestro acostumbrado ritual de después de almorzar: yo enfrente de Margot, observando a mi amiga que comía y hablaba. Y comía. Y hablaba…

—No puede ser, Christine, alguna vez tendrá que sucederte, a todo el mundo le sucede… —decía Margot, sin dejar de masticar.

—Ya te lo he dicho, Margot, para mí no es fácil enamorarme —contesté, haciendo a un lado algún engendro blanduzco y gelatinoso que Margot había elegido como postre para ambas.

—En cambio, yo… ya me he enamorado unas cuantas veces, claro, no digo que haya sido correspondida, eso es más difícil, pero enamorarse es sencillo, si yo tuviera esa figura que tú tienes, Dios le da pan al que no tiene dientes —alcanzó a decir Margot antes de empezar a dar cuenta de mi porción de postre.

Era típico de Margot hablar como comía: sin puntos ni comas. Tragó, cortó un nuevo trozo, lo hizo desaparecer y acercó su cara pecosa y regordeta, redonda y blanca como una hostia, a la mía.

—Frank —susurró, con aires de confidencias.

—¿Frank…? —repetí.

—Frank —insistió.

—Frank…

—¡Oh, vamos, no te hagas la tonta –estalló—, sabes de quién hablo!

Claro que lo sabía: Frank Henderson, el del piso 32…

—Frank Henderson, el del piso 32 —dijo Margot—, Christine, tú eres su tipo, cabello castaño claro, ojos grises, delgada, un lunar acá —Margot apoyó un dedo índice en la mejilla izquierda, cerca de la comisura de los labios—, él te conoce muy bien.

—¿A mí? Jamás me ha visto…

—Pero yo le conté.

—Claro…

Era parte del trabajo de Margot subir diariamente hasta el piso 32 en el que trabajaba el tal Frank. Y evidentemente, tampoco allí paraba de hablar.

—Oh, oh, oh, no voltees la cabeza, Christine, allí está… …oh, sí, espere un momento, cabeza de aserrín, los tickets, dónde diablos están los tickets…



Ilustración: Pedro Bel

Un robot-camarero se había detenido frente a nuestra mesa. Tenía cierta semejanza con aquellos ventiladores de pie de mediados del siglo veinte que aún podían verse en la tiendas de antigüedades o en las viejas películas de celuloide. En pocas palabras, una esfera aplanada por delante y por detrás, que se movía a derecha e izquierda en lo alto de un clindro de metro y medio de altura, todo encastrado sobre una base circular. Cuatro brazos retráctiles partían de la parte superior del cilindro, inmediatamente por debajo de la cabeza, moviéndose con gran ductilidad de formas. En definitiva, un antiguo ventilador de pie con cuatro tentáculos. Lo del cuerpo en forma de tubo delgado era fácil de comprender: salvo en días excepcionales (hoy no lo era), entre mesa y mesa apenas pasaba un ser humano, de costado, trabajosamente, y siempre y cuando no se tratara de Margot. En cambio, estos robots circulaban entre las mesas con envidiable facilidad y eran muy eficientes en su tarea. De hecho, fuera de allí no servían para nada.

—Aquí tiene, cabeza hueca —dijo Margot, colocando seis cartoncitos verdes sobre la bandeja. El robot los fue introduciendo rápidamente en una ranura de su enorme cabeza (curiosamente, en el lugar exacto en el que un ser humano hubiera tenido la boca), zumbó diez segundos, hizo ¡pling!, y se alejó zigzaguenado entre las mesas con aire satisfecho.

Nada de esto había observado Margot, que no sacaba la vista de la mesa 014 en la que Frank Henderson, según relataba mi amiga, permanecía apurando un trago.

—¡Oh! —exclamó de pronto, con fastidio— …otra vez lo acompaña “eso”, también acá… Frank siempre trabajando, Christine. Están muy atrasados. Aprovechan todos los momentos para ganar tiempo.

Un minuto después, Margot se enderezó en su silla y comenzó a buscar algo en su cartera. Cuando lo hubo encontrado me lo alcanzó, diciendo:

—Toma mi polvera, usa el espejito y échale una ojeada a Frank, anda, toma…

El viejo truco del espejito de la polvera… Sin mucho entusiasmo hice lo

que Margot quería. Estaba dispuesta a hacer cualquier cosa con tal que pudiéramos cambiar de tema.

Ubiqué rápidamente la mesa en cuestión (lo que no era poco decir, dada la mar de gente que se interponía). Frank Henderson estaba allí, en efecto. Era un muchacho alto, rubio, de bigotes, como fabricado en serie. Un ingeniero joven y primisorio, con aspecto de joven y promisorio ingeniero.

Sin embargo, no fue Frank lo que atrajo mi atención, sino "éso" que estaba frente a él. Lo que Margot había mencionado con fastidio un minuto antes.

Allí, de espaldas a nosotras, como salido de una mala película de ciencia-ficción, se hallaba un robot URC-5000.

Los URC-5000 eran "la última y más espectacular conquista de la ingeniería robótica de nuestro tiempo, verdadero milagro de la cibernética, etc, etc…", tal cual rezaba la publicidad de la Universal Robots Company. No dejaban de ser robots, como los robots-camareros, pero ahí terminaba toda semejanza. Equiparar a un ser humano con un orangután hubiera sido menor desatino que comparar a un URC-5000 con los cabeza redonda que atendían las mesas.

Su apariencia misma era extraordinaria. Un URC-5000 era, hasta donde la vista podía apreciar, una formidable estructura de casi dos metros de altura, en la que se entrelazaban cilindros y placas metálicas, bisagras y tubos segmentados, y a la que —hubiera dicho más de uno— habían olvidado colocarle la carrocería. Sus materiales evocaban el bronce y el hierro; y su diseño general, lo antropomorfo. En la parte frontal de la cabeza, un par de ojos fluorescentes azul turquesa era el único detalle que parecía corresponderse con un rostro humano.

Como quiera que fuera, siendo la Universal Robots integrante del gigantesco megacosorcio encabezado por la NTC, había URC-5000 desperdigados por todas las subsidiarias. Acá, en la sucursal San Franciso de la Dexter Communications, teníamos tres o cuatro. Y uno de ellos estaba reflejado en este preciso momento en el espejito de la polvera de Margot.

Me entretenía observando al URC-5000 cuando, inopinadamente, la dueña de la polvera entró en cuadro en el espejito.

¡Dios mio! ¡Margot! ¿Qué estaba haciendo…?

No podía creerlo. Mi robusta amiga avanzaba trabajosamente entre las apretujadas mesas, en dirección a la que ocupaban Frank Henderson y el robot.

De alguna manera consiguió llegar. Por sus ademanes y gesticulaciones, era evidente que estaba extendiendo una invitación. Frank miró en dirección a

nuestra mesa (bajé el espejito), mientras Margot continuaba hablando con la mejor de las sonrisas en su rubicunda cara. Vi a Frank hacer un gesto de asentimiento.

Era el fin… Un instante después, Margot estaba sentada nuevamente frente a mí.

—Yo… Tú… ¡¡Margot..!! —balbuceé.

—No te preocupes, es ahora o nunca, todo saldrá bien, ya verás.

—¡No quiero que salga bien! ¡ Tú… yo…!

No hubo tiempo para nada más. Frank Henderson y el URC-5000 ya estaban frente a nuestra mesa.

Margot hizo las presentaciones de rigor, las que se realizaron de modo un tanto general, sin besos ni apretones de manos (lo que me pareció bastante pertinente, dada la naturaleza de uno de los invitados…)

Frank se sentó a mi derecha, operación que concretó introduciendo su corbata de seda italiana en mi vaso de agua mineral. Hubo risas y observaciones ocurrentes, incluyendo algúna alusión a Freud que hizo ruborizar a Frank. Visto de cerca no era mal parecido. Sugería el héroe romántico y aventurero de alguna película de capa y espada.

El URC-5000 se sentó a mi izquierda, enfrente de Frank. Olía suavemente a metal y aceite de máquina, y producía un ligero zumbido; o tal vez fuese mi imaginación. Así, a cuarenta centímetros de distancia, su aspecto era pavoroso.

Se habló de lo previsible, dados el lugar y el momento, con especial mención para los decibeles de más y los fastidiosos robots-camareros.

—A Christine le encanta la ópera —dijo de pronto Margot, que no terminaba de diferenciar la ópera del musical de Broadway.

Resultó que Frank era un adicto al jazz, sobre todo al bebop, el cool y cosas por el estilo. Pero como el jazz es el jazz, empezamos hablando de Gershwin, Cole Porter, y Bing Crosby, y terminamos con Charlie Parker y Thelounios Monk (Frank), y Billie Holiday y Ella Fitzgerald (yo).

—Calma los nervios, alegra el espíritu y favorece la digestión —sentenció Frank, refiriéndose a su música favorita—. Es lo que deberían pasar aquí.

A Margot, ni el jazz, ni la ópera (ni la música, en realidad), le interesaban en lo más mínimo. Tal vez porque no la necesitaba. Rara vez se la veía nerviosa, nunca estaba deprimida, y tenía una digestión formidable. Casi como para hacer una demostración, se dedicó a engullir cuanta cosa comestible anduviera por ahí. Apenas podía ocultar su satisfacción por lo

bien que marchaba la operación “Frank Henderson-Christine Cupiak”, mientras su mano iba y venía como la trompa de un elefante, dando cuenta de todo lo que pudiera divisarse en algún lugar de la mesa.

No podía dejar de reconocer que la idea de Margot no había sido tan mala, después de todo. Frank Henderson no parecía ser lo que me había figurado: un ingeniero joven, bien parecido, brillante, consciente de todo ello, y por tanto, insoportable. Decidí que me caía bien.

Y también estaba, claro, el URC-5000. Haber conocido (o algo así) a uno de estos famosos robots, no dejaba de ser una experiencia interesante. Ninguna situación que tuviera que ver con mi trabajo en la empresa hubiera podido provocar un encuentro como éste. El URC, al igual que Frank, trabajaba en uno de los laboratorios de diseño del piso 32, donde se pergeñaba buena parte de lo que, en materia de sistemas de comunicación en el espacio, la Dexter Communications suministraba a la Northern Technology Corporation.

—A propósito, ¿es cierto que en seis meses a lo sumo, la Northern Technology pondrá en operaciones la primera escuadra de cargueros Tierra-Marte? —dije inopinadamente, para que no creyeran que mi vida se limitaba a teclear consolas y leer datos en pantalla sobre asuntos que no interesaban a nadie.

—De hecho, ya debería habérselo logrado —dijo Frank—. No hay demasiadas diferencias entre los vehículos de exploración que ya hacen el trayecto Tierra-Marte, y estos tan promocionados cargueros.

—¿Ah, no? —dije, algo más interesada—. Todo lo que se está diciendo…

—…es el resultado de una historia tan absurda, que contada no la creería nadie.

—Prueben conmigo, soy muy crédula —dije sonriendo. Realmente (y sorprendentemente) me sentía de buen humor.

Frank se enderezó en su silla, corrió mecánicamente mi vaso, y se alisó la corbata.

—Todo comenzó con la rivalidad que ha existido siempre entre la Northern Technology Corporation y la American Spacecraft Corporation. Tú sabes que ambas, ellas solas, ponen en el mercado el noventa por ciento de todo lo que en materia de vehículos espaciales puede verse por ahí. Desde las grandes espacionaves de exploración a Marte, o las de las agencías turísticas a la Luna, hasta las pequeñas de uso familiar hacia las estaciones orbitales. Bien, de diez años a esta parte, ese noventa por ciento ha terminado significando sesenta por ciento la American Spacecraft, y sólo el

treinta por ciento la Northern Technology —observó Frank, con un dedo índice señalando enfáticamente hacia el piso.

—¿Por qué hemos perdido tanto terreno? —lo interrumpí, realmente intrigada.

—Pues, es dificil de explicar. Nadie lo sabe a ciencia cierta. Hasta podría ser, simplemente, la moda, el gusto de los usuarios, el capricho de los consumidores. Como quiera que sea, los de allá arriba están francamente desesperados —dijo Frank, con un dedo índice señalando hacia el techo—. Están perdiendo un dineral año tras año, y nadie encuentra una explicación razonable.

Frank terminó el Martini, y continuó.

—Hasta que alguien, que no tengo interés en conocer, hizo una sugerencia que encantó a los directivos: la Northern debía recuperar el prestigio perdido mediante la concreción de una gran proeza tecnológica. En definitiva, la Northern Technology Corporation sería la primera en poner en operaciones una escuadra de cargueros para traer minerales de Marte. Nada menos.

—No suena mal —observé—. Sería un auténtico logro…

—Como se lo está haciendo, no lo será —dijo una voz a mi izquierda.

Literalmente salté de la silla. Había olvidado al URC-5000. Era la primera vez que pronunciaba una palabra. De hecho, era la primera vez realizaba un movimiento. Su voz, muy metálica, parecía provenir de algún lugar indeterminado de la cabeza. Su cabeza había girado hacia mí, emitiendo (ahora estaba segura) un ligero zumbido.

Los URC-5000 eran una presencia cotidiana para Margot, que debía subir regularmente a los pisos superiores, llevando y trayendo carpetas, planos, y lo que fuese necesario. Pero no para mí, por siempre encadenada a mi triste computadora como el Holandés Errante al timón de su barco.

El URC-5000 permanecía allí, con su cabeza fijamente posicionada en dirección a mí, aguardando una respuesta.

—¿Ah, no? —contesté, mirándolo como si tal cosa. (Bravo, Chistine…)

Fue Frank, con gran alivio de mi parte, quien contestó.

—Resulta que el diseño y construcción de un auténtico carguero Tierra-Marte insumiría, incluso acortando plazos a hachazos, no menos de tres años. Demasiado tiempo para un proyecto cuyo principal objetivo es publicitario. Ni hablar de los costos. La idea iba a ser archivada, cuando uno de los asesores de marketing, un genio o un imbécil, quién sabe, hizo

notar que lo importante no era la nave en sí, sino la publicidad en torno al mismo. Siempre y cuando el público consumidor no lo supiera, un pseudo-carguero era tan bueno como uno verdadero. Finalmente se fijó un plazo de doce meses para tener dispuesta una nave apropiada, que pudiese traer cierta cantidad de minerales de Marte. El hecho de que lo hará en cantidades ridículas, en tiempos no rentables, y para fines innecesarios, no importa demsiado. Si se salen con la suya, la rentabilidad vendrá por otro lado…

—Pero los minerales de Marte —pregunté—-, ¿no son necesarios?

—Claro, para que el carguero tenga algo que traer.

—¿Y la American Spacecraft? —objeté—. ¿Se quedan de brazos cruzados? Ellos deben de saber todo lo que estás dicendo. El espionaje empresarial no se inventó ayer, supongo.

—Claro que lo saben, pero no pueden contrarrestar el alcance y la fuerza de los omnipresentes medios de difusión de la Northern. Tú sabes que la Northern Technology Corporation es el núcleo de un gigantesco conglomerado empresarial. Solamente en el rubro tecnología espacial están, además de nosotros, la Galaxy Starships, la Rovno Jets, y varias docenas más que no recuerdo. También tiene el control de varias empresas de otros rubros, entre ellos, el de minería, claro. Y lo más importante, controla el Washington Today, el London Post, el Moon Times, las revistas Update, New Century, y varias más. Las editoriales Strada, Diorky y Monitor, también forman parte del megaconsorcio. Todo ello sin contar algunas cadenas televisivas y radiales, como la NCC, las radios Liberty, Eternity, Radio Selene, y algunas más. Y lamento no tener más memoria… Ya sabes, en este país, nadie llega a presidente sin el visto bueno de la Northern Technology Corporation. De hecho, sólo el diez por ciento del ingente presupuesto de esta operación está destinado a la nave en sí. El noventa por ciento restante son gastos de publicidad. No… la historia que se perdió Kafka…

Frank se arrellanó en su silla.

—De modo que acá estamos: construyendo en tiempo récord una nave inútil para un fin innecesario. Una nave que sólo será novedosa en el peor de los sentidos: en que habrá que probarla. Eso sí, los directivos de la Northern se salieron con la suya. Desde que todo esto comenzó a publicitarse, las ventas de la Northern Technology Corp. ya iniciaron un leve proceso de repunte, después de diez años en baja.

—¡Oh, Dios mío, son más de las tres! —exclamé al ver mi reloj. El tiempo había pasado volando. Tuve que reconocer ante mí misma (jamás lo haría

ante Margot), que había disfrutado de esta pequeña reunión.

El robot-camarero había regresado a darse una vuelta por nuestra mesa. Eran exasperantemente fastidiosos, en ese aspecto. En el centro de su enorme y aplanada cabeza, un gran rectángulo de cristal líquido señalaba el importe para la mesa 238. El molesto bicharraco aguardaba, con su estólida apariencia de siempre, los consabidos tickets.

—Acá tiene —se apresuró Frank, entregando los suyos, sin que Margot ni yo hubiéramos atinado a nada. El robot hizo lo de siempre y ¡pling!, se marchó. Otros de su tipo, convenientemente programados, volverían un rato después, apenas la mesa quedara desocupada. La primera tanda, para recoger platos y vasos; la segunda, para limpiar y acomodar sillas; y así siguiendo. Los típicos robots: podían realizar con insuperable eficiencia tres o cuatro tonterías cada uno.

En rigurosa fila india, maldiciendo sillas, repartiendo frases de disculpa, y esquivando robots, conseguimos llegar a la salida del comedor, el cual ya empezaba a despoblarse un poco. Iba a llegar con retraso a mi trabajo, cosa que no ocurría desde hacía exactamente dos años.

Al llegar al subnivel 3, Margot y yo salimos del ascensor, el cual seguiría subiendo hasta la planta baja, y continuaría hasta el piso 32, donde trabajaban Frank y el URC-5000.

Margot y yo nos separamos al final del corredor principal de la sección 3-F. Margot rebosaba de satisfacción por lo bien que había salido todo. Me hizo un guiño, y se alejó canturreando, con su acostumbrado andar acompasado y cansino, dejándome a solas con mis pensamientos. Ella tembién llegaría tarde a su puesto de trabajo; pero en su caso, era algo que no ocurría exactamente desde hoy a la mañana…

Mientras avanzaba por el estrecho pasillo en dirección a mi sala, mi cerebro era un torbellino de sensaciones caóticas e ideas confusas. No estaba segura de lo que sentía, exactamente. O, en realidad, sí. Iba a llegar tarde a mi trabajo por primera vez en casi dos años, y no me importaba. Ello significaría una exasperante mancha en mi —hasta entonces— inmaculada foja de trabajo, y no me importaba. Iba a perder la bonificación por puntualidad y asistencia, y no me importaba. En realidad, no sabía bien por qué me preocupaba tanto por el currículum en la empresa. A Margot, por ejemplo, no le importaba en lo más mínimo. Al fin de cuentas, ni ella ni yo estábamos interesadas en hacer carrera en los estúpidos subniveles de la Dexter Communications.

Aun así, luego de dos años de observar una puntualidad poco menos que maniática, hubiera debido sentirme algo molesta por haberla arruinado;

siquiera un poco.

Pero no lo estaba, en absoluto. Y yo sabía por qué.

Mientras marcaba con mi tarjeta el horario de llegada; mientras me sentaba indolentemente frente a mi consola; mientras echaba distraídamente a funcionar a la criatura de mil ojos y seis hileras de dientes, supe, sentí, vi con meridiana claridad, que por primera vez en mi vida estaba enamorada. Muy enamorada.

Pero no de Frank.

II

—¡¿El URC?!… ¡¿El URC no sé cuanto?!… ¿quieres conocer mejor al URC-5000?… ¡pero Christine, es un robot, una máquina!… ¿te has vuelto loca? —fue la serena reacción de Margot, al día siguiente, en el comedor de la empresa.

—No sé… Me despierta curiosidad, fascinación, algo así —respondí sin inmutarme…

—Curiosidad… fascinación… algo así… te presento a Frank Henderson,… y tú… tú… ¡es el colmo…!

—Es difícil explicarlo. Yo también estoy confundida. Y no lo llames “el URC”. Se llama Stanley.

—Ya sé que se llama Stanley, Christine, realmente no sé qué decir, siempre fuiste un tanto extraña, es cierto, pero esto es un disparate total incluso para ti… ¡es para el manicomio…!

—No necesito un siquiatra, si a eso te refieres —dije, sin estar del todo segura…

Margot soltó una risita.

—Tal vez tienes un fetiche con el metal, no me extrañaría viniendo de ti, ya te veo apareciendo en “Bizarre Sex” o algún programa de ésos…

—Margot…

—Lo siento, fue una ocurrencia… ¿ y Frank? …no has comentado nada…

—Me cae bien, de verdad… Me divertí mucho… Es simpático y me agrada…

Margot estaba empezando a aburrirme un poco. Pero era difícil culparla…

—¿Stanley…? —pregunté, simulando naturalidad—. ¿Estaba allí, cuando subiste hoy?

Margot, un poco a desgano, se resignó a contestarme.

—Sí, allí estaba, en el otro extremo de la sala, consultando una pila de hojas desparramadas por todas las mesas, comparándolas con unos gráficos garrapateados en un pizarrón, levantó la vista un instante, me saludó con un brazo y continuó en lo suyo.

Bueno, Christine, qué esperabas, es un robot, una máquina…

“¿A quién diablos le interesa toda esta basura?”

Miré la pantalla principal de la computadora con ganas de estrangularla. Si hubiera tenido algo parecido a un cuello, lo habría hecho. Era sólo una estúpida máquina llena de pantallas y botones que se divertía a mares sepultándome bajo una montaña de datos y cifras.

“ROBERTSON, CARL. NIVEL 35. PROYECTO SISTEMA DIRECCIONAL DE…” ¿ A quién le podía importar cuánto maldito dinero iba a cobrar el imbécil ése…? Teclear, teclear y teclear. Listo. ¡Y que se fuera al infierno con sus malditos dólares, sea quien fuese!

“SCHWARTZ, HELENA R. NIVEL 28. PROYECTO REFRIGERANTE DEL MINIRREACTOR…” Clic, clic, cliclic, claclac, clic, clac. Listo. ¡Y que hiciera lo que quisiera con su sueldo, esa perra de laboratorio!

“GODUNOVA, TATIANA. NIVEL 29. PROYECTO SISTEMA DE DESCONEXIÓN AUTOMÁTICA FUENTE ALIMENTADORA DE…”

Listo. ¡Y que se ahogara en vodka esa hija de la estepa!

“STANLEY, URC-5000/O859-A37.NIVEL 32. PROYECTO ANTENA PRINCIP…” ¡Stanley!

Stanley…

Por supuesto. Un URC-5000 no era un estúpido ventilador con tentáculos que atendía mesas sin siquiera saber que existía. Era parte del personal jerarquizado de la empresa. Su trabajo era gravitante. ¿Cobraría algo Stanley por su trabajo? La pantalla me lo informó antes de que terminara de formularme la pregunta: puntos y rayas de lado a lado. ¿Qué habría hecho Stanley de tener dinero?

“SVENSON, BRIAN A. NIVEL 28. PROYECTO SISTEM…” Clic, clic, cliclac, ¡diáblos! Claclic, ¡maldición! Clacloc, ¡otra vez!

Y a partir de allí, todo empezó a salirme mal.

¿Qué harás contigo, Christine?

Estaba en algún lugar del gigantesco salón de entrada de la Dexter Communications Inc., sucursal San Francisco.

El lugar hervía de gente. Pero hoy no era un día cualquiera.

Cinco mil desprevenidos transeúntes habían abarrotado el recinto, y se desbordaban hacia el exterior de la entrada principal, atraídos por las desmesuradas rimbombancias de la ópera publicitaria que la Northern Technology Corporation había desplegado en el salón de entrada de todas sus filiales y firmas subsidiarias.

En la enorme sala, cinco mil pares de pulmones inhalaban y expelían el mismo irrespirable aire una y otra vez, circulándolo y recirculándolo, tornándolo caliente y pegajoso, vacío e inservible.

Un par de metros por encima de las cinco mil cabezas, una pantalla de proporciones gigantescas apabullaba a la concurrencia con espectaculares estereoimágenes a color del flamante carguero espacial Tierra-Marte. Con cada cambio en la pantalla, los azorados rostros, perlados de sudor, pasaban de espectralmente azules a fantasmalmente verdes. Al paso de las imágenes, el desorganizado murmurar de la concurrencia estallaba en incontenibles desbordes de exclamaciones y aplausos, que declinaban lentamente hasta disolverse en pequeñas murmuraciones monocordes, hasta la clamorosa aparición de la siguiente estereoimagen.

Una voz en off (la misma con la que la NCC había cubierto el sesquicentenario del desembarco en Normandía) atronaba desde las cuatro paredes del salón y desde los cuatro mil altavoces en el exterior, dando cuenta del “portentoso desafío que, a las puertas del siglo veintidós, había asumido la empresa líder en tecnología espacial”, al tiempo que reseñaba las “ingentes dificultades que había comportado la consecusión de tamaño objetivo”.

Algunos metros a mi derecha pude ver a Frank, con el rostro encendido y sudoroso. Hipnotizado por las imágenes, permanecía inmóvil, con la mirada clavada en la descomunal pantalla. Por el movimiento de sus labios, parecía repetir mecánicamente las palabras que surgían de los altavoces.

Aprisionada por la multitud, empecé a sentir que me faltaba el aire. Debía salir de allí.

Intenté abrirme paso hacia el exterior del edificio, empujando y tropezando con todo lo que encontraba. Los cinco mil sudorosos cuerpos, fláccidos y

malolientes, parecián estar inconmoviblemente clavados al piso. Antes que pudiera advertirlo, estaba otra vez en el punto de partida.

Volví a arremeter desesperadamente contra la masa de carne humana.

La descomunal pantalla había pasado a mostrar a los sonrientes figurones de la plana mayor de la Northern Technology Corporation. Se los veía gordos y satisfechos.

Acto seguido, comenzó a oírse el pomposo discurso del mismísimo presidente de la Corporación. Me detuve en seco. Reconocí de inmediato esa voz y esa forma de hablar, sin puntos ni comas. Volteé para ver.

Ocupando toda la superficie de la gigantesca pantalla, la presidente de la Northern Technology Corporation era Margot.

Volví a arremeter contra la multitud, empujando salvajemente para alcanzar la salida. Trastabillando y maldiciendo, logré llegar. No alcancé a salir. La masa de gente empezó a empujarme hacia atrás, hasta devolverme al centro del salón. Lo intenté una vez más. Y una vez más. Una y otra vez, la multitud me devolvió al punto de partida.

De pronto, en un claro de la abigarrada multitud, descubrí a Stanley. Me extendía una mano de metal, brillante y resplandeciente. Intenté aferrarla.

Inesperadamente, mi mano chocó contra una superficie plana y sólida como el cristal. Stanley era sólo una estereoimagen.

Desesperada, redoblé mis esfuerzos por salir de allí. Por fin, maltrecha y extenuada, al borde del desmayo, conseguí llegar hasta una de las salidas. Vi la calle, a un par de metros. Me abalancé hacia el hueco de la puerta. Choqué y quedé sentada en el piso. La salida era una estereoimagen.

Ya el discurso de Margot atronaba en mis oídos como un rugido.

Conseguí arribar a otra de las salidas. Me abalancé, y volví a chocar. Era otra estereoimágen.

Ahora el discurso de Margot taladraba mis tímpanos como un chirrido ensordecedor. Mi cerebro estaba a punto de estallar.

Probé inútilmente otra de las salidas. Volví a chocar. Todas las salidas eran estereoimágenes.

La voz de Margot siguió creciendo y creciendo hasta sonar como una gigantesca chicharra…

Atendí el videófono. Era Margot.

—Sí, Margot, me despertaste… Claro, tonta, fue sólo una discusión, no estamos peleadas. Sí, me parece perfecto. Nos vemos en el trabajo. Hasta mañana, Margot. Un beso.

Apagué el videófono y me metí en la cama.

¡Dios mío, seis menos diez! Era el final de otro día de trabajo y se me había hecho tardísimo.

Salí del ascensor en la planta baja, y me encaminé al vestíbulo del edificio. Como siempre, una explosión de luz solar me hizo parpadear un rato.

No quedaba mucho personal de la empresa a esa hora del día. Un ejército de robots, de las formas más inverosímiles que pudiera imaginarse (todo el catálogo de la Universal Robots), se desparramaba por aquí y por allá, realizando tareas de limpieza y mantenimiento. En algunos rincones podía verse a algunos de ellos, enchufados al tomacorriente de pared, esperando terminar de recargarse. Robots por todas partes.

Avancé con paso vivo. No era necesario esquivarlos. Conforme uno iba pasando, ellos mismos, con increíble agilidad y precisión, interrumpían su tarea y se apartaban, para retomarla exactamente en el punto en el que la habían dejado. Era una especie de coreografía.

Estaba llegando a la entrada principal, cuando una silueta alta y oscura se recortó a contraluz y rápidamente salió al exterior.

Era una gigantesca maquinaria de hierro y bronce, que parecía oler suavemente a metal y aceite de máquina.

Era Stanley.

III

Los lunes era cuestión de un poco de paciencia y otro poco de ingenio. Mi táctica consistía en esperar detrás de una de las pilastras del imponente pórtico del edificio. Había descubierto que Stanley solía salir alrededor de las seis, casi a diario, para dirigirse a un anexo de la empresa, un laboratorio a pocas cuadras de allí. En cuanto lo veía, me aparecía de improviso, y me ponía a caminar a la par.

Caminábamos desde el edificio de la Dexter hasta la boca de entrada al flash-subway. Toda San Francisco había quedado edificada sobre una intrincada telaraña de tres niveles de flash-subways, que llevaban de un punto a otro de la ciudad a una velocidad vertiginosa, incluyendo los suburbios lejanos. Personalmente, no recordaba haber visto un tranvía como no fuera en alguna vieja película.

No llamábamos tanto la atención como había supuesto. Al menos en días de

semana, la gente, casi sin excepción, se encontraba en la ciudad por razones de trabajo y estaba habituada a ver todo un muestrario de robots y máquinas realizando las más variadas actividades. Desde las máquinas recolectoras de residuos o expendedoras de bebidas, hasta los novedosos robot-cadetes que convenientemente programados entraban y salían continuamente de oficinas y negocios.

A Stanley no parecía producirle desagrado mi compañía. Tampoco agrado, en realidad. Ni siquiera indiferencia, creo yo. Era decepcionante. Pero descubrí que, al menos, era capaz de entablar algún diálogo informal, incluso si el tema no podía expresarse en algoritmos o ecuaciones. Observándolo de cerca, no podía evitar que me recordara un caballero medieval con su armadura…

—Me hubiera extrañado que no hicieras esa comparación o alguna otra. Todos hacen alguna. Cada uno ve en un URC-5000 lo que quiere ver, como en un test de Rorscharch. Alguien me dijo una vez que le recordaba un sacacorchos.

Los martes era más difícil. Sin embargo, empezar a caminar cincuenta metros delante de él, ir retrasando mi marcha, esperar a que Stanley alcanzara mi línea, y miren quién está aquí, pero si es Stanley, no era mal truco, creo yo…

Stanley, que no tenía problemas en caminar largos trayectos, se dirigía hacia el sur, por Columbus Avenue, atravesando Washington Park. Stanley no parecía preguntarse a dónde iba yo, ni por qué nuestros derroteros coincidían de semejante manera. Fue allí, mientras atravesábamos el parque, que descubrí una peculiaridad notable de los URC-5000. Caminábamos uno al lado del otro, cuando de pronto Stanley… ¡tropezó! No sospechaba que un robot, un mecansmo de alta precisión pudiera tropezar, pero así fue. Pero lo verdaderamente notable ocurrió a continuación.

Vi con sorpresa que los ojos azul turquesa de Stanley habían virado hacia un rojo cereza de una intensidad extraordinaria. Permanecieron así unos segundos y lentamente recuperaron su color turquesa habitual.

—Situaciones negativas, inesperadas en general, producen ese efecto. Una especie de sobrecarga en los circuitos, o algo así. Un evidente error de ingeniería. Nadie en la Universal Robots sabe exactamente a qué se debe.

Los miércoles, mi meticuloso trabajo detectivesco provocaba una encuentro puramente casual en las cercanías de Columbus y Bay Street. Stanley solía ir a algún punto de la zona de los muelles, desde donde pudiera divisarse el Golden Gate Bridge. ¡Los URC-5000 tenían gustos y aficiones! O a menos algun tipo de afinidad con ciertas cosas, que en un ser humano consideraríamos un gusto o afición, cariño o simpatía. Pero en un cerebro electrónico como el de un robot, vaya uno a saber qué podía significar. Jamás lo hubiera imaginado. Como quiera que fuese, el vetusto Golden Gate Bridge era lo que a Stanley más le gustaba de San Francisco. Ya estaba en desuso, como todos los viejos puentes que cruzaban la bahía. Una nueva generación de túneles y puentes, modernísimos y mejor adaptados a las necesidades actuales, unían ahora San Francisco con Marin County, Berkeley u Oakland. Pero a Stanley le atraía el viejo puente, nunca supe bien por qué. Y creo que él tampoco.

—Haber levantado cosas como éstas en aquella época, con lo que tenían, y con lo que no tenían. Deben de haber trabajado como hormigas. Dicen que en su época se veía imponente.

—Pensar que ahora parece un juguete…

Los jueves no había demasiado que hacer en mi sección, y me las arreglaba para sacarle trabajo de encima a Margot, llevando algún papel al piso 32. La primera vez, me introduje en el gabinete de diseño del laboratorio de sistemas de comuncación esperando dar con Stanley. Y vaya si lo encontré.

Saludé a Frank, que estaba con otros técnicos, en la oscuridad, inclinado sobre una mesa de planos, cubierta de circuitería en azul, verde y rojo. La superficie luminosa de la mesa daba a sus rostros, y a todo el recinto, una apariencia fantasmagórica.

En una de las paredes un panel luminoso mostraba el carguero espacial, en tomas de atrás, de frente y de perfil, y en cortes transversales y longitudinales. El famoso carguero. Tenía el aspecto de un enorme tubo extinguidor de incendios, pero con nueve toberas en la cola. De la parte media del fuselaje partían radialmente cuatro antenas parabólicas. De modo que visto desde atrás, el carguero semejaba una flor con cuatro pequeños pétalos blancos.

En medio de la semipenumbra alcancé a distinguir a Stanley, que parecía estar corriendo algo de lugar. Me acerqué para entregarle la hoja y decirle algo. Y al llegar a cuarenta centímetros de distancia, me quedé estupefacta. Stanley no tenía cabeza…

Comencé a retroceder, confundida, cuando oí la voz de Stanley que decía: “Ah, hola. Christine”. Miré hacia abajo y allí estaba la cabeza, sostenida en la mano izquierda de Stanley. Sin ánimo para nada más, dejé la hoja por ahí y empecé a caminar hacia a salida. “¡Espera!”, oí decir a Stanley. Algo se aferró a mi falda cuando pasaba frente a una consola, buscando la salida. Vi horrorizada que era la mano izquierda de Stanley, que no se soltaba de mi vestido. Salí al pasillo y empecé a correr hasta llegar al final del corredor. Allí empecé a golpear histéricamente mi falda contra la pared. La mano se soltó y empezó a caer, pero tres dedos se aferraron a último momento al ruedo del vestido. Aterrada volví a golpear con toda mi fuerza, y la mano cayó al piso, palma arriba. Ágilmente se dio vuelta y empezó a caminar como una araña, chocó contra el zócalo y allí se quedó, inmóvil, cerrando el puño, hecha un ovillo. Ya Stanley había aparecido, con los ojos rojos, el cerebro electrónico sobrecargado de información. La mano se desplegó, se irguió sobre sus dedos y caminó presurosamente hacia él como un buen perrito. Stanley la recogió y con tres movimientos muy precisos la colocó en su lugar. Sus ojos terminaron de pasar del rojo vivo al turquesa habitual.

—Christine, qué manera de golpear…

—Tú… tú… ¿Qué eres? ¿Varios robots ensamblados entre sí?

—Perdón si te asusté. Puedo desensamblarme por partes, como muchos robots. Pero en mi caso, cada parte tiene autonomía propia, como si fuésemos una colonia de robots, o algo así. Mi cerebro coordina todo.

—Claro…

—Disculpa que la mano no te soltase, pero cada parte es muy valiosa. Al no recibir una orden mía, la mano activó un programa básico y autónomo de autoprotección. No podía quedar tirada por ahí. Podría extraviarse, y luego no habría forma de hallarla. Ya me ocurrió una vez. Comprenderás que la mano es ciega y sorda. Sólo tiene movilidad y cierto grado de información táctil.

—Claro…

—Una vez, algún día te contaré, pude hallarla dentro de un cubo de residuos, gracias a que la mano intentaba salir del cubo, y el ruido me guió.

—Claro…

—Recién, cuando entraste al gabinete, intentaba correr un equipo de lugar, le dictaba unos datos a Frank, y tecleaba una consola. Me resulta cómodo trabajar así, separándome en partes.

—Claro…

—Oye, no te sientes allí, Christine, vamos al laboratorio.

—No me estoy sentando, tonto, me estoy desmayando…

Los viernes no había la menor oportunidad de cruzarme con Stanley. Todos los horarios coincidían pésimamente. A lo sumo, el azar podía acercarnos de pasada. Por supuesto, no podía esperar que Stanley me invitara a tomar algo. Había descubierto cierta humanidad en él, pero continuaba siendo 99% un robot. Nos veíamos y eso era todo.

Pero ese viernes tomé la iniciativa. Por extraño que pudiera parecer, invité a Stanley, un URC-5000, a tomar una copa. Es un modo de decir, claro está, sólo yo bebería…

Fuimos al “The Old Electric Guitar New Band Club”, un pequeño local dedicado a la vieja cultura del rock de mediados del siglo XX. Con su concurrencia bastante más que colorida, por no decir ultra bizarra, era el sitio ideal para que una chica y un robot se sentaran a beber un trago sin llamar la atención de nadie. En el poco tiempo que permanecimos, vimos desfilar toda una fauna de personajes. Un gurú barbudo con túnica blanca, fumando cigarros cubanos; una mujer de dos metros con aros en los pezones, llevando de una correa para perros a un enano vestido de general; y cosas más estrambóticas aun. Una chica común y corriente, con un robot de dos metros hecho de bronce y metal, no tenían por qué llamar demasiado la atención, después de todo. Los dueños del local, una pitonisa thailandesa con los dientes pintados de rojo y un guerrero swahili de 280 kilos, saludaron a Stanley con toda naturalidad. Probablemente nunca cayeron en la cuenta que era un robot de verdad, y no un hombre disfrazado…

Pero esa vez fue una excepción. Como he dicho, en un típico viernes no solía haber más que un cruce casual (si lo había) y un simple intercambio de saludos.

—Hola, Stanley.

—Hola, Christine.

Los sábados, conforme transcurrían las semanas, Stanley pasaba cada vez más tiempo trabajando en la Dexter Communications. El proyecto del carguero Tierra-Marte había entrado en su estapa decisiva. Absorbía casi todo el tiempo y la atención de Stanley, y buena parte de mi paciencia. Era una situación ridícula. Nunca hubiera creído que terminaría sintiendo celos de una nave espacial, a causa de un robot. Cosa de locos. Máxime teniendo en cuenta que el robot no parecía tener más sentimientos que la propia nave

espacial. De vez en cuando, mi paciencia se agotaba, y terminaba llamando desde casa con algún pretexto, o sin pretexto alguno. Me sentía patética…

—Hola, Christine, ¿qué ocurre?

—Hola, Stanley, ¿cómo está el carguero?

—Muy bien. Al menos en la parte que nos toca a nosotros. ¿Por qué siempre preguntas por el carguero…?

—Por nada, Stanley. ¿O no puede interesarme cómo van diseñando y construyendo un enorme supositorio para traer estiércol de Marte?

—No van a traer estiércol, Christine. No se han encontrado en Marte vestigios de actividad orgánica. Pero hay otros elementos muy valiosos, incluyendo metales pesados que… ¿Christine? ¿Hola…?

Los domingos también tenían a Stanley y a todo el personal especializado de la Dexter Communications trabajando a destajo. Aquel domingo en particular, Stanley terminó algo más temprano que de costumbre y me las ingenié para interceptarlo en la avenida Columbus. Tomamos hacia el norte, claro. El Golden Gate Bridge era una delgada telaraña rojiza que se adentraba en la bahía para desaparecer en la bruma. Empezaba a caer el sol, y como siempre a esa hora del día, toda la estructura metálica de Stanley empezaba a reflejar los ocres, amarillos y rojos del cielo ensangrentado. Parecía una fantástica criatura esculpida en fuego, despidiendo llamaradas ondulantes de cada sector de su cuerpo. Fuimos a buscar una vista cercana del Golden Gate, como siempre. Ya era de noche cuando llegamos. Ahora todas las luces de los alrededores empezaban a brillar y contorsionarse en el cuerpo metálico de Stanley, adquiriendo tonalidades iridiscentes, imposibles de describir. La innumerable noche de San Francisco refulgía en todo su cuerpo.

—¿Tú? ¿Por qué tú? ¿Por qué no Frank?

—Da lo mismo, Christine…

—No, no da lo mismo. Frank es Frank, y tú eres tú.

—Simplemente alguien del nivel 32 debe ir. Y Frank y yo somos los principales responsables del diseño general de la antena.

—Sí, la antena…

—De modo que debo ir yo.

—Pero Frank es tan responsable de la antena como tú…

—Pero él es humano.

—¿Te… te envían a ti porque eres un robot…?

—No lo sé, supongo que sí. No habrá humanos en ese vuelo, Christine. Sólo URC-5000. Pilotos URC, navegantes URC, computadores y analistas URC, radiooperadores y radaristas URC, científicos e ingenieros URC, técnicos y mecánicos URC. Todos URC-5000. De todos modos, Christine, cada parte de esa nave fue chequeada, testeada, probada, comprobada, corregida, vuelta a probar y vuelta a comprobar. Cada parte por separado, luego integrando varias partes en bloques más grandes, y así siguiendo. Y haciendo las correcciones necesarias una y otra vez, en cámaras simuladoras, casi tan reales como si fuesen las condiciones reales.

—Pero no lo son.

—No. Y precisamente por ello es que en algún momento hay que probarlo en las condiciones reales. Ya aquí abajo se hizo todo lo que se podía hacer. Lo que falta hay que hacerlo allá arriba. Frank hubiera dado su salario de los útimos diez años por estar en mi lugar, te lo aseguro.

—¿No comes eso, Christine? …pásamelo… sí, me enteré por Frank, no tiene consuelo el pobre.

—Eso fue lo que me dijo también Stanley. Pero no creí que fuera verdad. Pensé que lo decía para tranquilizarme un poco.

—Oh no, ese vuelo de prueba va a ser un tour por la Riviera francesa, al menos eso es lo que todo el mundo dice en el piso 32, y por lo que sé, en todos los departamentos de la Dexter y demás subsidiarias de la Northern involucradas en el proyecto, creo que en el piso 32 todos sienten bastante envidia por Stanley, aunque el más afectado es Frank, porque él hizo tanto como Stanley para que esa bendita antena pudiera ver la luz, en el piso 21, donde se diseñó una sección del espejo reflector, también hay un URC-5000 envidiado por todos los humanos que trabajaron en el asunto, ¿tampoco comes eso? …pásamelo.. parece que la antena ya está dando vueltas a la Tierra, creo que todas las partes que se construyeron acá abajo ya están allá arriba, junto con las partes más grandes que se construyeron directamente allá arriba, así que supongo que el vuelo de prueba será dentro de muy poco, dicen que se verá realmente bonita la cosa ésa, que dicho sea de paso, por votación general ha sido bautizada “Chancellor”, y parecerá realmente de avanzada, como los directivos querían, te aseguro que no hay una sola empresa de la Northern, de las que tomaron parte en este asunto, en la que no haya humanos lamentando un poco no ser un URC-5000, … Christine, ¿qué ocurre…?

—Margot, creo que ahora entiendo por qué en todos los laboratorios de

todas las empresas de la Northern que diseñan o construyen naves espaciales, hay al menos un URC-5000. Es para poder enviarlos en los vuelos de prueba. Está bien, en este caso no entraña mayor peligro, por lo que dices, pero ésa es la razón. Y seguirá siéndola en el futuro, cuando se trate de algo realmente riesgoso.

—¿Te parece? ¿No estás un poco para… para…?

—¿Paranoica? Puede ser, Margot. Pero ten en cuenta que los robots son máquinas, herramientas de trabajo. Y para la gente los URC-5000 son simples robots, comunes y corrientes, no son personas, jamás han estado con uno. Y a la Northern Technology Corp. lo único que le importa es lo que opine la gente. Un solo astronauta humano con un chichón en la cabeza es peor propaganda que cien URC-5000 destruidos.

IV

—No puedes pasar de aquí, Christine –me dijo Frank, en la sala anexa a la plataforma de despegue—. Ser una empleada de la Dexter Communications no ayuda en estos casos.

Era una hermosa mañana de domingo en el centro de despegues que la Northern Technology Corp. tenía en Tampa, Florida. Una hora antes, diez minutos de aerobús nos había traído a Frank, a Stanley y a mí, desde San Francisco, junto a otros trabajadores de la Dexter. Y el trasbordador, cuya ahusada figura podía distinguirse a través de uno de los ventanales de la sala de abordaje, se llevaría a Stanley rumbo a la estación orbital en pocos minutos más.

Por supuesto que no había razón alguna para que yo estuviera aquí. Pero Frank, una vez le hube manifestado mi deseo de despedir a Stanley, había hecho valer hábilmente sus credenciales en la intrincada burocracia de la NTC. Y me había conseguido un pase, en calidad de “técnica auxiliar” de vaya uno a saber qué.

—No, no es ése que estás viendo –dijo Frank—. El nuestro está a unos pasos de acá, casi detrás de esa puerta.

Stanley, como era habitual en él, permanecía allí, sin hacer el menor movimiento y sin pronunciar palabra, al menos que hubiese una razón para hacer alguna de las dos cosas.

—¿Entonces serán cinco días?

—Algo así como una semana —dijo Frank—. Cinco días a bordo del carguero. Uno, todavía en órbita alrededor de la Tierra, luego una aceleración a fondo, para ver cómo responden los motores principales, abandonaremos un poco el trayecto de la Tierra, como si hubiésemos iniciado el trayecto a Marte, luego el armatoste girará sobre su eje, aunque eso en el espacio es una forma de decir, bueno, hará un giro de ciento ochenta grados en estado de aceleración cero, y volverá a acelerar a fondo para volver a quedar orbitando la Tierra. Si nuestros pilotos y navegantes son hábiles, quedará a poca distancia de la estación orbital, como al principio.

En el recinto también se encontraban otros cuatro URC-5000, además de algunos hombres de negocios que debían viajar hacia la estación orbital de la NTC por razones ajenas al carguero espacial.

Una puerta amarilla se abrió, deslizando sus dos hojas hacia los lados, y cinco luces a lo largo del dintel pasaron de rojo a azul turquesa. Pensé que en los ojos de Stanley, eso hubiera significado recuperar la calma. Pero en esa sala de embarque, significaba hora de abordar el trasbordador.

Stanley intercambió precisiones de último momento con Frank, dio media vuelta y traspuso el vano de la puerta, cuyas hojas lentamente empezaron a cerrarse. Se quedó allí, mirándome.

—Adiós, Christine.

—Adiós, Stanley.

El resto del domingo y la mañana del lunes en la empresa, transcurrieron sin novedades de Stanley.

Un único momento de dicha había tenido en todo aquel día. Por la tarde, Frank había hecho subir a Margot (él no podía abandonar su puesto en el piso 32) y le había entregado el facsímil de una hoja, en la que una de la computadoras había registrado todos los informes que habían llegado desde el carguero entre las 16.50 y las 17.10, a través de la antena parabólica. Cuando Margot apareció de improviso en mi lugar de trabajo y dejó caer la hoja sobre mi consola, me quedé sin entender nada, vaya tonta. Tomé la hoja de un manotón, y empecé a buscar.

Perdida y solitaria entre un fárrago de frases técnicas que empezaban y terminaban invariablemente “AQUÍ TIERRA CAMBIO” y “AQUÍ CHANCELLOR CAMBIO”, se había filtrado una oración de trece palabras muy poco científicas: “AQUI CHANCELLOR FRANK DILE A

CHRISTINE QUE LE HUBIERA ENCANTADO VER LA TIERRA DESDE AQUÍ CAMBIO”.

Era sorprendente que Stanley hubiera agregado un comentario tan humano. Pero eso había sido todo. Al menos significaba lo más importante: que el carguero estaba funcionando bien. También la antena, pero sobre todo la nave.

El lunes por la noche no pude más. Estaba histérica. Mi fijación con Stanley era realmente enfermiza. Ya no podía seguir negándolo. Era un caso para el manicomio. Salí de mi apartamento y tomé el flash-subway. No estaba demasiado lleno a esa hora de la noche y en esa dirección.

El pasaje era lo de siempre. A diez pasos de distancia un hombre de mediana edad se rascaba la cabeza, llenándose los hombros de gruesas motas de caspa. En un extremo del vagón, una anciana ligeramente encorvada y casi sin dientes, babeaba sobre un pañuelo apretujado y empapado.

En una de las estaciones subió una mujer de aspecto húmedo y lechoso, con un grueso bebé en brazos, y se sentó a mi derecha. El niño, una rojiza masa de carne blanduzca y gelatinosa, olía a leche, desinfectante, orina y excremento. Me aparté un poco. La criatura gorgeaba y babeaba, retorciéndose en todas direcciones como un enorme gusano… La joven madre lo miraba embelesada.

Tres asientos más allá, una familia bostezaba y se aburría. El padre tosía o estornudaba. El muchachito se hurgaba una fosa nasal, y luego otra. La madre se miraba la pantorrillas, fofas y llenas de várices.

El flash-subway arribó finalmente a la estación. Bajé, accedí a la superficie, y eché a caminar.

Así, en diez minutos, estaba sentada, sin saber por qué, en una de las mesas del “The Old Electric Guitar New Band Club”. Estaba bastante concurrido para ser una noche de lunes.

Sobre un pequeño escenario, una jovencita con una pequeña banda de músicos, intentaba infructuosamente parecerse a Janis Joplin. Se esmeraba y fracasaba.

Empecé a aburrirme. Tal vez lo que debía hacer era seguir el consejo que aquella tarde me había dado Margot, y no pensar en Stanley.

Pero entonces, ¿qué hacía allí sentada?

Media hora después, estaba otra vez en mi apartamento, más sola que antes.

V

¿Qué diablos ocurría? ¿Por qué tanto alboroto?

Eran las cinco y cuarto del martes, en el tercer subnivel de la Dexter Communications Inc., sucursal San Francisco, y en toda la costa oeste de los Estados Unidos.

Un par de minutos antes, Margot, igual que ayer, había dejado caer sobre mi consola, un facsímil proveniente del piso 32.

“AQUI CHANCELLOR FRANK LA CUARTA ANTENA NO QUEDA EN LÍNEA VOY A HACERLO A MI MANERA FRANK DILE A CHRISTINE QUE TODO VA DE ACUERDO A LO PLANEADO AQUÍ ARRIBA CAMBIO”.

Todo normal, pues.

Y de pronto, empezó a oírse un sinnúmero de voces por todas partes, y pasos apresurados en todas direcciones. En algún lugar empezaron a sonar teléfonos, videófonos, estereófonos, y todo lo que anduviera por allí que pudiera ponerse a sonar. Una chica del departamento contiguo al mío entró de improviso y empezó a manipular una pequeña radio que un compañero, a unos pasos de mí, tenía siempre sobre su consola (era contra el reglamento). Otro muchacho, a quien yo conocía porque era compañero de Margot, apareció corriendo y gritó: “Treinta dos punto cinco, creo que ésa es Radio Selene, transmiten desde la Luna, ellos tienen que saber algo, treinta dos punto cinco, rápido. Hola, Jim, déjanos tu radio”. ¿Qué estaba ocurriendo? Varias personas pasaron corriendo por el pasillo, delante de nuestra puerta. ¿Se habían vuelto todos locos? “Probaré Radio Armstrong, es más difícil de captar, pero si el Sol no joroba demasiado… Además no tiene ninguna relación con la Northern, no habrá tanta censura, al contrario. Maldición, ¿qué otra radio transmite desde la Luna?”, dijo la chica que había entrado en primer lugar. “¿La Luna? ¿Qué pasa en la Luna?”, dije sin entender aún qué diablos estaba ocurriendo. Sorpresivamente apareció Margot. “·¡Oh, Christine, es horrible!”, dijo, tapándose a medias la cara con las dos manos abiertas. “¿Qué haces aquí, Margot? ¿Qué está sucediendo?”. dije, confundida. “¿No te has enterado?”, dijo Margot, algo vacilante. “¿Enterarme de qué¿ ¿De qué debo enterarm…?” No terminé de preguntar. Frank acababa de entrar corriendo, con el rostro blanco como el papel. ¿Qué hacía Margot en mi sala? ¿Qué hacía Frank en el subnivel tres? ¿Qué hacían todos? Iba a preguntarlo, cuando una mujer pasó corriendo frente a nuestra puerta, exclamando: “¡Explotó el carguero, se deshizo en mil

pedazos!”.

Y luego todo fue oscuridad.

Cuando desperté, Frank intentaba alejar a la gente que se apiñaba alrededor de nosotros. Estaba sentada en el piso, contra la pared, con el cinturón, los puños y el cuello de la blusa desprendidos.

—¿Te sientes mejor, Christine?

Margot, arrodillada a mi lado, me apantallaba con una carpeta.

—¡Hagan un poco de espacio, maldita sea, esta chica necesita aire!

Oí la voz de Frank, y la de alguien que trastabillaba protestando.

—Margot –balbuceé—. El carguero… el carguero…

Frank se arrodilló a mi lado.

—Aún no se sabe bien lo que pasó, la información es confusa, Christine –dijo.

Pero su rostro expresaba lo contrario.

—Los URC son muy resistentes, Christine, por eso los mandaron…— agregó Margot sin mirarme a los ojos.

No recuerdo bien lo que ocurrió a continuación. Hundí la cara en las manos, sentí que mi espalda se deslizaba por la pared, todo alrededor daba vueltas, las voces iban y venían, me envolví la cabeza con los brazos, quise taparme los oídos con los codos, tuve ganas de vomitar, “es todo un sueño, todo es un sueño”, toda la habitación se oscurecía de a ratos, volvía a iluminarse, las mismas voces gritaban desde muy lejos, o susurraban pegadas a mi oído, iban y venían, todo giraba y giraba, se agrandaba, se empequeñecía, se iluminaba, se oscurecía, era todo un sueño, era demasiado cruel, “…es demasiado cruel…”, demasiado absurdo, “…y demasiado absurdo…”, y sin sentido, “…y tan sin sentido…”, no podía ser verdad, “…¿no comes eso, Christine?…”, ¿dónde estaba Margot?, “…Christine, creo que debemos hablar…”, ¿qué hacía Frank acá?, debería estar con Stanley, en el carguero… ¿o iba Stanley y no Frank? ¿dónde estaban todos? “…estos vuelos tienen horarios de partida tan rigurosos que son capaces de despegar vacíos…”, ¿quién estaba hablando? ¿Stanley?, “…es la chica que trabajaba en aquella computadora, parece que se había hecho amiga de uno de los robots que viajaban…”, “…se impresionó mucho con lo que sucedió…”, “…es que también, los hacen tan reales que parece que fueran personas, y encima nos sacan el trabajo a nosotros…”,

¿qué estaba haciendo Frank? ¿qué hacía…? “¡No, Frank…!”, “¡¡Imbécil, lo voy a matar…!!”, “¡¡No, Frank, detente…!!”, “¡Suéltame, Margot! ¡Pedazo de imbécil…!”, “¡Párenlo a ese tipo, se ha vuelto loco…!”, “…es un ingeniero del piso 32…”, “¿Y qué hace acá…?”, “¡Cálmate, Frank! ¿Me oyes, Christine? Frank, creo que Christine se ha vuelto a desmayar…”

—¿Te sientes mejor?

Frank nos había dejado a Margot y a mí en mi apartamento, y tras asegurarse de que estaríamos bien, se había marchado. Ya era de noche. Vagamente recordaba a un médico de la Dexter inyectándome algo en la enfermería, diciendo cosas, una ambulancia del servicio médico de la empresa levantando vuelo, Margot y Frank hablando con un enfermero, Margot intentando orientar al piloto, la ambulancia posándose en la pista de aterrizaje en la terrraza del edificio, yo bajando algo aturdida del vehículo con Margot, Frank y el enfermero, todos entrando a mi apartamento, Margot diciéndome algo, el enfermero hablando con Frank, el enfermero yéndose, Frank hablando con Margot, Frank yéndose, Margot trayéndome una taza de té…

—Si aún te sientes mal, me quedaré esta noche contigo, y si te sientes bien, también, será mejor que tomes una de éstas, no sé para qué servirá, pero si hace la décima parte de lo que dijo el enfermero sería bueno que tomaras una, si quieres yo también me tomo una…

“Stanley…”

—No sé dónde voy a dormir, pero tú no te preocupes por eso, será mejor que te metas en la cama, tal vez deberías comer algo primero, eso siempre es bueno…

“Stanley…”

—Bueno, tampoco es necesario que comamos nada, yo tampoco tengo hambre, creo… tal vez sea esa pastilla, a ver… cuántas cosas tienes sobre la cama, ya está, ven…

“Stanley…”

—Déjame ayudarte… está bien, está bien, supongo que dormir vestida no te hará mal, como tú quieras… pero al menos métete en la cama, no, así no…

“Stanley…”

—…sin los zapatos dormirás mejor, eso es, a ver el otro… ya está, listo, y ahora…

“Stanley…”

—…te metes en la cama, espera, dame tiempo a… bueno, está bien, tampoco es necesario que te metas dentro, supongo, pero al menos…

“Stanley….”

—…intenta dormir, intenta dormir, Christine…

“Stanley…”

—…y no pensar.

—¿Te sientes mejor?

Otra vez la misma pregunta. ¿Quien la hacía…? Margot.

—¿Qué… qué hora es?

—Las siete de la mañana…

—Creí haber dormido más.

—…del jueves, has dormido más de veinticuatro horas, dormiste todo el día de ayer, no te perdiste nada, sólo una llamada de Frank para saber cómo estabas y si necesitábamos algo…

—No… no has ido a trabajar, Margot.

—No, no hemos ido., Frank sí, pero no a trabajar, parece que en la Dexter está todo muy revuelto, Frank, sobre todo, está muy revuelto, creo que si sigue así lo van a despedir, por más que sea Frank Henderson, ¿cómo te sientes…?

—No lo sé… Cansada. Margot, gracias por quedarte… ¿Qué dirás en la empresa?

—La verdad… que no fui a trabajar porque no me dio la gana…

—No creo que pueda seguir trabajando allí, te lo puedes imaginar… Pero tú, esto no tiene nada que ver contigo. ¿Y Frank? ¿Qué le ocurre…?

—Creo que, a su manera, está como tú, el martes, cuando te trajimos en la ambulancia, no creas que fue de gran ayuda, no estaba mucho mejor de lo que tú estabas, casi todo tuve que hacerlo yo, Frank no sirvió de mucho, parecía un zombie, pobre… creo que se agarró a golpes de puño con ese empleado de la Dexter para no desmayarse el también…

—Sí, algo así recuerdo… Creí haberlo soñado.

—Oh, no, al tipo le dieron licencia por el resto de la semana, creo que va a demandar a Frank, sería bueno que tomaras otra de éstas…

—No, estoy cansada de dormir…

—Ah, eran para eso, yo me tomé una…

—¿Se… se sabe algo…? Por qué ocurrió… los restos…

—Frank no me habló sobre eso., tal vez vuelva a llamar esta tarde…

—No, yo misma iré a verlo esta tarde. No tienes que quedarte, Margot, en serio, ya estoy bien. Si te das prisa… Una llegada tarde es mejor que una falta…

—No tengo intenciones de llegar, ni siquiera tarde, y no te hagas la heroína, si te vieras en el espejo, la sombra de la sombra de Christine, será mejor que comas algo, espero que te guste lo que he comprado, lo que tenías en la heladera me lo comí todo ayer, ¿seguro que que las pastillas ésa no eran para abrir el apetito?

—No tengo hambre, Margot.

—Pues debes comer, Christine, o para esta tarde no quedará nada de ti para ir a hablar con Frank…

Eran alrededor de las cinco de la tarde cuando el flash-subway me dejó a un par de cuadras de la entrada de la Dexter Communications Inc., sucursal San Francisco. El imponente edificio me produjo una náusea repentina.

En el interior, en el gran hall de entrada que tantas veces había recorrido antes, todo parecía continuar como si nada hubiera ocurrido. Tal vez porque para la Northern Technology Corp. nada había ocurrido.

—Han perdido un puñado de robots, eso es todo –me dijo Frank—. Lo que realmente los tiene ocupados y preocupados son las desastrosas consecuencias publicitarias, y cómo minimizar los efectos. Un URC-5000 no les parece mayor pérdida que uno de éstos…

Un robot-camarero estaba parado frente a la mesa que Frank y yo estábamos ocupando en el comedor de la empresa. Treinta segundos después de haberse detenido, al no registrar ningún pedido, hizo ¡bip!, y se marchó a la mesa siguiente.

—Stanley, a su manera de robot, te apreciaba muchísimo, si cabe el término. Decía que habías sido tú el que más lo había ayudadoa integrarse al equipo del nivel 32, siendo que eras el que más razones tenía para no quererlo allí…

Frank sonrió.

—Stanley era bastante ingenuo, Christine. En realidad, lo hice por orgullo, no por generosidad. Quería demostrarle a ese montón de chatarra, y a todos

los compañeros del laboratorio, que la rivalidad de un URC-5000 no me inquietaba en lo absoluto. No iba a rebajarme a ponerle piedras en el camino. Le iba a demostrar a ese armatoste que un cerebro de silicio no puede compararse con uno de carbono…

Frank terminó su Martini.

—Pero ocurrió algo que no esperaba. Me cayó simpático… y así terminamos.

—En peor situación estaba yo –dije con una sonrisa—. Todo este tiempo debiste pensar que estaba un poco loca, ¿verdad? Stanley no era un ser humano…

—No creo que sea yo el más indicado para decirlo –dijo Frank—. Siempre pensé en Stanley como una persona. Supongo que es algo parecido.

Frank lo pensó un poco.

—De todos modos, Christine, ¿qué importa? Éste es un mundo en el que la mitad de lo que uno ve en las casas y las calles son estereoimágenes. Un mundo en el que la publicidad consigue que una simple nave de colonos a Marte puede ser presentada como un prodigioso carguero de última tecnología. La mitad de las mujeres de este mundo están enamoradas de una imagen en la pantalla, un hombre virtual que sólo existe en el programa de su computadora. Y lo mismo los hombres, con las mujeres virtuales.

Pensé en Alexander, el amigo virtual de Margot…

—Podemos decir, en tu descargo y el mío –dijo Frank—, que al menos Stanley existía en el mundo real. Era de carne y hueso… Bueno, de metal en todo caso, pero tú entiendes.

—Frank, ¿se sabe ya lo que ocurrió?

—No mucho, en realidad. La telemetría desde la nave no muestra nada anormal, hasta ahora. Los directivos más paranoicos ya están hablando de sabotaje por parte de la American Spacecraft Corp. La nave estaba en plena aceleración, probando los motores a fondo. Llevaba horas así. Tú sabes que esos armatostes necesitan acelerar durante muchísimo tiempo para aumentar un poco su velocidad. Los había apagado para hacer una comprobación, se había posicionado mirando hacia la Luna y había vuelto a encenderlos. Y entonces ocurrió lo que ocurrió. Eso es todo lo que sabemos. No hay nada que pueda sobrevivir a una explosión como ésa.

—¿Ni siquiera un URC-5000?

—Lo dices como si los URC fueran muy fuertes…

—¿No lo son?

—¿Por qué habrían de serlo?

—Son robots…

—Has visto demasiadas películas –dijo Frank, sonriendo—. En realidad hay robots increíblemente fuertes y resistentes, aunque de todos modos, tampoco tanto como para sobrevivir a semejante explosión. Pero es cierto que algunos modelos son casi superhombres, increíblemente fuertes y resistentes. Pero son precisamente los que se caracterizan por ser increíblemente tontos. Ni siquera tontos, porque ello supondría algún grado de inteligencia, aunque fuera elemental. Christine, un robot existe para desempeñar eficientemente alguna tarea específica. Como estos robots-camareros. Ningún ser humano puede rivalizar con ellos atendiendo mesas en un comedor. Pero es lo único que saben hacer. Hay robots de una fuerza que asusta. Y una resistencia a los golpes, torsiones, temperaturas extremas, que no se puede creer. Puedes verlos en fábricas, fundiciones, puertos, aeropuertos, espaciopuertos, etc… Pero los URC-5000.. nunca verás uno, salvo en los laboratorios y lugares por el estilo.

No, Christine, lo siento. Nada que haya estado en esa nave pudo haber sobrevivido a una explosión como ésa…

Frank se quedó un instante en silencio, como si se hubiera ido muy lejos de allí.

—¿Que ocurre?

—Christine, ¿tienes el último mensaje que te envió Stanley?

—Sí —respondí, como si me hubieran descubierto—. No pude tirarlo…

—¿Lo tienes acá…?

—Sí —contesté con cierto pudor—. Yo…

—¿Puedo verlo?

Busqué en mi cartera y se lo alcancé. Frank permaneció un buen rato leyéndolo y releyéndolo. Al fin me lo devolvió.

—¿Qué ocurre?

—No, nada… Bien, nos vemos, Christine, ¿eh?

—Claro, Frank.

Me eché en la cama con el televisor apoyado en los muslos. Empecé a recorrer canales.

“…el percance del Chancellor, el prototipo del nuevo vehículo que la

Northern Technology Corporation, la prestigiosa firma construct…”

¿Qué decía este hombre tan atildado? Era un locutor de la cadena ABBC, perteneciente al megaconsorcio encabezado por la Northern. A espaldas del hombre se veía el puente de Brooklyn.

“…por lo que los directivos de la prestigiosa firma constructora confían en que la falla que ocasionó este ligero traspié, será prontamente subsanada. Y dados los antecedentes de la afamada firma, líder en este rubro, sin duda así será. Desde Nueva York…”

Seguí pasando canales. En el programa “Evening News”, del canal People World (también propiedad de la Northern), un importante directivo de la Northern era entrevistado por una periodista.

“… lo realmente importante de todo esto, señorita, es el no tener que lamentar víctimas fatales. Las pérdidas materiales se recuperan…”

Pérdidas materiales… Sólo pérdidas materiales…

Sentí que un furor ciego se apoderaba de mí. Estrellé el televisor contra la pared, dejó de sonar, pero seguía emitiendo imágenes, volví a arrojarlo contra cualquier parte, una y otra vez, sintiendo que mi furia aumentaba, en lugar de decrecer. Alguien golpeó a la puerta. Le grité que estaba bien, que se fuera y me dejara en paz…

Me quedé arrodillada en medio de la habitación, rodeada de pedazos de televisor, llorando de rabia. Los restos del aparato seguían allí desparramados, sin dejar de funcionar, como fragmentos de un espejo roto.



V

Atendí el portero eléctrico. Era Frank.

Habían pasado tres semanas desde el accidente del Chancellor. No había vuelto a ver a Frank desde aquel encuentro en el comedor de la Dexter Communications. Por la pantallita del portero se lo veía macilento y mal rasurado. ¿Qué ocurría?

—Christine, estoy con mi auto. ¿Podrías acompañarme a la Universal Robots? Es importante. Trae tu credencial.

No entendía de qué se trataba, ni tenía ganas de salir a esa hora de la noche. Pero la voz de Frank sonaba apremiante, además de cansada. Y la sola mención de la Universal Robots hizo el resto.

Bajé de inmediato, entré al auto, y Frank lo puso en marcha sin perder un

segundo.

Pero luego se dedicó a observar el camino por delante, como si no se decidiera a hablar.

—Frank, ¿qué ocurre? –musité.

Frank lo pensó un poco y, tartamudeando ligeramente, se decidió a hablar.

—Christine, ante todo es importante que comprendas que Stanley ha muerto, ¿sí? Murió hace veintitrés días, cuando estalló el Chancellor.

—Claro, Frank. ¿Qué sucede?

—Dilo.

—¿Qué cosa?

—Stanley ha muerto.

—Stanley ha muerto. Frank, ¿qué diablos ocurre…?

Abandonamos la calle transversal y accedimos a la avenida. Había comenzado a lloviznar, y una brisa fresca entraba por las ventanillas del auto. Olía suavemente a ozono y cemento mojado. Lamenté no haber traído un abrigo.

Frank apuró la marcha.

—Christine, ¿recuerdas cuando me preguntaste si un robot podía sobrevivir a una explosión como ésa?

—Claro –contesté con una sonrisa—. Me dijiste que había visto demasiadas películas. Y que nada que estuviera en aquella nave pudo haber sobrevivido…

—Exacto. Pero entonces, Christine, me hice la siguiente pregunta. ¿Y si Stanley no hubiera estado en la nave en ese momento…?

Miré a Frank sin animarme a agregar nada.

El cielo se había vuelto de un refulgente rojo encarnado, que teñía todo el paisaje alrededor. Aquí y allá, comenzaban a encenderse los primeros faroles y letreros de la tarde, luces que la persistente llovizna descomponía en miríadas de pequeños puntos de luz. Miré a Frank.

—Recuerdo que quisiste ver el último mensaje que Stanley me había enviado…

—Así es. Pero no el mensaje, en realidad, sino lo que Stanley comentaba antes de él. Fue lo último que recibimos de Stanley poco antes que ocurriera lo que ocurrió. Allí decía que la cuarta antena no se posicionaba bien, y que iba a alinearla a su modo.

—Sí, es verdad.

—“A mi modo”, en Stanley, significaba hacerlo de alguna manera en que no hubiera podido un humano. Sólo un robot.

Abandonamos la avenida y accedimos a Southern Freeway. Atestada, como siempre a esa hora del día. Frank activó el limpiaparabrisas y encendió los focos del auto. Cerramos las ventanillas.

—¿Tú conoces el diseño general de la nave, ¿verdad, Christine?

—Tuve bastantes oportunidades de verlo –recordé con una mueca—. Me recordaba a un tubo de oxígeno, o algo así, con las cuatro antenas parabólicas en forma de cruz. Parecía una flor con cuatro pétalos, si se lo veía desde atrás.

—Es verdad, no está mal la figura –observó Frank— Oye, no está mal, en serio… Bien. Como quiera que sea, las cuatro antenas podían funcionar independientemente una de otra, o sumarse dos de ellas. O incluso tres, y así triplicar su potencia de emisión y recepción. Pero, en condiciones normales. no cuatro. Una de ellas quedaba bloqueada por el mismo fuselaje de la nave. A menos que el punto al cual estuvieran dirigidas las antenas estuviera exactamente delante o exactamente detrás de la nave. Dicho de otro modo, la nave debía posicionarse en línea con el punto de recepción o emisión, y con las cuatro antenas en línea con el fuselaje. ¿Me sigues?

—Te sigo –dije—. Y así es como estaban cuando todo ocurrió…

—Así es como Stanley intentaba que estuvieran. Pero el sistema de posicionamiento de la cuarta antena no hacía nada bien. Parecía haberse vuelto loca. De modo que Stanley había decidido alinearla él mismo. Dicho de otro modo, salir de la nave con el instrumental necesario y colocarla manualmente en posición. Así, al menos, podríamos apreciar el funcionamiento de la cuatro antenas sumadas. Luego, en Tierra, revisaríamos el desperfecto mecánico.

—Y Stanley, para eso…

Ya el cielo se veía de un profundo gris pizarra, sobre la James Lick Freeway. La lluvia empezaba a golpear con creciente intensidad sobre los cristales de nuestro vehículo.

—Stanley podía hacer eso de varias maneras –-continuó Frank—. Me pregunté cuál de ellas, conociendo a Stanley como lo conocía. Bien, tu sábes que los URC-5000 pueden medir distancias, ángulos y cosas por el estilo con la exactitud de un instrumento de precisión. Tienen todo eso incorporado en ellos, así como medidores exactos de tiempo, y una serie de cosas más, todas muy envidiables. Lo que Stanley pudo haber hecho, era

sólo una posibilidad, pero la más probable en mi opinión, era lo siguiente…

Era evidente la intención de Frank de mantener un sostenido ritmo de marcha. Ya estábamos recorriendo el nuevo James Lick Skyway, en dirección a la costa.

—Stanley salió de la nave con el instrumental necesario para posicionar la antena rebelde, y lo necesario para impulsarse en el espacio. No necesitaba traje espacial, claro –dijo Frank con una sonrisa—. La proa de la nave apuntaba en ese momento hacia la Luna, en donde estaban recibiendo las emisiones. Stanley se alejó de la nave a cierta distancia de la proa, separó su cabeza del resto del cuerpo, y la dejó allí, para controlar el alineamiento de la cuarta antena. Y envió al resto de su cuerpo hacia la nave para trabajar en la antena. La nave ya iba a encender sus motores para hacer hacer una pequeña comprobación, pero ello no era problema. Esos mastodontes necesitan acelerar durante mucho tiempo para aumentar un poco su velocidad. Stanley sólo necesitaba un par de minutos, a lo sumo.

—De modo, que cuando la explosión se produjo –dije—, la nave, la cabeza de Stanley y la Luna, estaban todos sobre una misma recta…

—Perfecto, Christine. Eso mismo –dijo Frank—. De eso se trataba, eso era lo que Stanley procuraba en ese momento. Y no habiendo atmósfera para entorpecer las cosas, la explosión signíficó una expansión de gases y material volatilizado, radialmente hacia afuera. La cabeza de Stanely fue impulsada en dirección a la Luna.

Llegamos al embarcadero. Dos larguísimas procesiones de focos, rojos en una dirección y amarillos en la otra, avanzaban lentamente uniendo ambos lados de la bahía. Ingresamos al Bay Bridge.

—De todos modos, incluso si toda esta suposición mía era cierta, seguía siendo muy poco prometedora –continuó Frank—. A la distancia a la que estaba la nave, la Luna era un guijarro a una cuadra de distancia. Las probabilidades de que la cabeza de Stanley hubiera ido a parar a la Luna eran de una en diez mil. La Luna no tiene demasiada gravedad, como para atraer cualquier cosa que pase por las cercanías. Pero teníamos algunas circunstancias a favor. La nave estaba milimétricamente posicionada en dirección a la Luna, puesto que intentábamos testear el máximo de recepción posible. Y Stanley estaba milimétricamente ubicado en linea entre la nave y la Luna, procurando alinear las antenas con la mayor precisión posible. Y por último, existía la posibilidad de que la cabeza de Stanley continuara emitiendo algún tipo de señal, o teniendo algún tipo de actividad, lo que podría rastrearse con los sensores adecuados. No era un simple pedazo de chatarra, perdido irremediablemente en algún lugar de la

superficie lunar. Si esa ínfima posibilidad existía, valía la pena intentarlo. En los circuitos de memoria de Stanley, podía haber información invalorable sobre lo que Stanley vio y observó durante todo el vuelo. Allí podía estar la clave del accidente. De modo que ahí mismo, en una de las reuniones del comité de investigación, propuse la idea a los directivos de la Northern.

—¿Qué dijeron?

—Aceptaron de inmediato. En toda la Northern Technology Corp. están deseperados por conocer las causas del accidente. Cada día que tardan en llegar a una conclusión es publicidad en contra. Les hice notar que el cerebro de un URC-5000 es un dispositivo maravilloso. Si algo sobrevivió en ese cerebro, los técnicos de la Universal Robots tienen muchas posibilidades de poder extraer toda esa valiosisima información directamente de la memoria de Stanley. Lo que vio y oyó con exactitud absoluta hasta el momento mismo del accidente. Un solo dato adicional, cualquier pequeño detalle puede servir para reducir el abanico de posibles explicaciones. De modo que la Northern dio instrucciones a todo su personal en la Luna, que ya estaba rastreando toda la superficie en busca de posibles restos de la nave. Se armaron de sensores de rastreo que pudieran captar cualquier emisión o señal de actividad electrónica que pudiera detectarse.

En este punto Frank se detuvo en seco y me miró.

—Christine, repítelo una vez más, por favor.

—¿Qué cosa?

—Lo que ocurrió con Stanley…

—Ah… Stanley ha muerto, Frank.

—Bien, Christine. Ayer la encontraron. Un equipo de rastreo de la base en Platón, halló la cabeza de Stanley. Tuvimos mucha suerte, ni falta hace decirlo. Continuaba emitiendo una débil señal hacia el cuerpo que ya no existe.

Se me llenaron los ojos de lágrimas. Stanley…

—Había caído al noroeste del Mar de la Lluvias, casi a la entrada de un desfiladero conocido como el Valle Alpino. Entre el terrible efecto de la explosión y el impacto de la caída, había quedado totalmente destruida –continuó Frank, con la vos perceptiblemente mudada—. Es una masa de metal ennegrecido, absolutamente irreconocible, Chistine. Perdóname por la descripción, no creas que fue fácil para mí.

Frank volvió a rcomponer su fría actitud de ingniero, y continuó.

—La hemos traído aquí, a San Francisco, al edificio matriz de la Universal Robts. Y está dando resultado. Los expertos dela sección computación consiguieron conectarla y extraer información directamente de los nanochips de memoria de Stanley. Son sóo retazos aislados, con muchas zonas en blanco, pero es información visual y auditiva, en muchos casos.

Frank me miró.

—En cuanto al cerebro en sí, Christine, está todo destruido. Nada hay que funcione en él. Es una masa indiferenciada de plástico, metal y silicio. Eso es todo…

—Sin embargo –objeté, olvidando lo que había prometido un instante antes —, así es como nace un URC-5000, Frank. Con una descarga eléctrica que hace quién sabe qué lío en su interior.

—No es lo mismo, Christine. Acá no hubo ningún lío. Hubo destrucción total.

Un fogonazo relampagueó en el oscuro horizonte. Cinco segundos después, un trueno descomunal pareció sacudir toda la estructura del automóvil. La espesa cortina de agua hacía imposible la visión más allá de un par de metros.

—Pero sabía que no me perdonarías que no te hubiera avisado. No quiero tener eso en mi conscincia, Christine. Si quiere ver lo que encontramos, allá vamos. Pero comprende. Desde el punto de vista de lo que haya podido ser Stanley, lo que hemos encontrado es poco menos que la caja negra de un avión.

Ya era de noche cuando arribamos por fin a la casa matriz de la Universal Robots Company, en las afueras de Oakland.

Se trataba de una propiedad de seis hectáreas, fuertemente aislada del exterior por una muralla de grandes bloques de granito gris oscuro, al que sólo parecía faltarle una fosa exterior y un puente levadizo. Las instalaciones habían sido utilizadas anteriormente como fábrica siderúrgica, antes que a comienzos de los ’70, la ya floreciente Universal Robots las adquiriera para asentar allí su cuartel general.

En el interior del predio, el edificio principal resultó ser una lóbrega estructura anular de ladrillo rojizo, de cinco pisos y planta hexagonal, a la que se accedía incómodamente por una irregular escalinata de piedra.

Frank buscó en vano algún lugar medianamente guarecido para estacionar. Bajamos del auto, corrimos y llegamos empapados.

Ya en el hall de entrada, mientras esperábamos uno de los ascensores,

Frank me comentó…

—Lo que se está haciendo en el quinto piso es poco menos que un secreto militar. Pero no importa –dijo sonriendo—. Tú ten a mano tu credencial, pon cara de ingeniera, manténte en silencio, y no habrá problemas.

Salimos al corredor del quinto piso y entramos en una pequeña antesala. Frank saludó a varios conocidos, y luego de sortear algunos inconvenientes menores, conseguimos acceder al sanctosanctórum del laboratorio de experimentación.

Un ejército de técnicos y auxiliares trabajaban febrilmente, casi a los gritos, y casi en susurros.

—Los materiales del cerebro se siguen deteriorando a cada momento –me comentó Frank al oído, casi inaudiblemente—. Cada segundo es invalorable. Algunos materiales son fotosensibles. Incluso la luz los daña.

Todo el recinto se hallaba, en efecto, casi a oscuras, apenas iluminado por una tenue luz rojiza.

Caminé unos pasos.

Al otro lado de una mampara rectangular de una especie de vidrio opaco, sobre una pequeña plataforma de metal ubicada en el centro de la sala, un objeto oscuro era el centro de tanta frenética actividad. Estaba conectado a una maraña de cables e hilos metálicos que terminaban en un sistema de consolas, llena de pantallas, teclados y medidores.

Miré a Frank, quien hizo un gesto de afirmación.

Era la cabeza de Stanley.

Se me estrujó el corazón. No era más que una masa de hierro oscura e informe, totalmente ennegrecida e irreconocible.

Para mi sorpresa, Frank me tomó del brazo y , después de mirar furtivamente en ambas direcciones, me hizo pasar al interior del gabinete, para que pudira observar de cerca.

Me acerqué lentamente.

Apenas pude reconocer sus ojos y una parte del mentón. Tal vez sólo yo había podido hacerlo. Yo que conocía su rostro como estoy segura que nadie más. Como ni siquiera Frank, o el propio Stanley…

De pronto se acercó un técnico de impecable guadapolvo blanco, bostezó ligeramente, y con precisos y rápidos movimientos comenzó a quitar todos los cables, uno tras otro.

Frank me apartó suavemente.

—Eso es todo, Christine, lo siento.

¿Eso era todo? ¿Así, sin más?

Me quedé allí de pie, en la penumbra granate del lóbrego gabinete, sin poder pensar en nada coherente. La sala iba quedando rápidamente desierta.

Y de pronto, como impulsada por una fuerza que no provenía de mí, me arrodillé, y aferrándola con ambas manos, miré fijamente la ennegrecida masa de metal. Acerqué mi cara hasta casi rozarla con los labios.

—Stanley –susurré—. Stanley…

Frank rápidamente apoyó una mano en mi hombro.

—Christine, por Dios, creí que habías comprendido…

No lo escuchaba. No quería escucharlo. No podía escucharlo.

—Stanley…

Frank ya me había tomado de un brazo para sacarme de allí, cuando se detuvo en seco.

Lenta e imperceptiblemente, un ligero resplandor centelleó en los ojos de la informe masa de hierro. El brillo vaciló un instante, y comenzó a crecer en intensidad. Un par de minutos después, se habían vuelto de un reconocible color azul turquesa.

Frank me había soltado.

—Stanley… –repetí con desesperación, asiendo la masa de metal con ambas manos—. Stanley…

Algo comenzó a oírse.

Era una especie de sordo zumbido proveniente del interior de la informe masa de metal ennegrecido. Apenas audible, comenzó a crecer en intensidad.

Empezó a recorrer toda una gama de modulaciones y frecuencias, hasta estabilizarse en un patrón de dos sonidos irreconocibles. Comenzaron a repetirse, una y otra vez.

De pronto, sorpresivamente, adquirieron nitidez.

—…stine… chris…

Aferré la cabeza con fuerza y grité:

—¡Stanley….!

—…stine… chris…

—Stanley… Stanley… –repetí una y otra vez.

—…stine… chris… stine… chris…

Y luego volvió a hacerse el silencio.

El brillo azul turquesa en los ojos disminuyó, y rápidamente desapareció.

Frank, de pie a mi lado, estaba paralizado, temblando, absolutamente estupefacto.

Después de un par de minutos, alcanzó a comentar…

—Es posible que algún reflejo… tal vez una descarga tardía de energía… puede haber causado el fenómeno… bajo ciertas condiciones…

Me puse de pie. Nos miramos. Salimos del gabinete.

—Es posible, Frank –le dije, ya en el pasillo—. Seguramente ocurrió lo que tú dices. Pero déjame pensarlo a mi manera.

Lo miré.

—No importa lo que haga funcionar o no a los URC-5000. Yo sé que Stanley, de algún modo, en alguna forma, pudo reconocerme. Y pudo saber que había regresado a la Tierra. Y que había traído consigo la información que tanto estábamos necesitando.

Miré a Frank.

—Ésa es una buena explicación para mí. Por lo demás, tú tendrás una explicación mejor, mucho mejor…

Bajé sola por el ascensor y salí al exterior.

Un viento helado, húmedo y persistente, soplaba con fuerza desde la bahía. Me estremecí y tirité.

Sentada en un extremo de la irregular escalinata de piedra, miré el oscuro cielo del oeste, y los recuerdos se agolparon en mi mente. Un latigazo de luz relampagueó en el horizonte.

Y ambos (el cielo de San Francisco y yo) lloramos por Stanley.

VI

Finalmente, el material que pudo extraerse de la memoria de Stanley, demostró que la obstinación de la Northern Technology Corp. en cumplir a rajatablas los plazos fijados, y con un presupuesto sumamente recortado, fue la causa central de los manifiestos errores de armado en el sistema refrigerante del motor principal, que causó la explosión. También fue la causa de los errores de diseño del sistema de recolección de telemetría, que

tanto dificultó la investigación.

No volví a pisar dependencia alguna de la Dexter Communications Inc. desde aquella vez. Poco tiempo después, Margot consiguió (y luego a mí) un trabajo no muy diferente del anterior en una importante compañía aseguradora. Otorgan pólizas de todo tipo, incluyendo posibles accidentes en el espacio… Ya llevamos un par de años de un trabajo rutinario y aburrido. Margot continúa comiéndose la mitad de mi almuerzo.

Los directivos de la Northern Technology Corp. realizaron los retoques necesarios y finalmente se salieron con la suya. El nuevo prototipo, bautizado “Arrow”, realizó su primer vuelo (con una tripulación de URC-5000) con resultados clamorosamente exitosos. Desde entonces, diez cargueros, con tripulación humana, viajan regularmente a Marte para traer dos o tres cascotes cada uno…

Ni falta hace decir que la Norhern Technology Corporation recuperó su liderazgo y continuó expandiéndose, incorporando firmas y empresas a su megaconsorcio. Ya es algo francamente aterrador…

La Universal Robots Company continúa fabricando URC-5000. Ya suman cientos, desperdigados por todas las subsidiarias de la Northern. Y siguen teniendo una difusa idea de cómo funciona exactamente el cerebro de un URC-5000.

“The Old Electric Guitar New Band Club” cerró sus puertas en san Francisco, aparentemente porque no resultaba rentable en esa parte de la ciudad. Se trasladó al otro lado de la bahía, donde la renta de un local del mismo tipo resulta más económica, No creo que pueda durar mucho tiempo tan lejos del centro.

A partir del accidente del Chancellor, los URC-5000 comenzaron a preocuparse seriamente por el tema de su estatus jurídico. En el último año, estas inquietudes salieron de la clandestinidad, y los URC-5000 han comenzado a celebrar reuniones abiertas, en las que se discute la cuestión de su entidad ante la ley. No pocos humanos se van plegando a este movimiento. Entre ellos, Frank. Y por supuesto, yo.

Como mi nuevo lugar de trabajo queda en los barrios exteriores de San Francisco, no he vuelto a acercarme a la zona de los embarcaderos. Excepto en una oportunidad.

Fue cuando me enteré que iban a desmantelar el Golden Gate Bridge. En un par de semanas, a lo sumo.

Tomé rápidamente el flash-subway, y me acerqué lentamente para contemplarlo por útima vez. Se lo veía pequeño y solitario, en medio de las compactas extructuras blancas y amarillas que cruzan la bahía en esa parte de la ciudad. Los intentos de algunos ciudadanos por declararlo "patrimonio histórico de la ciudad", no tuvieron demasiado éxito. Stanley hubiera adherido, por supuesto. Aunque para la ley, claro, él no era un ciudadano.

De modo que ya han empezado a desmantelarlo. En un par de semanas, será sólo un recuerdo. Posiblemente lo reemplacen por una estereoimagen…

Margot, desde hace unos meses, se ha enamorado… ¡Y ha sido correspondida! Cuando me presentó a su flamante pareja casi me caigo de la risa. Con su metro noventa, sus ojos azules y su cabello rubio cortado al rape, se parece bastante a un URC-5000… No se lo he dicho a Margot porque no creo que le haga tanta gracia como a mí. Está la mar de feliz… y eso es lo que importa.

Y en cuanto a mí, también estoy en pareja. Desde hace un año vivo con Frank.

¡Oh, no, no Frank Henderson!

También Margot creyó que se trataba de él, y se desilusionó mucho cuando le aclaré que era otro Frank. Nunca sabré por qué estaba tan convencida de que Frank Henderson y yo hubiéramos hecho buena pareja. Sobre todo porque mi actual relación es muy satisfactoria. Vivimos en un pequeño semipiso en las afueras de San Francisco. Frank es un brillante contador y trabaja en el departamento de contaduría de una importante empresa financiera radicada en San Francisco. Es muy bueno y comprensivo (Frank, no la financiera). Le conté todo mi episodio con Stanley, y no le dio mayor importancia.

Pero yo sé que en realidad le importa, aunque intente disimularlo. Lo supe el otro día.

Cuando le dije que tomaría el flash-subway para acercarme al embarcadero, él sabía que iba para contemplar el ya sentenciado Golden Gate Bridge. Y sabía bien lo que el Golden Gate significa. Y no pudo evitar (porque no puede evitarlo) que sus ojos azules comenzaran a centellear con un brillo intensamente rojo.

Guillermo Gustavo Doi nació en Buenos Aires en 1954. Estudió física en la UBA, aunque trabaja como redactor y traductor free-lance. Ha publicado cuentos en la web, principalmente en Sitio de Ciencia Ficción (Elección, Nonstop, entre otros). Adicionalmente, ha publicado arte digital de ciencia-ficción en la web, en el sitio Deviantart. En Axxón hemos publicado su ensayo UN EXPERIMENTO DE UN MILLÓN DE AÑOS, sobre el film de Stanley Kubrik "2001, una odisea del espacio".

Ha publicado en Axxón; en Ficciones: LOS INMORTALES

Silé

Isabel Santos

 **ARGENTINA**

Dos fuerzas pueden destruir al hombre:
una fuerza exterior y una debilidad interior.

—Kwai Chang Caine (Kung Fu)

El teléfono no dejaba de sonar, y Ray se despertó de mal humor.

—Hola, Ray, ¿me escucha? —apuró la secretaria del doctor Silver—. Llamo para avisarle que tenemos un turno disponible para mañana a las 8. ¿Lo toma?

—Sí, sí, por supuesto, señorita.

—Recuérdeme, por favor, ¿hasta dónde había llegado con su último viaje? Acá en la ficha tengo Plutón, pero es raro, usted viene hace más de un año, ¿no?

—Sí, pero voy despacio. Hice muchos viajes a la Luna.

—Ahora entiendo, necesita otros destinos. Lo esperamos entonces.

La conversación le levantó el ánimo a Ray. Entusiasmado, saltó de la cama y preparó café.



Ilustración: Pedro Bel

Se quedó lucubrando en el sofá mientras lo bebía, pensando la historia que estaba escribiendo. Intentaba sacarle brillo a una trama aburrida. Quizás este nuevo viaje lo inspirara un poco. Últimamente dependía de ellos.

En su cuento lo esperaban dos personajes: el niño y el extraterrestre.

Fue al escritorio y releyó lo poco que tenía. Quería recordar el conflicto, apenas lo había desarrollado. Se ilusionó imaginando que volvería del viaje con alguna trama interesante para seguir. Y, sí: necesitaba un milagro para continuar entusiasmado con la escritura.

—Hola, Ray —atacó el doctor Silver—. ¿Vino preparado?

—Más o menos. Quería seguir viajando a la Luna, pero no importa. Sorpréndame, doctor. Los viajes me reviven. Sáquele jugo a esta cabeza vacía.

—No me tiente, Ray. Sabe que soy intrépido.

—Firme acá el consentimiento —cortó en seco la secretaria—. Póngase la máscara. Le leo rápido el itinerario que preparamos.

—No leas nada —interrumpió el doctor Silver—. No hace falta. Ray y yo tenemos otros planes para el viaje de hoy.

Mientras la secretaria acomodaba a Ray en la silla extática, Silver le hizo una seña para que salieran del consultorio. En voz baja le pidió que no grabara la sesión y que se tomara el día libre.

En el laboratorio y sin testigos, Silver le dijo a Ray que se irían a un lugar desconocido. Y fijó rumbo a un planeta acuoso que rodeaba la estrella Fomalhaut. Ese era el lugar exótico que tenía preparado para todos los viajantes desesperados.

Silver los llamaba "Los viajes del último suspiro", porque muchos pacientes no lo resistían y morían en el intento.

Siempre, antes de morir, desarrollaban *esa* energía que Silver estaba tratando de cuantificar y que, no sabía por qué, sólo se generaba en esos viajes, sólo en los viajes a Fomalhaut.

—¿Ray, cómo se ve yendo a otro sistema estelar? —dijo Silver tentándolo con su plan, aunque Ray ya no pudiera decidir.

—Me vendría bien. Estoy atascado con un cuento sobre un niño y un extraterrestre.

—¿Ya fueron a la Luna? —adivinó el doctor.

—Ya veo que estoy siendo muy previsible —razonó Ray. Definitivamente necesito un viaje exótico, se aconsejó.

Silver suspiró. Y se quedó pensativo. Si lograba otro paciente que le durara lo suficiente, quizá podría probar su experimento.

Estaba convencido de que “Los viajes del último suspiro” eran más que experimentos mentales. Había algo más.

Y ese algo, pensó Silver, ¿sería emergente del propio cerebro? ¿Estaba en la trama mental que había armado para llegar a ese específico planeta? Dudó.

Y siguió cavilando: quizás *esa* energía era algo vivo que venía adherido a las ondas cerebrales que pensaban esa trama. Quizá las ondas cerebrales viajaban en el tiempo y el espacio, intentó seguir razonando, quizá llegaban realmente hasta Fomalhaut.

—¿Qué está pensando doctor? —preguntó Ray.

Y como el doctor no parecía escucharlo, Ray pensó que no podía darle más cuentos a su editor que incluyan alunizajes.

—Me vendrían bien otros horizontes —murmuró.

Silver estaba entusiasmado y sorprendido por esta oportunidad que se le había presentado y seguía pensando el plan.

—Iremos a viajar por mucho tiempo —apuró el diálogo previo—. Lo voy a dejar vagando por ahí. Usted relájese, Ray —insistió ya exagerando—. Intente imaginar alguna comunicación con algo que vea, o alguien.

—Doctor, no es para tanto. No es necesario que incluya algo o alguien. ¿Y si me asusto? ¿Y si me da un infarto?

Silver volvió a dudar, ahora de Ray. Quizás era muy pronto para encaminarlo a *esos* viajes. Sin embargo, decidió ajustarlo a la silla extática e inició el experimento confiando en que resultaría. El también estaba jugando sus últimas cartas. Necesitaba tener éxito.

Tuvo que suspenderlo enseguida.

—¡Ray! ¡Ray! —gritó Silver desesperado—. ¡Despierte!

—¿Qué me pasó doctor? ¿Estoy vivo?

—Por supuesto. Cálmese, por favor.

—Doctor, sentí que me quedaba vacío. No vi nada, no pude ver ningún planeta. ¿A dónde viajé?

—Se rompió la máquina —mintió Silver—. Perdone, Ray. No pudimos viajar hoy. Lo tuve que despertar.

—¡Qué lástima! —se decepcionó Ray—. Necesitaba el viaje para terminar el cuento. A propósito…, no me acuerdo cuál.

—El del niño y el extraterrestre —le recordó Silver—. ¿No se acuerda? —Eso lo preocupaba.

—Ni una palabra.

—Venga mañana, y le preparo un lindo viajecito a la Luna como le gustan a usted. Con eso termina el cuento. Y va sin cargo, ¡eh!

Silver había notado que en el experimento Ray había arribado al lugar indicado y generó *esa* energía, pero sólo por un momento. En lugar de colapsar, volvió en sí. Pero había perdido la memoria y no recordaba la trama de algunos de sus cuentos. Algo tenía que idear para saber qué había pasado. Tal vez, pensó, mañana cuando vuelva Ray…

Ray desesperado y perdido volvió al consultorio al día siguiente.

—Pongase cómodo —dijo la secretaria.

—Hola, Ray —lo saludó Silver con apuro—. Ya tengo todo preparado. Hoy sí que viajamos.

—Eso espero. Estoy pensando en dejar el experimento —dijo Ray, sin pensar lo que decía—. Siento que dependo demasiado de estos viajes, pero todavía los necesito. Perdí toda la imaginación que me quedaba.

Eso Silver ya lo sabía. Comprendió que quizás esa sería su última oportunidad con Ray. Y se concentró en ese viaje.

—Ray le agradezco la valentía —se sinceró Silver.

—No me agradezca tanto —dijo Ray—, todavía no viajamos.

—Pero lo haremos. Y yo estaré mirándolo todo el tiempo. Voy a probar mi nuevo invento. La ciencia se lo agradecerá. —Y señalando una pantalla, que acercó a la silla extática, le indicó que el punto rojo en el monitor era la ubicación de su energía cerebral—. ¿Lo ve, Ray, el punto rojo está en la Tierra? —Y le siguió aclarando que si él viajaba, la máquina podría seguir sus pasos por toda la Vía Láctea. Y con un lápiz luminoso le iba marcando cada constelación cercana, hasta llegar a las cercanías de Fomalhaut, donde se encontraba el pequeño planeta acuoso a donde llegaría.

—¡Doctor! —aclaró Ray, asustadísimo—. ¡Yo no quiero ir tan lejos!

—Es un ejemplo —mintió Silver, dándose cuenta que había sido demasiado sincero.

—Empecemos por la Luna. Lléveme a la Luna, doctor Silver.

—De acuerdo. Voy a probar mi máquina llevándolo a la Luna.

—Doctor, quiero alunizar sobre el mar de la tranquilidad.

—Deseo concedido —accedió Silver—. En unos minutos, el punto rojo

será su mente sobrevolando el mar de la tranquilidad. Se lo garantizo.

En Somhra, el planeta acuoso que rodeaba la estrella Fomalhaut, vivía Silé: un joven curioso que se había comunicado con Ray en el supuesto viaje fallido. Y todo había sucedido gracias a Silver, el creador de la ruta de comunicación. Los somhranos cazaban las ideas de los humanos que viajaban gracias al doctor Silver.

Silé se había encontrado con Ray en su cacería meditativa, y como si fuera un manjar que lo dejó lleno de placer, se quedó extasiado al comer una de tantas historias, que había creado Ray sobre un niño y un extraterrestre.

Silé, como todos los jóvenes, estaba fascinado por la nueva moda de su generación. En su planeta, era la mutación.

Él soñaba con transformarse en un mutante para cazar ideas que viniesen hilvanadas como historias. No le gustaban las ideas aisladas, aunque fueran muy nutritivas. Y necesitaba más espacio en su cabeza para las tramas encadenadas.

A su amigo Nolé le daba lástima verlo tan obsesivo.

Meditaban juntos y cuando volvían de cazar siempre conversaban un rato.

—Sos muy exquisito, Silé. Yo si veo algo, me lo como. No doy tantas vueltas como vos.

—Yo soy distinto, Nolé. No puedo comer cualquier cosa. Quiero ideas unidas.

—Dejate de embromar —dijo Nolé—. Hay que agarrarlas desprevenidas y solas. ¿Seguís con ganas de mutar?

—Sí —dijo Silé, moviendo sus rulos plateados para aseverar—. Aunque su gesto denotaba más un "no" que un "sí". Todavía le daba miedo la mutación.

—Vos estás loco. No estarás pensando en ser conejillo de indias de la nueva moda…

—Sí. Quiero probar esa pócima que inventó Nosé.

—Vos estás loco. Nadie se anima y si nadie se arriesga…, por algo será, ¿no?

—Yo me voy a arriesgar. Necesito más espacio. Quiero tener las ideas de Ray siempre conmigo, que no mueran. Yo puedo mantenerlas vivas para siempre adentro de mi cabeza.

—No vas a poder vivir así: comiendo siempre de lo mismo. ¿Ya les pusiste nombre y todo? ¿"*Ray*"?

—Sí.

—Escuchame, Silé. No te encariñes tanto. Una vez que te crezca la cabeza, se te va a agrandar el corazón. Vas a querer más y más. ¿Vos pensás que sólo te van a gustar *esas* ideas, cuando puedas traerte todas las historias que quieras?

—Las de Ray son únicas, son las únicas que yo quiero. Y no les puse nombre, yo sé su nombre. Yo las voy a esperar. Quiero esas, aunque las haya visto una sola vez.

—Hacé como quieras. Te regalo este pedazo de idea que me sobró. Comé algo, por favor.

—Gracias, Nolé. Sé que sos un buen amigo. Sos el único que me acepta como soy y me cuida.

Silé odiaba el mundo donde había nacido. Y se aborrecía a sí mismo por ser tan distinto al resto. Su cuerpo era más delgado que lo normal. Apenas soportaba la carga del desplazamiento.

Cuando llegaba a su cueva se dejaba caer en ese agujero diminuto, tratando de que todas sus extremidades tocaran el agua del piso. Recuperaba fuerzas para la próxima meditación moviendo sus rulos plateados.

Ese día se consoló buscando percibir alguna esencia de las ideas de Ray, que quizás habían quedado adheridas a sus pelos. Se ilusionaba con volver a encontrarlas, pero cómo hacerlo.

Acaso era momento de mutar. Tenía que visitar a Nosé, quizás fuera cierto lo de la pócima…

—¿Hay alguien en la cueva? —dijo en voz baja Silé, como si no quisiera ser escuchado.

—Pasá, pasá. Estoy acá al fondo —gritó Nosé.

Silé aspiró el olor a silicio y ya se sintió mareado.

—No te asustes —dijo Nosé revolviendo un brebaje humeante—. Acá está todo controlado.

—¿Esa es la pócima de la que hablan todos? —intentó hacerse el simpático, sin darle la entonación adecuada a la pregunta.

—Así es. Esta es *la* maravilla.

—¿Sirve para conservar ideas vivas? —preguntó Silé, yendo directo al grano.

—Con un pocillito de esta delicia, te traes a cincuenta millones.

—Y…. si sale mal. ¿Qué es lo peor que me puede pasar?

—A lo sumo te quedarás pelado —rio Nosé—. Mientras le tocaba con una de sus extremidades sus rulos plateados.

Eso casi lo hizo dudar. Pero no podía dejar pasar esa posibilidad. Tenía que intentar la mutación y arriesgarse.

—¡Aceptoooooo! —gritó, poniéndole la fuerza de todas las “o” que le quedaban en la cabeza.

—No te vas a arrepentir —dijo Nosé.

Sirvió un poco de la pócima en una jarra y se la dio a Silé para que aspirara el vapor.

Él sintió que sus poros se abrían, y cayó al suelo.

Cuando despertó, le costó darse cuenta donde estaba. Intentó sentir su cuerpo, su cabeza y sus extremidades. Cuando pudo percibir un hormigueo en dos de sus apéndices, pudo pararse.

Buena señal, pensó.

Antes de extender sus otras extremidades, rezó un mantra de bienvenida para sí mismo, como era su costumbre cuando volvía de la caza meditativa: un suspiro para celebrar que seguía vivo.

Avanzó despacio y trastabillando. Le dolía todo.

De los cambios corporales que esperaba, la calvicie fue lo primero que le molestó. Y aunque estaba tranquilo porque se sentía bien, lo sorprendió el desarraigo: amaba sus rulos plateados.

Temió una tragedia, porque quedarse pelado era lo más grave que podía esperar y ya había sucedido.

Mientras intentaba seguir avanzando, se tocó la calva, y notó que su cabeza se extendía gigante y ovalada hacia atrás, y que su cuello se había transformado en un canal ancho para sostenerla.

También se dio cuenta de que se había vuelto más petizo. Sus extremidades colgaban arrastrándose por el suelo. Eran mucho más delgadas y largas que las dos: regordetas y cortas, que lo sostenían. Todos los cambios eran necesarios para nivelar el balanceo de su nueva cabeza tan pesada.

Nosé lo vio venir y no pudo evitar ir a su encuentro emocionado.

—¡Despertaste! ¿Te sentís bien?

—Sí. Pero mis rulos noooooooo están —gritó y descubrió que tenía más “o” en su cabeza nueva.



Ilustración: Pedro Bel

Nosé se arriesgó a tocarle la cara, como quien examina con orgullo su trabajo.

Lo miraba tan atento, que Silé se tocó la frente. Y advirtió que tenía un agujero. ¿Había desarrollado otro ojo? ¿Era el primer somhrano con tres ojos?

Ray confiaba en volver a la Luna de la mano del doctor Silver.

Todo parecía estar bien. Disfrutaba el viaje, ya alunizando sobre el mar de la tranquilidad.

Esta vez, Ray tendrá su viaje del último suspiro, pensó Silver, un tanto triste, mientras lo miraba dormir en la silla extática.

Se había encariñado con Ray. Pero necesitaba *esa* energía, y como sólo la había podido generar en la ruta a Fomalhaut, se dispuso a sacarlo rápido de la Luna y terminar de una vez por todas con el experimento.

Pero Ray, además de sostenerse sin morir, se resistía a salir de la Luna. Su mente no se encausaba por el camino que el doctor Silver le quería imponer.

Lo que Silver no podía adivinar era que esa fuerza y esa resistencia se la estaba dando Silé desde Fomalhaut, gracias a la mutación que lo había hecho evolucionar.

El tercer ojo le dio a Silé la visión de toda la mente de Ray. Y no dudó en estrenar sus nuevas capacidades yendo hasta la Luna a comerlo. Meditó por la ruta de caza que ningún somhrano había usado. Ningún somhrano había cazado tan lejos.

Ray se sostenía sobre el mar de la tranquilidad atrapado por alguien, o algo, que lo inmovilizaba.

El doctor Silver se daba cuenta de que había algo más fuerte que Ray sosteniéndolo en la Luna. Captaba *esa* energía, que era igual a la que había registrado en los otros viajantes del último suspiro, pero en ese caso la

fuerza tenía voluntad propia y se resistía a desaparecer. Y además el viajante permanecía vivo. ¡Ray estaba vivo!

En la Luna, Ray se dio cuenta que algo o alguien estaba con él. Pensó en el consejo que le había dado el doctor Silver, e intentó comunicarse.

Pero no hay nadie en la Luna, pensó.

No se veía a sí mismo, como siempre, como un avatar con traje espacial.

En esa visión ni siquiera estaba él mismo.

Ray se percibía sobrevolando el espacio. Como si fuera sólo ojos que miran una pantalla sin final. Esa pantalla lo rodeaba y adquiría la forma de unos tentáculos plateados que intentaban apoderarse de lo que él veía; después, de lo que él pensaba. Más tarde, Ray se percibió como si fuera parte de esos tentáculos, o directamente como si estuviera adherido a esos tentáculos.

Y esa sensación no podía ser asimilada por su cuerpo que parecía muerto en la silla extática del doctor Silver, que intentaba reanimarlo.

Ray se dejó ir. Y volvió a sentirse vacío, pero en paz. Como si hubiera encontrado un camino para seguir o un compañero para visitar.

Ese camino que se abría y ese compañero que lo esperaba, Silé, lo estaba saboreando sin que Ray muriera. *Estar* en Silé no era un fin, era un paso más allá. Ray disfrutaba ese nuevo camino.

Por alguna razón, ese viaje lo había cambiado. Se sentía pleno de capacidades para imaginar. ¿Seguía vivo? ¿Quizás, eso era morir?

Silé, ya insaciable, percibió otros manjares fuera de su presa. Se sentía tan poderoso por las visiones que le ofrecía su tercer ojo, que dejó de interesarse por Ray.

Ese manjar que lo había hecho mutar y llegar hasta la Luna ocupaba apenas un pequeño espacio en sus alargados tentáculos que ya eran ondas interminables de pegajosas necesidades de otras historias.

Toda la Tierra estaba llena de otras presas. Y Silé supo que no le alcanzaría el espacio que había creado al mutar, para disfrutar de todo lo que había para elegir. Comió lo que pudo, para traer varios trofeos, y decidió volver a Somhra con las noticias de su descubrimiento.

Y el doctor Silver pudo registrar el periplo de Silé, que al tener a Ray adherido a sus ondas, lo acompañó en el viaje por la Tierra.

Silver tenía la prueba de su invento. Había registrado *esa* energía y la seguía monitoreando, creyéndola viva. Según su investigación, era probable que hubiera podido separar la mente y el cuerpo de Ray. Y registrar la vida de la mente fuera del cuerpo.

Nunca se hubiera imaginado que lo que en realidad estaba registrando, era a Silé, recorriendo el planeta Tierra, en búsqueda de zonas de caza y comida.

—¡Hay vida después de la muerte! —gritaba el doctor Silver.

Ray ya era una minúscula partícula intentando pensar y comunicarse con las otras pobres ideas que flotaban adherías a Silé sin enterarse de que les había pasado.

Mientras tanto, Nosé corría por Somhra anunciando el triunfo de su pócima. Y juntaba somhranos para que vinieran a comprobar su éxito y a ver la cabeza mutante y el tercer ojo de Silé.

Los habitantes del planeta llegaron en oleadas.

También Nolé, fiel compañero de Silé, quien, al verlo, se sobresaltó. Y enseguida le hizo un gesto como preguntándole por su nuevo ojo.

Silé salió de la cueva erguido y se dispuso a ofrecer un discurso para explicar el éxito de su caza.

—¿Cuándo volverás a meditar, hermano Silé? —dijo Nolé muy entusiasmado por la idea de presenciar la meditación de un mutante de tres ojos.

—¡Nunca más! —aseguró Silé imitando su gesto egocéntrico de mover sus rulos plateados, aunque ya no los tenía—. Yo ya puedo viajar por el universo sin meditar.

El murmullo se generalizó. Nadie podía entender tal arrogancia.

—¡Nadie viaja por el universo, Silé! —dijo un somhrano, levantando un apéndice hacia el cielo como si anunciara una tragedia. El universo se escucha. No podemos ir a buscar las ideas. Tenemos que esperar a que nos encuentren en el camino de la meditación.

—¡Nunca más! —repitió con firmeza Silé—. Tuve una revelación. Mi tercer ojo me ha guiado hacia los creadores de las ideas. He visto el camino.

—¿Podemos seguirte por ese camino? —preguntó su amigo Nolé, acaso imaginando una cacería que los alimentaría para toda la vida.

—Sí. ¿Quién me acompaña? —preguntó Silé, sintiéndose un conquistador arengando a su ejército. Intentando, por otro lado, digerir algunas ideas humanas que le pinchaban la cabeza sugiriéndole lo contrario.

—¡Viajaremos todos! —gritaban los somhranos, aceptando el desafío, mientras coreaban su nombre.

Isabel Santos es una participante habitual de las Tertulias de CF y Fantasía

de Buenos Aires que se organizan mensualmente en el Café Los 36 Billares con el auspicio de Laura Ponce. Es miembro del taller Clanes de la Luna Dickeana y habitualmente corrige sus cuentos con Claudia Cortalezzi, quien le sugirió que nos presentara su texto. Esta es su primera publicación en Axxón.

El cubo de la galaxia

Jeremy Szal

 **AUSTRALIA**

Era otra noche sofocante en Nueva Bangkok y Jharkrat no lograba vender nada.

Las multitudes siempre estaban presentes. Caminaban bajo los faroles y zigzagueaban entre el tránsito perezoso. Las amplias calles estaban resbaladizas por la lluvia cálida como la sangre. Las sartenes oxidadas siseaban con furia, mientras los chefs preparaban burbujeantes pasteles fritos en aceite, haciendo girar unos carruseles donde colgaban fideos de arroz. Unas volutas de humo ascendían en espiral desde los templos improvisados. La gente gritaba y regateaba, intercambiando sacos de yute con especias y semillas con los turistas, probablemente terráqueos. Las canoas se deslizaban por el canal, apartando desperdicios a su paso y navegando hacia los mercados flotantes. Por encima, se elevaban rascacielos a medio terminar, envueltos con andamios. Una gran gota de agua con óxido cayó de una torre de alta tensión descascarada y aterrizó sobre el mostrador de Jharkrat con un *plop* marrón rojizo. Él no se molestó en limpiarla. Era el sudor de la ciudad, segregado por un millón de poros. En un minuto caería otra. Tomó una nota mental para recordar traer el paraguas al día siguiente.

Dos pacificadores del Ministerio vestidos de azul oscuro —los vivanors— estaban bebiendo *tom kha gai* en un puesto de comida caliente y vigilando a la inmensa multitud. Uno de ellos lo miró y Jharkrat desvió la vista, fingiendo concentrarse en los componentes de computadora que tenía frente a él. Esta noche no quería problemas. Los hombres ya habían fruncido en ceño al verlo comerciar con productos electrónicos dados de baja hacía mucho tiempo y no quería que clausuraran su tienda.

Alguien se acercó corriendo a su puesto, con el rostro rechoncho enrojecido por el calor. ¿Era un cliente? Jharkrat se enderezó y gruñó cuando el hombre obeso dejó caer una pila de equipos decrépitos sobre el mostrador manchado.

—No compro —susurró Jharkrat, recogiendo el embrollo de cables en

descomposición—. Solo vendo.

—Vamos —gritó el hombre por encima de las bocinas de los autos—. Los vendo a buen precio.

Todo era de la Última Edad, antes de que el Ministerio reemplazara todos los sistemas y programas informáticos. Su depósito estaba lleno de cosas así. Casi no valía la pena pagar la renta del depósito donde los guardaba.

— *Mai au khrap*. Tengo suficientes.

—Por favor. —El sujeto estaba desesperado. Los tendones de su cuello parecían cables de puente colgante—. Tengo poco efectivo.

—Lo siento.

—¿Dos mil *baht* por todo el lote?

—No hay trato.

—¿Mil quinientos?

—No.

—¿Mil?

Jharkrat dudó. Era insólito adquirir todo eso por un precio tan bajo. Pero sería más insólito que siguiera comprando insumos.

Puede que el hombre haya percibido su dilema. Apartó de la maraña una modesta caja negra y la hizo girar en sus manos.

—Tome esto. No puedo venderla en otro sitio.



Ilustración: Pedro Bel

Jharkrat la inspeccionó, al tiempo que el empalagoso aroma del incienso de un templo cercano le daba comezón en la nariz. El cubo era pesado para su tamaño. Había pequeñas ranuras talladas en sus lados y un puerto para conectarlo a una computadora.

—¿Qué es?

—Un módulo, creo. —El hombre se tocó un forúnculo incipiente que tenía

en el cuello—. ¿Quinientos?

Jharkrat nunca había visto nada igual. Ni siquiera había un logo del fabricante estampado en el metal. Realmente no podía pagarla, pero la curiosidad lo estaba venciendo.

—Le doy cuatrocientos.

—Hecho.

Jharkrat le entregó los billetes arrugados. El hombre asintió con gratitud, recogió sus materiales y desapareció en la multitud. Jharkrat volvió a mirar la cajita misteriosa, desconectándose de la bulliciosa ciudad que lo rodeaba.

***

Cuando Jharkrat iba camino a casa, comenzó a llover. Las cálidas gotas golpeteaban contra los techos de latón y los toldos extendidos. En el cielo, se veían dos lunas que derramaban su luz sobre el camino. La tercera estaba oculta detrás de unas nubes espesas. En la Tierra, donde habían nacido sus abuelos, había una sola luna en el cielo. Y los días duraban veinticuatro horas, no treinta y dos. Siempre había querido ir allí y ver las maravillas que ellos le describían. Pero había que ahorrar durante muchos años solo para comprar el permiso de viaje. Y luego había que comprar el boleto. Había gastado todo su dinero en su hija: se había contagiado la plaga de las ampollas, que le estaba devorando el cuerpo lentamente. Destinaba todas las ganancias que obtenía vendiendo materiales a luchar contra la enfermedad. Pero, al final, no fue suficiente. El mal llegó al cerebro de Serah y la mató.

Algunos días, Jharkrat no sabía cómo lograba mantenerse en pie.

Llegó a su apartamento en la planta baja. Unas enredaderas de color rojo sangre se enroscaban en los postes torcidos, agotados de soportar el peso del edificio. Buscó su llave oxidada y abrió la antigua puerta. Podría haber instalado un teclado de seguridad o un lector de huellas digitales, pero habrían llamado la atención. Serían la prueba de que tenía algo que ocultar. De todos modos, alguien volvería a forzar la puerta. No hacía falta atraer a más ladrones. Había visto lo que hacía la gente por dinero. El mes anterior, un hombre que vivía a un par de calles había cambiado a su hijo recién nacido por una perra… para poder vender sus cachorros. Jharkrat había tenido que reprimir el impulso de ir a su casa y arrancarle los dientes a puñetazos.

El apartamento era un desastre. El suelo estaba regado de equipos informáticos, latas de cerveza aplastadas y sillas de plástico envueltas en

gruesos cables. Un ventilador mohoso giraba perezosamente en el techo, revolviendo el aire húmedo de la habitación. Los productos estaban empaquetados en cajas de cartón en vías de deshacerse, apiladas hasta el techo. Jharkrat hizo a un lado una placa madre desarmada que estaba sobre su escritorio y sacó el cubo. Simplemente, tenía que saber qué era. El Ministerio, sin ninguna duda, no lo había autorizado con una licencia. Y eso lo hacía más intrigante.

Encendió su vieja computadora, tomó un cable y lo enchufó en la caja.

Zap. Hubo una baja de tensión. La pantalla emitió unos ruidos entrecortados y brilló con colores estridentes antes de apagarse y convertirse en un espejo negro.

De acuerdo. Esto no era bueno. Se quedó sentado, quieto, demasiado sorprendido para moverse, hasta que la pantalla volvió a la vida y le mostró un fondo parpadeante. ¿Era una especie de virus? Probablemente, ya estaba comiéndose sus archivos o, peor aún, estaba enviándolos al Ministerio. Era el fin. Era…

—¿Hola? —Sintió un escalofrío en todo el cuerpo. La caja estaba hablando. Las ranuras habían cobrado vida e irradiaban un inquietante resplandor azul —. Hola —repitió la caja, esta vez más fuerte. Tenía voz de mujer—. ¿Dónde estoy?

Jharkrat se puso pálido. Sabía de qué se trataba. Tenía que ser eso. Era una Mente, prohibida por el Ministerio hacía décadas. Si atrapaban a cualquiera usando estas cosas, lo ejecutaban de inmediato. Sin proceso judicial, sin preguntas. Con razón el maldito gordo estaba tan desesperado por vender el cubo.

Tenía que deshacerse de él. ¡Ahora mismo!

Pateó la silla hacia atrás y extendió un brazo, desesperado por arrancar el cable de la caja. La Mente debió adivinar lo que estaba haciendo.

—Por favor —suplicó—. No lo hagas.

La intensa emoción que transmitía su voz hizo dudar a Jharkrat cuando su mano estaba a punto de desenchufar el cable.

—¿Quién eres? —preguntó por fin.

—No tengo nombre —dijo la Mente, genuinamente aliviada—. Yo… no esperaba que volvieran a encenderme.

—¿Por qué? —Jharkrat sintió unos anzuelos que se hundían, arrastrándolo a las profundidades—. ¿Qué te pasó? ¿De dónde eres?

—De la Tierra —dijo la Mente—. Al menos, sé que me hicieron allí.

—¿La Tierra? —Jharkrat se reclinó en la silla, respirando con dificultad. ¿Con qué se había topado?—. ¿Cómo llegaste a Nueva Bangkok?

—En las naves. Fui uno de los pilotos que los trajeron.

Jharkrat pestañeó.

—¿Formaste parte de la Primera Flota?

—Sí.

Esta Mente debía tener casi un siglo de edad. Sin duda, estaba repleta de datos y registros que debían valer millones de *baht* en el mercado negro. Por eso el Ministerio no quería que circularan. Su cara se iluminó con una sonrisa idiota.

Entonces, comenzó a carcomerlo la duda.

—Dijiste que no esperabas que te encendieran de nuevo.

La Mente hizo una pausa.

—Vinieron por nosotros —dijo finalmente—. Los hombres de azul. Nos dijeron que ya no nos necesitaban y el Ministerio ordenó que nos desactivaran. Pero una científica… se había encariñado conmigo. Copió mi sistema en un dispositivo de almacenaje en lugar de destruir el software. Yo no sabía qué iba a suceder después. Creo que ella tampoco. No. Los oficiales y científicos tenían prohibido apegarse a sus Mentes. —La voz pareció vacilar, como si evaluara qué debía decir—. Pero yo quería un nombre.

—Puedo darte uno —ofreció Jharkrat—. ¿Qué te parece… Serah?

La Mente reflexionó.

—Sirve. ¿Pero por qué ese nombre?

Jharkrat sonrió incómodamente, mordiéndose los labios agrietados.

—Así se llamaba mi hija. —Se inclinó hacia delante—. ¿Cómo es la Tierra? Cuéntame.

Y eso hizo. Le contó de montañas con picos nevados, de inmensos desiertos, de infinitos espacios abiertos del tamaño de continentes enteros. Describió inolvidables bosques y selvas, glaciares y tundras, arrecifes de coral e islas exuberantes. Jharkrat la escuchó asombrado, casi sin notar que los espesos dedos del alba se arrastraban por su ventana mugrienta, pintando de amarillo el suelo polvoriento. No había dormido nada, pero se sentía rejuvenecido. Renovado.

Se puso de pie, estiró sus músculos acalambrados y se frotó la nuca.

—Tengo que esconderte —le dijo a Serah— por si entran ladrones.

—Oh —dijo Serah con la voz colmada de decepción—. Ahora tengo carga suficiente. Estaré despierta al menos cuarenta y ocho horas.



Ilustración: Pedro Bel

Él planeaba regresar mucho antes. Desconectó a Serah de la computadora, apartó unas botellas de plástico del suelo y se metió bajo la cama. Aflojó unos tornillos oxidados, levantó una delgada tabla del suelo y accedió al depósito escondido. Allí guardaba casi todo su dinero en gruesos fajos. No confiaba en los bancos. Los había visto desplomarse con la crisis económica. Había oído el clamor de la gente cuando sus ahorros de toda la vida quedaron reducidos al valor de unas cuantas monedas. No quería que le sucediera lo mismo.

Acomodó el cubo entre dos grandes fajos de dinero, volvió a colocar la tabla y ajustó los tornillos. Por ahora, Serah estaba a salvo.

***

El sol era cegador. Se asomaba por el borde de la sombrilla de su tienda y le apuñalaba los ojos. Había comprado unas buenas gafas de sol hacía unas semanas, pero se las habían robado. Podría haber conseguido otras baratas, pero se rompían en menos de un mes.

Engulló el *kaeng som*, inundando su boca con pescado picante, y observó la actividad del mercado. La gente pasaba caminando sin rumbo, tomando sorbos de jugo de coco envasado en bolsas de plástico y golpeando los pies contra la acera. Jharkrat recordó la época en que los cocos eran espantosamente caros y solo las empresas con licencia podían venderlos. Pero luego, alguien se infiltró en los laboratorios de bancos genéticos y los liberó en el mercado. Ahora costaban solo veinte *baht* cada uno y se vendían en todos los rincones de la ciudad. Recordó que había comprado leche de coco para Serah y que había visto cómo se iluminaba su rostro al probarla por primera vez…

Una sombra atravesó su rostro. Jharkrat tragó saliva y entrecerró los ojos para ver a la figura, una silueta oscura delineada por el sol. Era un vivanor con un rostro de pico montañoso. Jharkrat se inclinó hacia delante, estudiando al sujeto con velada amenaza.

—¿Puedo ayudarlo? —Jharkrat vio la pistola enfundada que tenía en el costado y apartó el tazón de comida.

El vivanor pestañeó. Sus ojos encapotados lo perforaron.

—Anoche vino un hombre. Le vendió una caja pequeña. Quizás de este tamaño. —El vivanor levantó el pulgar y el índice impregnados de suciedad y los separó unos diez centímetros—. ¿La tiene?

Jharkrat advirtió con horror que este hombre lo había estado observando desde un puesto de comida la noche anterior. Mala señal. No podía negar que la tenía.

—Sí, la compré. Pero me la robaron camino a casa.

El rostro del vivanor parecía cincelado en mármol.

—No me diga.

—Sí.

Jharkrat se obligó a sonreírle. El vivanor se quedó unos segundos más y se fue. Pasó entre la multitud y siguió caminando hasta perderse en el mercado.

Jharkrat se mordió el interior de la mejilla con tanta fuerza que sintió gusto a sangre. *Maldición*. El vivanor no habia creído su historia. Ni por un momento. Cada fibra de su ser lo apremiaba a correr a casa y asegurarse de que Serah estaba bien, pero no era una opción inteligente. Sin duda, lo estaban vigilando desde las sombras, esperando que hiciera algún movimiento para luego atacar. Tenía que fingir que todo era normal.

Suspiró, mientras una gota de sudor descendía por su pecho y le mojaba la camisa. Iba a ser un largo día.

***

Por fin, el sol se hundió en el horizonte rojo sangre y la ciudad explotó en resplandores multicolores. Algunas tiendas cerraban durante la noche, pero otras abrían para atraer a toda una nueva raza de clientes. Jharkrat los ignoró a todos, empacando sus cosas lo más rápido que pudo sin llamar la atención. Emprendió el camino a casa, pasando junto a una tienda iluminada con

farolas que vendía telas teñidas de un intenso color rubí y serpenteando por distintos callejones con luces de neón y tentáculos de vapor que salían de las ventanas con vidrios faltantes. Apartó con la mano una hoja de palmera cubierta de rocío, intentando caminar sin mirar hacia atrás. No había manera de que estuvieran siguiéndolo. Seguramente, solo estaba paranoico.

Se detuvo en seco. La puerta de su casa estaba entreabierta y la luz se filtraba hacia fuera. La abrió de un empujón, con el estómago contraído de miedo. Habían arrasado todo el lugar de piso a techo. Los cajones estaban abiertos; su ropa, hecha jirones; los repuestos de computadora, destrozados en el suelo. Cerró la puerta a sus espaldas y se agachó para examinar la tabla del piso. Su boca pronunció una plegaria destinada a dioses inexistentes. Parecía que no la habían tocado, pero tenía que asegurarse.

Aflojó los tornillos con los dedos sudorosos y rápidamente arrancó la tabla de su sitio. *Por favor, que estés aquí. Por favor, que estés aquí.* Su cuerpo se inundó de un cálido alivio. Serah estaba allí, sana y salva.

—¿Jharkrat? —preguntó ella, mientras él tomaba el cubo y apretaba el metal frío con sus manos encallecidas. Los afilados bordes le cortaron la piel. Por algún motivo, era reconfortante—. ¿Eres tú? Entraron hace unas horas. Hicieron mucho ruido.

—Me di cuenta —dijo Jharkrat secamente, pateando lo que alguna vez había sido una tableta de pantalla ancha, ahora con una telaraña de rajaduras. Se sentó en el suelo, acunando el cubo en sus manos—. Quieren apoderarse de tu sistema, ¿verdad?

—No —murmuró Serah, casi gruñendo—. Quieren destruirlo. No pueden permitir que haya datos MRL flotando por allí y arriesgarse a que los distribuyan en el mercado. Ellos…

—¿Qué? —estalló Jharkrat—. ¿Tienes datos de tecnología superlumínica almacenados en tu sistema?

—Sí, pero si no accedes a ellos en cinco años, quedan bloqueados por una compleja encriptación. No creo que puedas descifrarla.

Ahora, Jharkrat se daba cuenta de por qué querían tanto esos datos. Sabía qué había pasado con el robo en los bancos de genes: los cocos se habían esparcido como una plaga en todos los mercados. El gobierno había perdido miles de millones de *bhat*. Si las empresas independientes lograban utilizar la tecnología superlumínica, *todos* los monopolios se derrumbarían. Las naves espaciales, el turismo, los motores, todo. Se caerían como una endeble choza de bambú. La gente podría pagar sus viajes. Ver la Tierra. Escapar de este basurero.

Y él tenía todo eso en sus manos.

—Serah —dijo. Cada sílaba desbordaba entusiasmo—. ¿Hay alguna forma de extraer los datos?

—Quizás, pero ya te dije que están encriptados. Tengo instalada una alarma. Si detecta que alguien intenta abrir la cerradura, se activa. —Hizo una pausa—. Y destruye todo mi sistema.

Jharkrat volvió a morderse los labios. En sus manos, sujetaba lo que posiblemente era la última Mente que existía. Y se estaba convirtiendo en una buena amiga suya. ¿La información valía tanto como para arriesgarse a perderla? Por no mencionar las dificultades que enfrentaría si lo descubrían. ¿Quería meterse en tantos problemas por unos datos?

Entonces se percató de que no dependía de él.

—¿Qué opinas? —preguntó, concentrándose en el pequeño cubo negro que alojaba a la Mente—. Conozco a alguien que puede ayudarnos. Pero debes decidirlo tú. ¿Quieres correr el riesgo?

Serah no dijo nada. Los colores de la interfaz metálica se intensificaron y luego empalidecieron.

—La científica arriesgó todo para sacarme de allí con estos datos —dijo—. Los mantuve a salvo casi un siglo. Querían destruirlos, y a mí junto con ellos. —El cubo lanzó un destello rojo carmesí—. Sí, vamos a hacerlo.

Jharkrat sonrió.

—Es lo que quería escuchar.

***

Con firmeza, Jharkrat introdujo el cubo en un bolsillo secreto cosido en sus pantalones que, por lo general, utilizaba para guardar dinero. Ahora iba a introducir clandestinamente en Nueva Bangkok a la última Mente que aún sobrevivía.

Era muy peligroso salir por el frente. Trepó por la cerca de alambre del fondo, saltó y rodeó un jardín de vegetación descuidada y árboles perennes que se extendía hacia la calle. En un instante, se fundió con la apresurada muchedumbre, frotando hombros sudorosos bajo un techo de gruesos cables y hologramas.

Las enredadas calles comenzaron a difuminarse: incontables puestos de comida, salones de masaje, clubes nocturnos, templos, luces ondulantes y ruidosos mototaxis automáticos que pasaban junto a Jharkrat mientras él

esquivaba el tumulto, el calor y los olores, esperando que una mano fornida se apoyara en su hombro, lo apartara y le pusiera una .45 en la boca.

No se acercó nadie.

Atravesó junto a Serah aquel mar repleto de cuerpos. Se agachó bajo un letrero que colgaba muy bajo y entró en un lúgubre callejón donde unas ancianas fabricaban rosarios con sus dedos deformes, retorcidos como raíces de árbol. Pisó un charco poco profundo, estremeciéndolo, y siguió avanzando por el laberinto de callejones bulliciosos. Finalmente, subió por una escalera de caracol hasta el cuarto piso de lo que parecía un edificio de apartamentos en ruinas. Se aseguró de que nadie lo viera y golpeó la madera despellejada con los nudillos.

Muy pronto, la puerta se abrió de par en par. Allí estaba ella, sonriéndole con sus dientes negros como la tinta.

— *Sawa dee,* Jharkrat. Cuánto tiempo sin vernos.

—Hola, Kwan. ¿Sigues mascando esas nueces?

—Por supuesto. Pruébalas tú también, ¿eh?

—No, gracias. —Entró. El aire acondicionado le congeló el sudor rápidamente. Unos altavoces a todo volumen lo aturdieron desde la habitación adyacente—. Tengo algo para ti.

—Ah, sí —dijo Kwan, entrelazando sus manitas—. Siempre dices lo mismo. —Lo llevó por un corredor y entraron en el laboratorio. Al menos dos docenas de pantallas se apretujaban allí. Había abultadas madejas de cables abrochadas al techo y las paredes, bombeando terabytes de datos segundo a segundo. La mitad de los escritorios eran de hackers, conectados a las pantallas con interfaces y audífonos, que escribían en teclados pegajosos. Kwan se sentó en su sillón con demasiado relleno y bebió un sorbo de lo que podía ser agua o vodka—. Ya lo he visto todo, amigo mío.

—Esto nunca lo viste. —Jharkrat metió la mano en el bolsillo, rompió la costura y sacó el cubo.

La expresión de Kwan no se alteró.

—¿Qué es?

Jharkrat abrió la boca para decírselo, pero Serah fue más rápida.

—Presumo que eres la amiga hacker de Jharkrat.

La sonrisa despreocupada de Kwan se marchitó. Tomó el cubo con una mano temblorosa.

—¿Encontraste una Mente? —Jharkrat asintió—. ¿Cómo?

—No importa. Serah guarda algo valioso en su interior. Necesito extraerlo.

—¿Le pusiste un nombre? —exigió Kwan—. Si el Ministerio nos descubre…

—Entonces iré a otro sitio.

Jharkrat comenzó a ponerse de pie, pero Kwan le hizo señas de que volviera a sentarse.

—Quédate allí —siseó—. Mejor que sea yo y no que otro la eche a perder —. Se volvió hacia su computadora y buscó un cable—. ¿Qué necesitas?

—Tiene datos encriptados que quiero que liberes.

Kwan resopló brevemente mientras enchufaba a Serah a la computadora.

—Demasiado fácil. Me insultas, *peuang*.

—Tiene instalada una alarma —dijo Jharkrat—. Si se activa, borrará todo el sistema.

Kwan asintió, deslizando la mirada por la pantalla.

—Ah, sí. Aquí la veo.

—¿Puedes entrar?

Kwan giró el sillón y le guiñó un ojo con picardía.

—Estás insultándome de nuevo. —Sus dedos bailaron sobre el teclado manchado de ceniza, emitiendo un rítmico *tac-tac-tac*—. Me llevará un tiempo. Al menos un par de horas. —Señaló la puerta—. Vete, por favor. No quiero sentir tu aliento en mi nuca.

Jharkrat dudó. Había que hacerlo, pero no quería dejar a Serah en manos de nadie. Confiaba en Kwan, pero esto era casi como abandonar a su hija.

Casi.

—Adelante —dijo Serah como si le hubiera leído la mente—. Aquí estaré bien.

—¿Lo ves? Hasta ella lo sabe.

Jharkrat entendió la indirecta. Abrió la puerta y se dejó tragar por la noche húmeda.

***

Jharkrat no podía dormir.

No solo porque su delgado colchón estaba casi partido en dos. Era Serah la

que estaba instalada en su mente y tatuada en su cerebro. La hija que había perdido. Casi escuchaba su respiración áspera mientras yacía, comatosa, en la cama del hospital; sentía la vida escurriéndose de su cuerpo, al tiempo que él le acariciaba la sedosa cabellera negra y rezaba por su recuperación, por que todo resultara bien.

Nunca había asimilado verdaderamente que su hija ya no estaba. Nunca lo había superado. Quizás por eso le había puesto su nombre a la Mente. Para mantener viva a su hija.

No iba a perderla de nuevo.

Liberó las piernas de las sábanas húmedas de sudor. Esta noche no iba a poder dormir. Era mejor aprovecharla para otra cosa. Precipitadamente, se vistió y se dirigió a la puerta.

Aunque era muy temprano, había actividad en las calles. La interminable hilera de vehículos inmovilizados en el tránsito, los cuerpos que pululaban y el calor obstruían las arterias de la ciudad. Jharkrat subió la escalera y no se molestó en golpear. Kwan lo recibió en el corredor. Su habitual actitud tranquila había desaparecido.

—¡Tú! —Lo empujó contra la pared, rechinando los dientes negros—. ¡Maldito! ¿Sabías lo que había dentro?

—¿Lograste entrar? —preguntó Jharkrat con una sonrisa.

Kwan siseó y lo arrastró hasta la sala de computación. Golpeó las manos y el sonido ahogó el zumbido de los sistemas informáticos. Todas las cabezas giraron para mirarla.

—¡Salgan! ¡Ahora!

Nadie se atrevió a discutir. Los escritorios y teclados repiquetearon cuando todos salieron rápidamente para escapar de su furia. Kwan esperó a que se fueran todos y cerró de un portazo que hizo temblar el marco de la puerta. Dio vueltas alrededor de Jharkrat con sus manitas convertidas en puños. Jharkrat esperaba a medias que le diera un golpe.

—¿Lo sabías, no?

—Yo…

—Datos MRL, nada menos. —Kwan se frotó las mejillas violentamente con las palmas de las manos—. *¡Maaeng eeuy!* No puedo tener esto aquí.

—¡Piensa en lo valiosa que es! —se enfadó Jharkrat—. ¡Hacía décadas que buscábamos algo así!

—¡Nos pondrás en peligro a todos!

—Si saturamos el mercado, no.

Kwan pestañeó e inclinó la cabeza hacia él.

—¿No quieres venderla?

Jharkrat meneó la cabeza. Ya había hecho las cuentas. Los datos no tenían precio. Intentar vender algo así llamaría la atención de los barones del crimen y acabarían asesinándolos. Pero si lo hacían público…

—¿La extrajiste? —exigió Jharkrat.

Kwan sopló aire entre sus dientes.

—Sí y no. Logramos engañar a la alarma y obtener los datos, pero para la Mente hay un código en clave. No podemos hacer una copia.

—¿Qué significa eso?

—Que tengo que irme. —Las cabezas de ambos giraron hacia la Mente. Serah había escuchado toda la conversación—. Tienen que cargar todo el sistema y a mí junto con él.

Consternado, Jharkrat se quedó inmóvil, viendo cómo encajaban todas las piezas. Podían cargar la información, pero no podían separarla de Serah, que iba a desaparecer en las profundidades de la Red, a perderse en un mar sin fondo.

Jharkrat abrió la boca para objetar, pero volvió a cerrarla. Se estaba comportando como un maldito egoísta. No se trataba de su vida. Ni ahora ni nunca.

Y la decisión no era suya.

Se acercó a la mesa y se arrodilló como si quisiera hablarle a un niño.

—¿Qué quieres hacer? —preguntó, con los ojos fijos en el cubo diminuto que había sido su amiga durante los últimos días—. Tú eliges.

La Mente emitió un sonido, mitad suspiro y mitad risa ahogada.

—Creo que ambos sabemos la respuesta, Jharkrat.

La puerta se abrió con estrépito. Había un hombre con el rostro salpicado de sudor que jadeaba por la falta de aire.

—Los vivanors —dijo con voz ronca—. ¡Ya vienen!

Kwan pestañeó, escupió un insulto y le hizo señas para que se fuera. Giró hacia Jharkrat.

—¿Tú los trajiste?

Jharkrat no sabía qué decir. Había tenido cuidado, mucho cuidado, para asegurarse de que no lo habían seguido. Este pequeño desliz podía costarles todo.



Tomó una decisión instantánea, sin darse la oportunidad de arrepentirse.

—¿Kwan, tus computadoras están conectadas a la Red?

—Sí, pero…

—Tienes que irte —dijo él, mientras los demás volvían a la habitación, mirando a Kwan para que les diera alguna orden—. Yo me encargo.

Kwan pareció entender. Asintió y miró a un puñado de hombres que se habían quedado en el corredor.

—Ustedes, obstaculicen su trabajo. Deténganlos el mayor tiempo posible. —Se dirigió a los demás—. Ustedes, tomen lo que puedan y suban al camión. Destruyan lo que no puedan llevarse.

Todos corrieron a obedecer. Jharkrat entrevió un armario que se abría de golpe, oyó el traqueteo de varias pistolas y revólveres que se repartían y el ruido de revistas que caían. Pero ahora no debía concentrarse en esas cosas.

Oprimió las teclas de la computadora y la conectó a la Red. Kwan estaba ocupada dando órdenes a varios hombres y mujeres que corrían de una habitación a otra, cargando manojos de discos duros y gruesos cables en sus brazos. Frenéticamente, Jharkrat enchufó los cables indicados en los puertos correspondientes y conectó a Serah con el sistema.

Los gritos de advertencia aumentaron. Se estaban acercando.

Jharkrat giró el sillón y Kwan y él se miraron fijamente. No había nada que decir. Sabían en qué terminaría todo esto.

—Tendrías que haber probado esas nueces —dijo ella.

Y luego se fue, bajando por las escaleras traseras y corriendo hacia el impaciente camión cargado de equipos.

Disparos amortiguados. Gritos. Balas que atravesaban el aire. Vidrios rompiéndose. Sus dedos eran un borrón mientras abría el portal a la fuerza y enlazaba a Serah directamente con la Red. Desaparecería en pocos minutos y sus invalorables datos se filtrarían en las calles.

Pero ella estaría a salvo.

No logré salvar a mi propia hija. Pero puedo salvarte a ti.

—Desearía que pudieras venir conmigo —dijo Serah con suavidad.

Jharkrat inhaló por la nariz.

—Yo también.

Bang. Bang, bang, bang. Las ventanas se salpicaron con manchas rojas y luego oyó un rugido de dolor.

—Los seres humanos me han salvado dos veces —dijo Serah. Su voz se hacía más débil conforme la barra de progreso de la pantalla se iba llenando, absorbiéndola de un fragmento a la vez. Se escuchó un alarido, pero el *crack* de un revólver lo silenció—. Arriesgaste todo. ¿Por qué?

Jharkrat sonrió.

—Ahora no te preocupes por eso. Ya tomé la decisión.

—Me habría gustado conocer a tu hija.

Jharkrat sintió un escozor en la mejilla y percibió que una lágrima descendía por su rostro. No se molestó en secarla.

—A mí también.

—Nunca te olvidaré. —Derribaron la puerta de un puntapié y se oyó un ruido a madera destrozada y a botas blindadas que avanzaban por el corredor—. Yo…

La barra de progreso terminó de llenarse.

Bang, bang. Un hombre cayó hacia atrás, abatido por una ráfaga de balas.

—Adiós, Serah. — Jharkrat golpeó la tecla que decía *Enter*.

Ni siquiera se volvió cuando irrumpieron en la habitación. Los observó apuntar en el pulido reflejo de la pantalla. Las balas impactaron contra el monitor y el sistema, haciéndolos trizas con un rugido ensordecedor y un crepitar de chispas.

Demasiado tarde.

Apoyaron un rifle contra su cabeza. El frío beso de la muerte recorrió su columna vertebral cuando el dedo del vivanor se curvó sobre el gatillo.

Adiós, Serah.

Jharkrat sonrió por última vez y cerró los ojos.

Título original: The Galaxy’s Cube © Jeremy Szal

Traducción: Claudia De Bella, © 2017

Jeremy Szal nació en 1995 en el interior de Australia y afirma haber sido criado por dingos salvajes. Sus trabajos de cf y fantasía han aparecido en *Nature*, *Abyss & Apex*, *Lightspeed*, *Strange Horizons*, *Tor.com*, *The Drabblecast*, y ha sido traducido a varios idiomas. Es el editor de ficción del podcast StarShipSofa (ganador de un Hugo), en el cual trabajó con autores del calibre de George R. R. Martin, William Gibson y Joe R. Lansdale. Se lo encuentra en https://jeremyszal.com/ o @JeremySzal

Oblación

Guillermo Verduzco

 **MÉXICO**

Raúl Ontivares es un hombre mesurado y racional y, por lo tanto, no piensa nada extraño o inquietante sobre la silueta pintada con lo que parecen apurados trazos sobre la pared cerca de la salida del aeropuerto; ni siquiera le dirige una segunda mirada, perdida como está entre muchas otras. Regresa de un viaje de una semana al norte del país, un viaje en el que no sólo lo han asaltado, robándole la cartera y el celular (la pérdida del segundo le ha resultado más dolorosa que la de la prácticamente vacía primera), sino que se trata de un viaje que a final de cuentas resultó inútil: el negocio por el que lo ha realizado fracasó estrepitosamente.



Ilustración: Pedro Bel

Ontivares es un animal de rutinas. Odia los viajes, o cualquier otra cosa que modifique su status quo meticulosamente construido a través de los años. Después de una semana que considera una pérdida de tiempo, apenas y puede esperar a llegar a su apartamento, quitarse los zapatos que ya le entumecen los pies, prepararse una taza de té negro y acostarse en la vieja cama hasta permitir que una semblanza de rutina lo empape de nuevo lentamente.

Cuando sale de la terminal nota la kilométrica pared blanca que separa la calle del estacionamiento. Está decorada con decenas de siluetas negras de personas en el mismo proceso que él: hombres, mujeres y niños cargando mochilas y maletas, caminando con prisa, de salida de la terminal. Una procesión de sombras congeladas a medio paso. Le parece una decoración

algo tenebrosa, y considera el tipo de mente a la que se le puede haber ocurrido sugerirla. ¿Qué habría pensado el pintor o pintores a cargo de plasmar aquellos… *fantasmas*? La palabra le parece adecuada. Fantasmas. Le recuerdan tal vez algún libro leído hace mucho, almas en pena marchando pesadamente en una hilera infinita a través de un monstruoso páramo helado, de un pre-infierno, camino a recibir el juicio eterno.

Piensa en los hombres que lo asaltaron en el viaje. Niños, más que hombres. Probablemente apenas salidos de la adolescencia, si acaso no más jóvenes a juzgar por la voz de uno, el que lo llamó “viejo maricón” cuando intentó decirles (cosa estúpida y peligrosa, lo admite) que su cartera estaba casi vacía. Cuando mueran, sin duda a una edad no muy avanzada debido a la línea de trabajo que llevan (durante un momento ha pensado “que eligieron” pero desecha tal pensamiento al instante), ¿caminarán también por una fila como la de las sombras en la pared? ¿Caminarán por la tundra apoteósica que mencionaba el libro, hasta encontrarse con un juez sombrío y ultraterreno? ¿Y qué hará este juez? ¿Condenarlos a sufrir para siempre en un lago de fuego eterno o cualquier otra burda metáfora para el sufrimiento sin fin? No, se dice Ontivares, nada de eso. Esos muchachos que lo asaltaron no recibirán ningún castigo en esta vida ni en la siguiente, en cuya existencia no cree. No los odia. Tampoco se compadece de sí mismo. Esas cosas pasan, piensa. No ha salido herido y sólo perdió algo de dinero. Esas cosas pasan y no hay ninguna razón para ellas. Así es el mundo.

El sonido lejano de un claxon rompe su ensimismamiento y Ontivares casi ríe. Está pensando en tonterías, pierde el tiempo. Entre todas esas siluetas reducidas a sus características más primarias es casi imposible notar aquélla que desentona. Pero alguna parte de Ontivares la nota, aunque él mismo no se dé cuenta. Alguna parte profunda, un reflejo animal a lo anómalo y tal vez peligroso. Se recuerda: tonterías, el tiempo. Detiene un taxi y deja atrás el aeropuerto y las figuras de la pared.

Su departamento lo recibe con su rancio olor a leve humedad, reconfortante por conocido. La oscuridad cede ante el primer apagador accionado, y la tetera pronto está calentándose sobre la estufa. A veces extraña el café, pero su médico se lo ha prohibido terminantemente. No es bueno para sus nervios ni para su estómago maltrecho. El té es un sustituto pasable. Eso es la vejez, piensa Ontivares, una lista cada vez más larga de sustitutos pasables a las cosas que alguna vez amaste.

Mientras queda el té, calienta un poco de pollo en el microondas. El sonido del horno envuelve la pequeña cocina, la vuelve tangible, la dota de una sensación de realidad que Ontivares disfruta. Desde que su esposa lo dejó,

hace años, siente como si el departamento lo fuera devorando lentamente, como si de un momento a otro corriera peligro de convertirse en un mueble más. El susurro del horno le devuelve un poco de su propia presencia, le hace recordar cómo eran las cosas antes. Se imagina como un murciélago, ciego a excepción de cuando el sonido del microondas rebota en las paredes cochambrosas de la cocina, devolviéndole a su cansado radar espiritual una imagen nítida del lugar y de sí mismo.

El té no es en definitiva café, pero ha aprendido a obtener alguna satisfacción de él. Ya hay pocas cosas en su vida de las que puede decir lo mismo. Después de cenar se lava los dientes con meticulosidad, cepillando la lengua, enjuagando y escupiendo dos veces. Se acuesta en la vieja cama que no se ha decidido a cambiar todavía, a pesar de que ya puede sentir claramente los resortes contra su espalda. Cambiarla por fin sería tal vez cerrar algo que todavía no se siente preparado para cerrar. Hay ocasiones en que piensa durante días seguidos en cambiarla, en los modelos de colchones nuevos que ha visto en internet, en lo bien que se siente la gente al comprar algo nuevo y tirar lo viejo, lo bien que podría sentirse él. Pero aún no se decide.

Ya con las luces apagadas, Ontivares mira el techo y piensa en su cama. La tiniebla que pende sobre de él es amorfa. Sus ojos intentan descifrarla por reflejo y le parece colmada de líneas móviles de oscuridad que se intersectan unas con otras como una telaraña o algún otro tejido finísimo. La imagen de la figura apenas vista en la tarde le viene de pronto, sin razón, quizá salida de entre esas líneas ulteriormente negras. Se está quedando dormido y los pensamientos se le enmarañan. La silueta es extraña, con un parecido sólo lejano con la de un ser humano, y no sabe de dónde ha salido. Al salir de la terminal no la ha visto más que una fracción de segundo. ¿Qué es eso?, se pregunta casi en voz alta. ¿Lo ha visto en algún programa de televisión? ¿En algún libro? ¿Tiene algo que ver con su cama? Su esposa eligió esa cama ella misma, cuando se mudaron. Es una buena cama. Su cerebro dormido a medias intenta establecer una conexión entre su vieja cama y la silueta unos momentos más pero no puede, no entiende nada ya. Ontivares duerme al fin y la figura se confunde con pesadillas que habrá olvidado antes de que amanezca.

A la mañana siguiente se levanta una hora antes de lo normal. No pude volver a conciliar el sueño así que decide irse temprano a la oficina. En días así desearía poder todavía beber café.

Ontivares es una criatura de hábitos. Todas las mañanas, antes de llegar a la oficina, se detiene en una cafetería a una cuadra del edificio donde trabaja y compra un té negro chico y un sándwich de queso, todo para llevar. A veces

fantasea que la muchacha detrás del mostrador le diga “¿Lo de siempre?” con una sonrisa cómplice, pero nunca ha sucedido. La chica es atractiva pero de ojos tristes y cansados. Ni siquiera lo mira cuando le devuelve el cambio.

Durante la hora de la comida, cuando se dirige caminando a un restaurante del que ha oído buenas cosas a sus compañeros, se encuentra de nuevo con la figura. Esta vez la reconoce al instante: sabe que la ha visto antes en la pared del aeropuerto, que es la figura en la que pensó antes de dormir la noche anterior.

La silueta está pintada con lo que parece carboncillo negro sobre la pared de cemento pelón de un viejo edificio abandonado. Le recuerda un poco a esas sombras que se dice quedaron grabadas sobre paredes y escalones de Hiroshima cuando la bomba cayó y calcinó al instante a las personas más cercanas al estallido. Ahí terminan las similitudes con la figura humana: la silueta frente a él tiene dos brazos y dos piernas, sí, pero debe medir poco más de dos metros de altura y los brazos son demasiado largos y delgados, casi como los de un orangután, con las manos terminadas en dedos enormes y retorcidos. Ontivares cuenta seis de ellos en cada una. Los hombros encorvados y demasiado afilados le dan el aspecto de acechar algo, de casi estar lista para saltar sobre algún peatón desprevenido. Aún más que lo anterior, lo que llama su atención es la cabeza de la cosa. El cráneo es excesivamente grande y alargado, con protuberancias extrañas en el lugar de las sienes. Y donde debería estar la boca se encuentra un tubo o manguera, lo que hace que parezca que la figura lleva una antigua máscara de gas o un respirador como el que utilizaría un buzo. Pero no, no es ninguna de esas cosas. Sabe que la intención del artista es otra. El perfil del tubo tiene una apariencia demasiado orgánica y flexible; la sugerencia es clara. Se trata de una probóscide.

Admira la habilidad del artista; la silueta verdaderamente da una impresión siniestra de vida, casi podría moverse. Pero es un día soleado y Ontivares no tiene tiempo para grafitis monstruosos. Sigue su camino y la olvida a los pocos minutos.

Entra al restaurante y elige una mesa en una esquina, lejos de la mayoría de la gente. Mientras come, lee una vieja novela de ciencia ficción. Antes le resultaba incómodo ir solo a un restaurante, pero desde hace tiempo se ha acostumbrado. Tardó dos meses en resolverse a ir solo al cine después de que su esposa lo dejara. Comprendía que no existía nada malo en eso, que mucha gente lo hace, pero él nunca lo había hecho y, la verdad, lo apenaba. Imaginaba que los jóvenes y las parejas lo mirarían de soslayo y tal vez incluso murmurarían algo como “¿Y ese señor vino solo?”, porque claro,

después de cierta edad no es demasiado bien visto asistir a películas en la noche completamente solo; lo murmurarían no muy fuerte, pero quizá lo suficiente para que lo escuchara. Nunca sucedió, por supuesto. Se dio cuenta de que para las demás personas, él era como una sombra entre la niebla. Se quitaban de su paso pero nada más. También se dio cuenta de que dependía de su esposa para muchas cosas.

Cuando llega a casa, mira televisión sin poner demasiada atención hasta que anochece y es hora del ritual diario: poner el té, calentar algo de cenar, escuchar el sonido del microondas, leer un poco más, cepillarse los dientes y acostarse.

En su recámara encuentra la misma oscuridad fuliginosa de todas las noches. En el techo sobre su cama aguardan todavía los hilos negros entrelazados en cuya existencia insisten sus ojos. Se masturba cansadamente, sin pensar en nada en concreto; sólo una mera concesión para con su cuerpo, un trámite más. Otro sustituto pasable de cosas que ya es imposible obtener. Desde lo de su esposa, ha vivido en una soledad cada vez más total. No ha estado con ninguna mujer desde ella. Los sitios para conocer gente en internet de los que ha escuchado que hablan sus colegas más jóvenes del trabajo le provocan algo cercano al pánico de tan sólo pensar en ellos. La idea de contratar una prostituta ni siquiera ha cruzado su mente. Simplemente, la soledad se ha convertido en una parte más de su vida.

El día siguiente no es bueno. Después de pasar a la cafetería como todos los días, se encuentra con que el artista anónimo ha dibujado otra silueta, esta vez en el edificio donde trabaja, justo en la pared a la derecha de la entrada. La figura oscura le causa un leve escalofrío esta vez. Es excesivamente negra, casi da la impresión de tratarse de un agujero. Le pregunta al guardia de la recepción si acaso tiene idea de quién la ha pintado o cuándo, pero éste, un hombre gordo que ni siquiera desvía la mirada de su pequeña televisión portátil, le dice que no en un tono que deja claro la molestia vaga que representa Ontivares.

En la oficina encuentra difícil concentrarse. Se sorprende mirando el suelo fijamente minutos después de que la fotocopiadora haya terminado la tanda de copias que ha ido a imprimir. La conversación de fondo de la oficina le parece reducida a casi un murmullo. Nota que algunos de sus compañeros más jóvenes lo miran de reojo y luego tratan de disimular sus risas. Bermúdez, su jefe, necesita llamarlo tres veces, la última casi a gritos, para lograr que le haga caso, y sacude la cabeza con resignación cuando Ontivares se levanta de su lugar dócilmente para ir a su despacho.

Cuando sale de la oficina ve que la figura ya ha sido borrada de la pared del edificio. Se sorprende de lo eficiente que ha sido el trabajo: no queda ninguna huella de que la pintura hubiera estado ahí. De camino a casa, mirando por la ventana del camión, Ontivares cree ver otro grafiti de la silueta pintado en la barda de un terreno baldío, pero está tan lejos y pasa tan rápido que no puede estar seguro.

Esa noche busca en internet alguna información sobre el grafiti. Supone que es alguna nueva moda entre los adolescentes, alguna copia de la obra de algún artista famoso que se ha convertido en algo viral, la firma de alguna pandilla, cualquier cosa. Pero no encuentra nada. Parece que nadie más ha visto la figura.

El día siguiente es peor. Cree ver la silueta pintada sobre la pared de un túnel del metro. Sólo la ha percibido durante un segundo, no más, pero está casi seguro de que era la misma pintura. Pasa casi todo el día mirando vacuamente el monitor de su computadora. Debe de verse mal, porque al final del día Katia se ofrece a llevarlo a su casa en su auto. Katia trabaja en el área administrativa, y es una de las pocas personas de su trabajo que le agradan a Ontivares. La chica lo mira a veces con lo que él podría llamar una irónica ternura. Es demasiado joven para él, en todo caso.

En el trayecto casi no platican. La verdad es que nunca han hablado fuera de las pocas veces que se cruzan a diario en la oficina. Ontivares se imagina acercándose a ella una vez que se hayan estacionado y besándola. Sabe que es algo que nunca va a suceder. Cuando llegan a su edificio, Katia lo mira como suele hacerlo y le pregunta si necesita algo más, si ya se siente bien. Pero él se ha puesto blanco de súbito y no responde. Ella repite la pregunta y Ontivares balbucea una respuesta a medias, le da las gracias y baja del auto.

Adiós, dice Katia mientras se aleja manejando, pero Ontivares ni siquiera la mira. Se queda de pie frente a la entrada del edificio de departamentos, inmóvil. Su estómago se ha convertido en una pelota apretada y caliente. Ahí, junto a la puerta, está la silueta negra e inhumana.



Ilustración: Pedro Bel

Esa noche Ontivares no puede conciliar el sueño. Da vueltas y vueltas sobre su cama. Considera las posibilidades. Hay alguien siguiéndolo y pintando la figura en lugares donde él pueda verla, alguien que quiere asustarlo. Ridículo. Es el grafiti insignia de un colectivo de artistas que busca diseminarlo por toda la ciudad. Poco probable. Se está volviendo loco. Ding ding ding. No. La pintura *está* ahí. ¿Entonces? ¿Qué sucede? Se queda dormido intentando responder esa pregunta.

En la mañana decide no ir a trabajar. Habla a la oficina diciendo que se encuentra enfermo, que necesita unos días. No quiere admitirlo, no a sí mismo, pero detesta la sola idea de pasar al lado de la silueta al salir del edificio. Toma un largo baño con agua casi hirviente y luego prepara té y trata de continuar la novela de ciencia ficción pero no puede concentrarse. Pasa casi todo el día mirando la televisión, cualquier canal, cualquier programa, no viendo nada en realidad.

El día siguiente revisa su refrigerador y ve que es necesario salir por más comida. Pasa una hora dando vueltas por su departamento, tratando de retardar lo más posible la salida con cualquier pretexto. Finalmente sale y se encuentra con que el horroroso grafiti ha desaparecido, probablemente lavado de la pared por algún encargado de mantenimiento. Esto mejora un poco su estado de ánimo y decide caminar hasta el supermercado. Mientras anda, fija la mirada en la banqueta y en sus pies. No desea mirar alguna pared y ver a la cosa negra, acechante. Compra pocas cosas. Pollo, algunas verduras. Quiere regresar lo antes posible a casa.

Cuando abre la puerta de su departamento y ve que la silueta monstruosa está pintada sobre la pared blanca de la pequeña salita, no suelta las bolsas que carga, no profiere ningún alarido, no hace nada. Entra lentamente y se sienta en el sillón y mira la figura. Esto no le puede estar pasando. Estas cosas no suceden. Existe un orden en el mundo y cosas así no suceden. ¿Por qué él?

No duerme. Temprano en la mañana habla de nuevo a su trabajo y pide más

días. Su jefe le advierte que tendrá que descontarlos de su sueldo pero Ontivares sólo le cuelga. Acomoda su sillón para que mire hacia la pared y observa la figura negra. Piensa que debería borrarla, lavarla, pero no quiere tocarla. Se imagina posando su mano sobre ella y luego retirándola con asco al sentir una piel febril y apergaminada como la de alguna criatura ciega y subterránea, o un frío caparazón quitinoso como el de un escarabajo. La trompa de la cosa le hace pensar en un mosquito descomunal, en un hambre antigua. Está pensando estupideces. Aún así no se acerca a la pared.

Más tarde va a la cocina y enciende el microondas sin poner nada en su interior, sólo para escuchar el ruido. Esta vez no encuentra paz en él. Es sólo un sonido mecánico, muerto. Solamente lo hace desear que su esposa estuviera ahí. Regresa a la sala y enciende la televisión, pero no la mira, nada más es un lejano ruido blanco mientras observa la negra aparición.

Lleva dos días sin bañarse, sin rasurarse. No puede dormir. No ha salido de su departamento, la figura está demasiado cerca de la puerta. Está perdiendo la cordura. Cree que la silueta ha cambiado ligeramente de posición, pero claro que esto es imposible. A veces parece más negra, menos una pintura y más una sombra real proyectada sobre la pared de su sala. A veces parece un agujero, de tan oscura. Pero, ¿un agujero a dónde?

No puede borrar la imagen, tampoco puede salir. No entiende por qué le ocurre esto precisamente a él. Mira la silueta durante horas. ¿Qué más puede hacer? Es su casa. Es su vida.

Ese día comienza a llover desde temprano por la tarde. Recibe algunas llamadas que no contesta. Probablemente el trabajo. Ha dormido los últimos dos días en el sillón, frente a la figura. No ha comido nada en todo el día. ¿Ésta es su vida ahora?

Cuando cae la noche, Ontivares no enciende ninguna luz. Fuera, la lluvia se ha convertido en tormenta. Las gruesas gotas que caen sobre la ventana de su sala suenan como las uñas de pequeños dedos tocando el cristal, rogando entrar. Sentado en el sillón, ve cómo la oscuridad se agazapa en las esquinas con cada relámpago. Cree percibir que la figura cambia ligeramente de posición cada vez que es iluminada con la luz blanca de los rayos. Pero eso sería una tontería. Ha llegado a odiar ese perverso contorno. Decide que esa noche dormirá en su cama y que al día siguiente, apenas se levante, se encargará de lavar la pintura, por más asco que le de acercarse a ella.

Entra a su habitación y no cierra la puerta. Desde la vieja cama tiene todavía a la vista, cada vez que un rayo la desvela, la figura en la sala. Se

queda dormido sentado a medias en la cama, observándola. Mañana, piensa, mañana.

Y entonces Ontivares se despierta sin saber cuánto tiempo después, el violento aguacero golpeando la ventana y el techo, el aire sintiéndose pesado; oye un ruido pero no puede ver entre tanta oscuridad, el corazón en su pecho cada vez más rápido; escucha la respiración gorgoteante de alguien más en la habitación, el sonido de algo que se arrastra sobre el piso. Luego el relámpago revelador, la pared vacía, blanco y nada más en el lugar donde debería estar pintada la silueta, la lluvia cacofónica es el clamor de una batalla, y finalmente la ve, como una imagen dentro de un sueño, casi al pie de la cama: la figura alta y negra y proboscídea –la luz inmisericorde de un rayo le revela en detalle el hocico en que termina la trompa, lleno de dientes acomodados en círculo como los de una lamprea–, la figura que alguna vez estuvo atrapada en la pared acercándose, libre ya, a él.

Él, Ontivares, que nunca ha hecho nada malo a nadie en su vida; que apenas en este momento se da cuenta de que el universo funciona así; que en medio del ruido ensordecedor de la lluvia aprende finalmente que a la gente que hace daño a otras personas y a la gente que no le suceden por igual cosas espantosas sin que exista ninguna razón y que estas cosas simplemente suceden y seguirán sucediendo. La figura da otro paso, un relámpago la ilumina. Caparazón quitinoso, piensa Ontivares. Y entonces imagina incoherentemente que quizá él mismo no es más que una oblación necesaria para que el mundo continúe siendo como es, una oblación hecha sobre algún sutil e imperceptible altar para que el mundo siga girando como lo ha hecho desde siempre. Ontivares piensa finalmente en la vieja cama que eligió su esposa y encuentra en este pensamiento un resquicio de cordura dónde esconderse de lo que sabe que sucederá a continuación, mientras la figura negra continúa avanzando hacia él, dando un lento paso, ahora dando otro, con finalidad irrebatible y eficiencia de insecto.

Guillermo Verduzco (Orizaba, Veracruz, 1986) es traductor y editor. Ha publicado el libro *Cuento infinito* (Ediciones B, 2008) y sus cuentos han aparecido en diversas publicaciones en línea como *Penumbria*, *El Fanzine*, *Digo.palabra.txt* y *Punto en Línea*.

Árboles en la noche

Ramiro Sanchiz

 **URUGUAY**

Pocos días después de la muerte de mi abuela me encontré revolviendo entre sus pertenencias. No sabía bien qué buscaba, pero sí que mucho de lo que conservaban aquellas cajas forradas con papel de regalo eran libros y revistas que habían sido míos y que en sucesivas mudanzas terminé por confiarle, para que los atesorara junto a juguetes, cartas y pequeñas reliquias.



Ilustración: Fraga

Separé un par de playmobils, sacudí el polvo que habían juntado los doce tomos de la enciclopedia *Ciencias Naturales* y empecé a revisar una pila de historietas de los Pitufos y el Pato Donald. Era cuestión de quedarme con las que recordara mejor, pensé, y apareció por ahí la saga *La dinastía de los patos,* que reimaginaba la historia de Donald y el Tío Rico a lo largo de los siglos. La colección no estaba ordenada, de modo que tuve que buscar con atención para separar las revistas que incluían capítulos de esa historia, y fue así que di, casi en el fondo de una de las cajas, con una carpeta pequeña, de color azul oscuro, no muy vieja a juzgar por el estado de la cartulina y los elásticos. Todo aquello olía a lana, a barniz, a hojas secas y prensadas y, me

pareció, a las espirales para los mosquitos y las flores de perfume amargo que mi abuela hacía crecer en su jardín en Punta de Piedra. Era su olor, y sin duda aquello, a la manera primitiva e irracional del olfato, persuadía más y mejor a mi memoria que todas las fotografías que se me habían abalanzado desde el velorio. Imaginé que la carpeta contendría otros tantos papeles de mi infancia: carnés del colegio o alguno de los cuentos e historietas que yo había escrito y dibujado entre mis seis y nueve años. Pero lo que encontré me sorprendió: eran partituras, en su mayoría fotocopias, cuidadosamente dobladas para adaptarse al tamaño de la carpeta, y también hojas sueltas, quebradizas y amarillentas, del viejo tratado de solfeo con el que había estudiado en mis años de alumno de piano.

Mi abuela había sido la principal promotora de aquellas clases; llegué a estudiar cinco años, pero pronto olvidé todo menos los rudimentos. A mi padre le gustaba compararme con un robot: en los exámenes me sentaba ante el teclado y no hacía sino esforzarme por huir de la pieza, por despacharla a toda velocidad y sin rastro alguno de emotividad o expresión. Finalmente, después de que me "recibiera" de profesor de solfeo (el mojón de los primeros cinco años), estuvimos de acuerdo en que dejara las clases; ya era un adolescente, además, fan de los Redondos y los Rolling Stones, y pronto movilicé los pocos conocimientos adquiridos y el poquísimo oído desarrollado para aprender guitarra por mi cuenta.

De esa época retuve más bien el recuerdo de las callecitas del barrio Atahualpa, el de los otros niños y niñas en los exámenes y el de una compañera de clase, muy delicada, alta, flaca y de rulitos, a la que copiaba los gestos escrupulosos a la hora de solfear. Mi abuela, sin embargo, se había aferrado a todas aquellas páginas abandonadas, a quién sabe qué promesa jamás cumplida. Sentí la culpa inevitable, la lástima, y seguí buscando. Fue entonces cuando apareció. Al principio lo tomé por un error; ese dibujo sin duda pertenecía a las otras carpetas y cajas donde mi abuela había guardado las historietas y mis numerosos intentos de ilustrar el *Quijote*, las novelas de Verne y *Las mil y una noches*. Se habría traspapelado quién sabe cuándo y terminado allí. No era del todo comprensible, además, así que lo atribuí a una edad temprana, mis cuatro o cinco años quizá, pero después miré con más atención y apareció el recuerdo: no el de haberlo dibujado sino el de haberlo repasado, repensado, escondido con vergüenza y eventualmente perdido. Lo había hecho a los once, sabía, durante mi segundo año de piano y solfeo, y representaba, hasta donde pude recordar, el jardín de la casa que había justo enfrente de la de mi profesora de piano. Eran trazos torpes, pero dejaban entrever una dedicación, un esfuerzo sobre los detalles que no aparece en otros dibujos

de mi infancia o adolescencia.

Lo representado en el centro del dibujo era irreconocible; podía ser apenas un conjunto de rayones, una maraña de líneas verdes y negras. Pero una segunda mirada revelaba que cada convulsión del trazo era deliberada. Que cada nudo del dibujo había querido *copiar* algo de la realidad. Quizá podían rastrearse también las correcciones, las enmiendas, los agregados y los borrones.

Así, con mis manos temblando y el aliento plantándose en el fondo de mis pulmones, fue como *recordé*.

Yo estaba tocando el timbre de la casa de mi profesora de piano. No sé cuántas veces habré insistido, pero pronto quedó claro que no había nadie. Aquello era inusual: nunca había tenido que esperar, nunca había tocado el timbre más de una vez, así que debí pensar que le había pasado algo, que una emergencia la había sacado de su casa. Mi profesora era viuda y vivía con sus dos hijas. La mayor me llevaba ocho años; yo la veía siempre a través de la ventana de su cuarto, que daba al fondo de la casa, y jamás intercambiamos más que un saludo en los cinco años que pasé ante el piano de su casa. Mi profesora solía rezongarla por esa antipatía; la instaba a salir del cuarto, a "tomar aire", a bajarle el volumen a la música, a dejar "todos esos libros". La otra hija, que tenía apenas un par de años más que yo, era delgada, rubia y, en mis últimos años de alumno de su madre, se convirtió en el mayor interés a la hora de asistir a las clases. Ahora mi memoria ha exagerado algunos rasgos y la hermana mayor se me aparece maciza, grisácea, gorda y alta, de ojos saltones, ojeras marcadas y una papada batracia, mientras que a la menor la evoco voluptuosa y seductora, e incluso aparece la imagen repetida (como si eso hubiese pasado muchísimas veces) de encontrarla en el fondo de su casa besándose con algún pibe, él con los ojos cerrados y en trance, ella con los ojos abiertos y clavados en mí.

No era mucho más lo que sabía de aquellas chicas o de mi profesora. Tanto mi abuelo como mi padre, por su parte, habían sacado algunas conclusiones en base a lo observado al momento de acompañarme en los exámenes, cosas como las calcomanías de listas wilsonistas en las ventanas y otros asuntos inevitablemente políticos que no me importaban (eran más interesantes los numerosos adornos de mal gusto dispuestos en las paredes, en las credencias, las mesas ratonas y los estantes: estatuillas de ángeles, parejas de pastores, quijotes, victorias de samotracia, venus, duendes, reproducciones del santo sudario, imágenes del sagrado corazón) pero que para ellos, colorados fanáticos, era casi tan terrible como si hubiesen dado con una matera que llevara pegada una bandera del Frente Amplio o una bandera con una hoz y un martillo.

Supongo que mi abuelo me había llevado en auto, que estaba apurado por algo que tenía que hacer y que por eso se puso en marcha apenas bajé. De otro modo se habría quedado conmigo, esperando, y habríamos vuelto a casa después de cinco minutos de timbrazos; esa noche, pasado su despotrique contra mi profesora y la persistente defensa por parte de mi abuela, yo habría visto televisión y jugado con mi TK-95, cenado, leído y nada más que lo de siempre. Pero no fue así. Estaba solo, así que no me fui, quizá porque esperaba que mi profesora llegara en cualquier momento o porque era tan inusual que recorriera solo las cuadras hacia mi casa que no terminaba de animarme y atinaba apenas a esperar que pasaran a buscarme.

Escuché que me llamaban por mi nombre. Era más bien una pregunta, ¿Federico?, y después la voz insistió.

–¿Vos sos Federico, el nieto de Clara?

Yo estaba sentado, de espaldas a la calle, en el murito que dividía el jardín de mi profesora y señalaba la vía de entrada a un garaje ya sin coche. Cuando me di vuelta encontré a un hombre de la edad de mi abuelo que hablaba desde la casa de enfrente. Me levanté y, sin llegar a cruzar, parado sobre el cordón de la vereda, le dije que sí.

–¿Estás esperando a Mariela? Tuvo que salir de apuro; me dejó dicho que pidiera disculpas a los gurises… vos sos el único que vino…

No sé qué cara habré puesto, pero el hombre pareció preocuparse.

–Vení, ¿querés una cocoa? ¿Un café con leche? Llamo a tu abuela y te pasan a buscar.

Le dije que sí, que gracias, y crucé. Si bien pasaba por esa cuadra dos veces a la semana en muy pocas ocasiones me había fijado en las casas vecinas; esa en particular, además, me había parecido siempre especialmente anodina, quizá por su jardín sin plantas y su muro alto y enrejado. Aunque, a la vez, esas características –junto a la ventana enorme y circular, muy ornamentada– también debían hacerla más llamativa. Es posible, entonces, que ciertos atributos terminaran por cancelarse mutuamente: las superficies grises, el techo bajo y la fachada rectangular compensaban la ventana *art nouveau*, del mismo modo que las rejas altas y negras retrocedían empujadas por un portón sin atributos y el vacío del jardín.

Eso es el marco del dibujo. Están la fachada, la reja, la ventana circular y el portón, que dibujé abierto. Hay un intento además de remedar la decoración alrededor de la ventana, así que aparecen arabescos y volutas; pero lo más importante está en el jardín: en mi dibujo, esa ausencia de plantas que puedo recordar desaparece ante una especie de arbusto, palma o árbol

bananero, lleno de cactus, aloes y helechos o, mejor, cosas que parecen cactus, aloes y helechos, así como también una enredadera densa que cubre buena parte de la fachada, rodea y enmarca la ventana y parece manar de la puerta y desembocar en la cosa principal, la maraña del primer plano.

Terminé por guardar el dibujo junto a las revistas de Disney y los tomos de la enciclopedia. Mi abuela había vivido sus últimos años junto a mis padres, en un cuarto pequeño, y llevarme aquellas cosas a mi propio apartamento me pareció una suerte de saqueo a una tumba ya vaciada. Pero a la vez eran o habían sido *mis* revistas, mis libros, mis recuerdos. Esa noche guardé la enciclopedia y las historietas en mis estanterías y me quedé un rato contemplando el dibujo. Había algo llamativo, me pareció, que iba más allá de la rareza de los trazos; era como si insistiera ese rastro de determinación, digamos, las marcas de un esfuerzo por copiar cierta realidad que no quedaba agotada en la representación.

Si bien el proceso de memoria involuntaria quedó de alguna manera inaugurado por la visión del dibujo, fue en los días y semanas siguientes que alcanzó su máximo, y un papel fundamental lo jugaron los sueños. Así, esa misma noche me vi ante aquella casa, no como la había recordado en el cuarto de mi abuela sino como aparecía en el dibujo, poblada por aquella multitud vegetal. Pero en el sueño mis carencias infantiles como dibujante quedaban superadas y yo *veía* aquello como lo que en verdad era: no un árbol, no una planta, ni siquiera un conjunto de plantas, sino una criatura que pertenecía a otro orden de cosas. En el sueño yo simplemente me quedaba allí, contemplándola y tratando de dar cuenta de las formas que se estremecían en su confusión, como si buscara caras o animales en las nubes arrasadas por el viento.

Lo más extraño, por supuesto, era que me tomara aquella irrupción con naturalidad.

Terminé por sentir que había empezado a confundir esos sueños con mi pasado real. Aunque, por supuesto, nadie sabe cuál es su pasado más allá del acto de recordar y había que explicar el *origen* de los sueños, que reclamaban una causa tan íntima a mi historia que habría sido difícil entenderlos si el relato que emergió después no guardaba una forma de verdad; en todo caso, hay que concluir que en la media hora o poco más que pasé en la casa frente a la de mi profesora algo obró en mi mente y encerró una percepción específica en una cápsula cuyo material recién terminó de disolverse treinta años más tarde, gracias al dibujo que encontré entre las cosas de mi abuela muerta.

Además de los sueños me descubría rememorando aquella tarde a todo

momento, hasta el punto que empecé a sentirme más y más separado de mi vida cotidiana, de mi trabajo, mi hija y mi esposa. Terminé por consultar a mi madre: la visité una noche sin previo aviso y le pregunté qué podía contarme de una pareja que vivía frente a lo de mi profesora de piano y que conocían –o decían conocer– a mi abuela. Contra lo que esperaba la respuesta apareció de inmediato. Mi madre había caído en un círculo vicioso de culpa e idealización de mi abuela, de modo que cualquier pretexto le venía a las mil maravillas para desahogarse en larguísimas invectivas contra ciertas personas que de pronto habían atraído y acaparado todos los adjetivos negativos con los que mi madre habría descrito a la suya meses atrás, como si ese procedimiento fuese la única manera que encontraba aceptable de elogiar a mi abuela, de dar con una luz favorable que le moldeara mejor los límites y le permitiera saltearse todo el odio de su vida. Así, supe que aquella familia había abusado varias veces de la confianza de mi abuela, que la esposa de aquel hombre que me había hecho pasar e invitado con café con leche "se había criado" con mi abuela y perjudicado de varias maneras, ninguna de ellas especificada. Y agregó que nunca había quedado claro a qué se dedicaba el hombre, que sin duda había algo ilegal escondido tras la fachada de aquella casa, que hubo "épocas enteras" en que "no se sabía por dónde andaba" y que después aparecían rumores de viajes a Brasil ("a la selva"), a Perú y a Bolivia, y que el hijo de la pareja se había vuelto loco y/o había sufrido una sobredosis y llevaba años internado en un psiquiátrico.

–¿Pero viven?

–Tu abuela se enteró de que el hombre murió. Al año que nos mudáramos, creo que fue. Pero ella vive: hierba mala nunca muere.

Sentí que ciertos pliegues del dolor de mi madre amplificaban habladurías mezquinas de barrio y me retiré de la conversación, pero algo se había purgado y podía pensar con mayor claridad. No había otra alternativa: debía volver al barrio Atahualpa y buscar la casa.

Esa claridad reconquistada me permitió también dedicarme mejor a las otras cosas de mi vida, así que me fijé la visita para la semana siguiente. Y esa noche el sueño regresó: yo estaba ante la criatura, pero ahora no era en el jardín de aquella casa sino en el living, en lo que yo, en el sueño y después, ya en la vigilia, recordé como el living de la casa, pegado a la cocina, con su mesa cubierta por un mantel de hule, sus alacenas, su heladera pintada de un tono oscuro de turquesa. Recordé también cómodas y estanterías, y por todas partes había recuerdos de viajes, figuras de yeso ataviadas con trajes típicos de esos que había mencionado mi madre y otros tantos, acaso Cuba, México, algún país africano. Y la criatura, más

pequeña, extendía sus zarcillos o tentáculos desde una puerta; en el sueño yo preguntaba qué puerta era esa y la mujer me decía *la del cuarto del nene*.



Ilustración: Fraga

El parecido de la criatura que había visto en ese sueño con la que aparecía en mi dibujo era asombroso, casi tanto como si hubiese soñado con sus trazos de lápiz y sus resaltados con drypen y rellenos de crayola. Pero había algo más, algo que trascendía la noción de haber soñado meramente con un dibujo. Así, cuando desperté salté de la cama y me metí en el baño, donde procedí a mirarme al espejo. Era yo, pensé, como si necesitara tocarme y repasar mis primeras arrugas, mi calvicie incipiente y las canas en mis patillas para obtener una sensación de continuidad, un proceso único entre aquel niño que practicaba en el piano y yo. Era como si estuviera dibujándome, fijándome a un papel que se me antojaba más real que el mundo al que había emergido de aquel sueño. Y después de un rato de ese proceso, después de asegurarle a mi esposa que me sentía bien, en voz baja para no despertar a la niña, terminé de recordar. Había entrado a la casa y pedido una cocoa. Fría, agregué, y la mujer me ofreció una bandeja con bizcochos miniatura. Me preguntaron por las lecciones de piano, qué tocaba, qué tan fácil me salía, si no prefería tocar la guitarra; quisieron saber qué miraba en la TV y cómo estaba mi abuela, si mi abuelo seguía arreglando televisores y si tenía todavía su trabajo en la intendencia. Preguntaron por mi tío y su vida en España, por mi tío abuelo en Melilla, y si mi padre se llamaba Roberto, Rodolfo, Romualdo o Ramón. Contesté a todo con paciencia, como el pibe bien educado que me habían hecho, y de pronto escuché un ruido, un chirrido breve, casi un chasquido, seguido por una

bocanada de olor vegetal, olor a monte, al agua verde y estancada de una laguna en medio de un bosque, al moho en una pared, a la pinocha sucia y podrida compactada capa tras capa en el piso de una casa abandonada en algún balneario, a hojas de laurel, a yerba, a marcela y carqueja en el té de mi abuela en Punta de Piedra. Y miré. De una puerta entreabierta manaba una cosa, manaba mi dibujo o, mejor, algo que ahora sólo puedo ver como mi dibujo porque la verdadera visión nunca pudo tener una sustancia. Se me apareció como el espacio que se abisma alrededor de los árboles por la noche: algo que no supe discriminar como único o múltiple, como fondo o figura, como animado o mineral, como animal o vegetal; quizá era un proceso, una deriva en cierta serie de cualidades y no tanto una *cosa*; es, en todo caso, un laberinto de ideas, ideas que reclaman la máscara de mi dibujo para aparecerse en la imaginación que se impone visual, en el recuerdo automático, involuntario que me asaltó en el baño.

Ahí aparece el terror. En el recuerdo de ese momento, de esa entrada o irrupción, sólo quiero retroceder, replegarme, achicarme lo más posible cosa de ser oculto por la pata de una mesa o una silla en un rincón, de perderme en un zócalo, de estar tan lejos que no haya manera alguna de volver. Eso que aparece no sólo es más que yo sino que quiere ser más que yo, debe agrandarse a mi costa, nutrirse de mí, pero el proceso arroja una conciencia, un dolor, y puedo verme defendiéndome, cubriéndome, anudándome en piel como una pupa.

Y después el hombre se levantó de su lugar y la mujer también. Hicieron algo, no recuerdo qué, y la cosa desapareció.

Quizá pasó otra cosa (sin duda hay un tiempo perdido) pero mi recuerdo siguiente es el de una serie de palabras y un espacio creciente alrededor de ellas, un escenario que va recomponiéndose; el hombre me explica algo mientras tomo otra bebida, ya no la cocoa sino un té, una infusión de hierbas que a su manera saben como el olor que había invadido el living de aquella casa.

–Te vas a olvidar, por un tiempo te vas a olvidar, no ahora todavía, no del todo, pero en unas horas no te vas acordar de nada. Y no te va a pasar nada. Quedate tranquilo gurí, no te va a pasar nada.

Mi abuelo apareció al poco rato, nervioso y apurado. Agradeció a la pareja con pocas palabras secas y me condujo al auto; yo no decía nada, ni dije nada a lo largo del viaje o ya en casa. Tomé una hoja en mi cuarto y empecé a dibujar.

Sólo después olvidé.

En el baño el recuerdo trajo consigo una ola de alegría y alivio. Me pareció

entender: el hombre me había dado una medicina y yo había podido olvidar gracias a aquella infusión, sí, pero también debió operar *algo más.* Otra faceta de esa cura, la única manera de entender que aquel terror cruentísimo –que bien pudo, por su mera intensidad, difundirse a través de los capilares de mi vida entera y contaminarlo todo– pudiera estar guardado ahí, que ni siquiera entonces, en el baño, pudiera dañarme desde el recuerdo y, por el contrario, apareciese rodeado de algo muy parecido a la felicidad.

No le conté a mi mujer, ni tampoco a mi madre. El día que me había propuesto revisitar aquella cuadra dejé el auto en el estacionamiento del edificio y tomé aquel mismo ómnibus, el 158, como si de esa manera acaso ingenua el recuerdo que quería terminar de comprender pudiese adquirir una definición mejor. Llevaba el dibujo, doblado cuidadosamente y en el bolsillo interno de mi saco. Me bajé en Burgues y Carmelo, caminé hasta Ramón Estomba, como había hecho tantas veces a la hora de mis clases de piano, y recorrí las cuadras pensando en aquella pareja, en aquel hijo enloquecido y en los viajes hacia lugares ante todo inverosímiles. Había una historia allí, pero ya nadie sabría ofrecerme su verdad última.

Pronto me encontré ante la casa. No había cambiado, nada esencial al menos, pero estaba notoriamente abandonada, con las paredes más sucias, algunos cables caídos y el jardín cubierto de basura, escombros y hojas secas.

El portón estaba abierto. Me metí en el jardín y caminé hasta la puerta. Traté de abrirla, pero no pude. Noté entonces que la ventana, aquella ventana redonda con sus volutas art nouveau, parecía carcomida desde adentro, y pensé en el túnel de un gusano, como el que aparecía al final de uno de mis videojuegos favoritos, *Alone in the dark.*

No había nada que hacer. Salí a la vereda; enfrente estaba la casa de mi profesora de piano y, por un momento, pensé que acaso era buena idea tocar aquel timbre una vez más, entrar por el portón lateral de la casa, caminar debajo de la parra, rodear la casa por el fondo, entrar a la cocina y pasar a la sala, oscura casi siempre y dominada por el perfume del piano y la suavidad de sus teclas y su madera. Pero me arrepentí antes de dar el primer paso en esa dirección. No sabía nada qué había sido de ella, después de todo. Quizá había muerto o enfermado, o no me recordaba. Había tenido quién sabe cuántos alumnos y yo no había sido ni por asomo el mejor.

Entonces noté que alguien me hacía señas desde una ventana en la casa de mi profesora. Y lo primero que pensé fue que no recordaba esa ventana, que debía haber sido agregada en una reforma posterior. Estaba enrejada, además, pero aun así dejaba ver una habitación cargada de libros y objetos

que no pude identificar a la distancia. Una mujer había corrido las cortinas y agitaba su mano saludándome o tratando de llamar mi atención. Miré con más atención antes de moverme; parecía algo mayor que yo, rubia y de piel muy blanca. Me pareció que la reconocía: era o debía ser una de las hijas de mi profesora, pero a esa distancia no lograba determinar si se trataba de la mayor o de la menor. Así que crucé. La mujer me hizo un gesto demasiado rápido y desapareció, pero no tardó en salir al frente de la casa. Había abierto la puerta principal, esa por la que yo había entrado una vez nada más, la primera, cuando mi abuela me inscribió en las clases.

Me llamó.

–Usted fue alumno de mi madre, ¿verdad? –dijo.

Asentí.

–Federico… usted es Federico.

Y me dijo su nombre, pero no supe si era el de la mayor o el de la menor. La mujer con la que hablaba podía perfectamente haber sido una fusión del cuerpo de las dos o, mejor, de mis recuerdos. De todos los errores en mis recuerdos.

–Pase, pase…

Entré. Me pareció que las habitaciones habían cambiado de lugar o que la casa había caído en manos de otra familia. Los adornos kitsch habían desaparecido y todo parecía abandonado o, mejor, reconquistado recientemente pero en un proceso que aún no había terminado, como si esa mujer con la que hablaba hubiese tomado posesión de la casa de su madre hacía poco tiempo y empezado a restaurar la casa de sus recuerdos.

–Lo vi… te vi enfrente… un rato, vi que quisiste entrar.

–Sí, quería saber que había sido. En qué están. Los dueños de la casa, porque hace años que…

Me interrumpió:

–No hay nadie. Doña Mariana murió en el 2009, estaba internada. Don Miguel hace más, en 2002. Y de Sebastián no se sabe.

–Yo ni siquiera sabía sus nombres –dije–, lo mío es… bueno, más complicado.

Ella debió interpretar el movimiento que hice para acomodarme como una señal de que quería levantarme e irme. Alargó una mano, como para detenerme y me miró a los ojos.

–¿Vos lo viste, no? Se nota que sí… que lo estás recién ahora recordando. Por eso viniste.

–¿Que vi qué?

–No hace falta, me doy cuenta de que sí. Todos lo vimos. No hace falta negar ni decir.

–Yo no sé nada. No sé más que lo que recordé, y eso hace días nada más.

No supe que más decir, me quedé callado un momento y de pronto le pedí que me contara.

Habló como si hacerlo le doliera y le diera placer a la vez; dijo que había recordado primero en sus sueños, en los sueños de toda su vida, en los sueños de su hermana. Las imaginé –no, las *vi*– por las noches, sentadas una frente a la otra, al borde de sus camas o en el piso, y una le cuenta sus sueños a la otra y la otra los corrige, le señala qué recordó bien y qué recordó mal, los completa, los enmienda, y el proceso empieza una vez más. Debí haber estado ahí, pensé, buscando esos residuos. Porque ellas recordaban más que yo; habían visto eso mismo que yo había visto, en la casa de enfrente, pero ese olvido que me otorgó el hombre no había operado de la misma manera en ellas. Si había sido la bebida, el efecto no llegó a ser tan fuerte, y año tras año empezaron a soñar, quizá en ciclos, en retornos y dispersiones, momentos en que los sueños aparecían todas las noches y se espesaban en pesadillas y después desiertos en que apenas se aparecía la rendija de una puerta o un zarcillo o una enredadera.

Supe también que la otra hermana estaba internada en un psiquiátrico de Argentina, que había sufrido una crisis depresiva con delirios persecutorios, que había contado todo cuando el recuerdo completo se le impuso. Habían tratado de entrar, también, cuando la casa quedó vacía, pero ya no había nada allí. Y sabían. Sabían que el hombre había traído aquella criatura de alguno de sus viajes y que después había viajado buscando la cura; sabían que el hijo de la pareja fue el primero en enloquecer, que el hombre había dado con una preparación que hacía retroceder los efectos y los disolvía en la memoria, pero que jamás logró curar a su hijo y que incluso para su mujer fue demasiado tarde.

–Como mi hermana –concluyó.

–¿Y hay otros niños… en la cuadra, en el barrio, que…?

No me respondió. Saqué el dibujo del bolsillo, lo desplegué y se lo mostré.

–Esto es lo que vi –dije–, lo que vengo soñando.

Lo miró, me pareció que sin interés.

–Con mi hermana llegamos a pensar que era un extraterrestre. Creíamos que don Miguel lo había traído. Sabiendo o no lo que era. Una larva. O algo que vino en las cosas que coleccionaba. Nunca supimos bien. Yo creo que

lo que nos curó, o lo que nos ayudó tantos años, no fue el té que nos dio sino las palabras que nos dijo. Yo no me las acuerdo y mi hermana tampoco, por más que hace fuerza, pero algo nos dijo. La cosa también nos decía algo, pero lo que nos dijo don Miguel fue como convencernos de no escuchar, de no hacer caso…

Me devolvió el dibujo y se quedó en silencio. Debió pensar que yo no tenía manera de creerle, que aquello me superaba, que todavía necesitaba tiempo. Me miró como si esperara más de mí o quizá como si no se decidiese a decirme algo más, y volví a preguntarme si era la mayor o la menor, como si por alguna razón eso fuera lo importante.

Se me ocurrió que acaso debía perder el dibujo, dejarlo allí, sobre una silla, sobre una repisa. O hacerlo una bola y arrojarlo al frente de la casa abandonada o a alguna boca de tormenta en aquella callecita empedrada del barrio Atahualpa.

Pero preferí doblarlo y guardarlo una vez más.

La hija de mi profesora había abierto la puerta. De pronto entró el ruido de la calle, me pareció que los gritos y risas y puteadas de un grupito de niños que jugaban a la pelota.

No miré hacia atrás, pero la hija de mi profesora estaba hablando. Decía algo que no entendí. Y me alejé.

Ramiro Sanchiz nació en 1978 en Montevideo. Sus primeras publicaciones fueron en la revista DIASPAR, seguidas por GALILEO, AD ASTRA y AXXÓN. Ha publicado las novelas 01.lineal (Editorial Anidia, Salamanca, 2008), Perséfone (Estuario Editora, Montevideo, 2009), Vampiros porteños, sombras solitarias (Editorial Meninas Cartoneras, Madrid, 2010) y Nadie recuerda a Mlejnas (Editorial Reina Negra, La Plata, 2011), además de los libros de relatos Del otro lado (Editorial La Propia Cartonera, Montevideo, 2010) y Algunos de los otros (Editorial Trilce, Montevideo, 2010). Publica regularmente reseñas y artículos en el periódico montevideano La Diaria, el portal argentino leedor.com y el blog de crítica literaria español 330ml. Es editor y columnista de la revista virtual *Otro Cielo*, y mantiene su blog personal Aparatos de vuelo rasante.

Ha publicado en Axxón; en Ficciones: CAMINO DE RETORNO, SOBRE DESAYUNOS Y ENTROPÍAS, PAISAJE CON GRUPO Y MUJER, EL VIENTO Y LA CENIZA, LA HUIDA, LOS OTROS LIBROS, TRASHPUNK, LA VARIANTE BIOLÓGICA; en Ensayo: MARIO LEVRERO: EL OTRO Y YO, RÉQUIEM POR THOMAS M. DISCH, DISTOPÍA FÁUNICA, MARIO LEVRERO DESDE Y HACIA LA CIENCIA FICCIÓN

Equipo

Axxón

Equipo de redacción: Chinchiya Arrakena, Alejandro Baravalle, Francesc Barrio, Carlos Eugenio Belisle, Pablo Contursi, Gustavo Courault, Marcelo De Lisio, Marcelo Huerta San Martín, Andrés Nieto Bugallo, Laura Nuñez, Pablo Vigliano







ePUB

Encuéntrenos en:

- Axxón:
    - Sitio principal: http://axxon.com.ar
    - Facebook: https://www.facebook.com/axxon.cienciaficcion
    - Twitter: **@axxoncf**
- Axxón Móvil:
    - Descargas: http://axxon.com.ar/c-Palm.htm
    - Comentarios y sugerencias: axxonpalm@gmail.com
    - Facebook: https://www.facebook.com/AxxonMovil
    - Twitter: **@axxonmovil**

Versión ebook generada por **Marcelo Huerta San Martín**